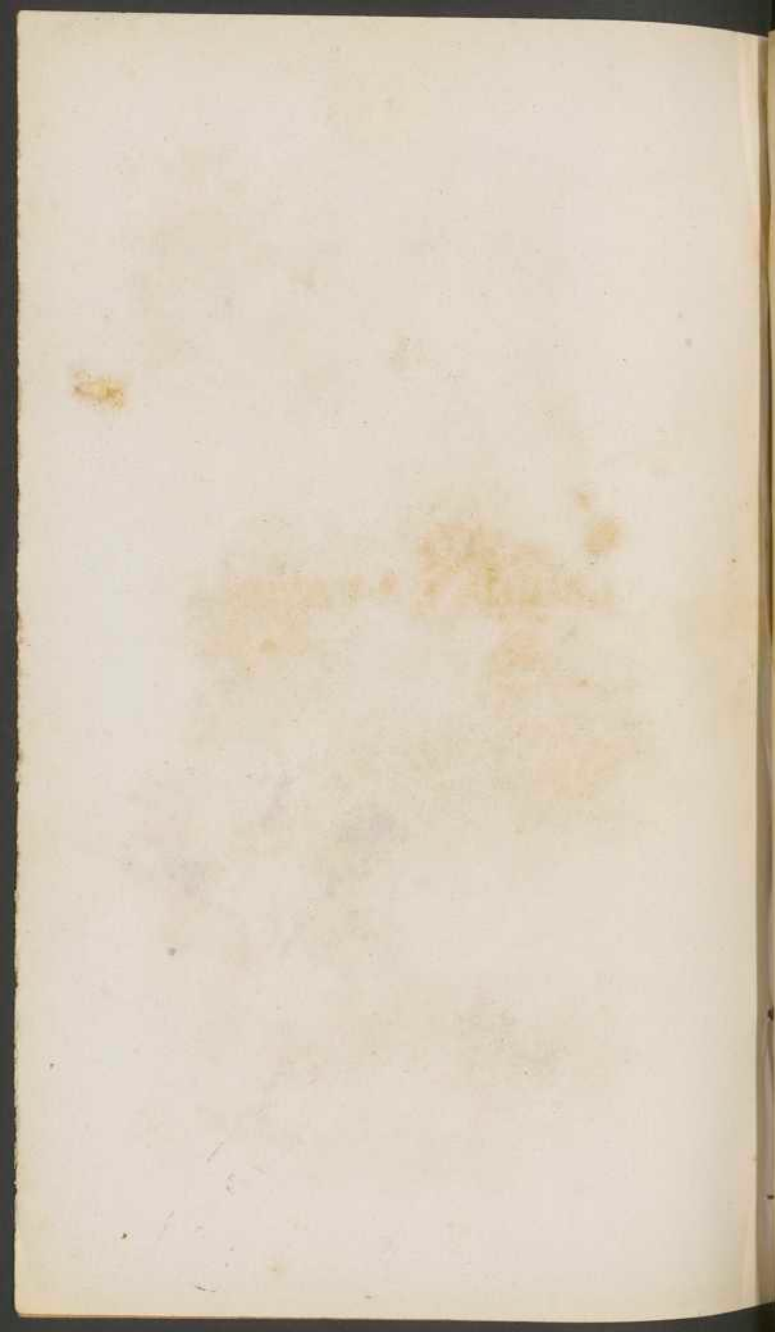


LA HIJA DE VENUS

por I.A.

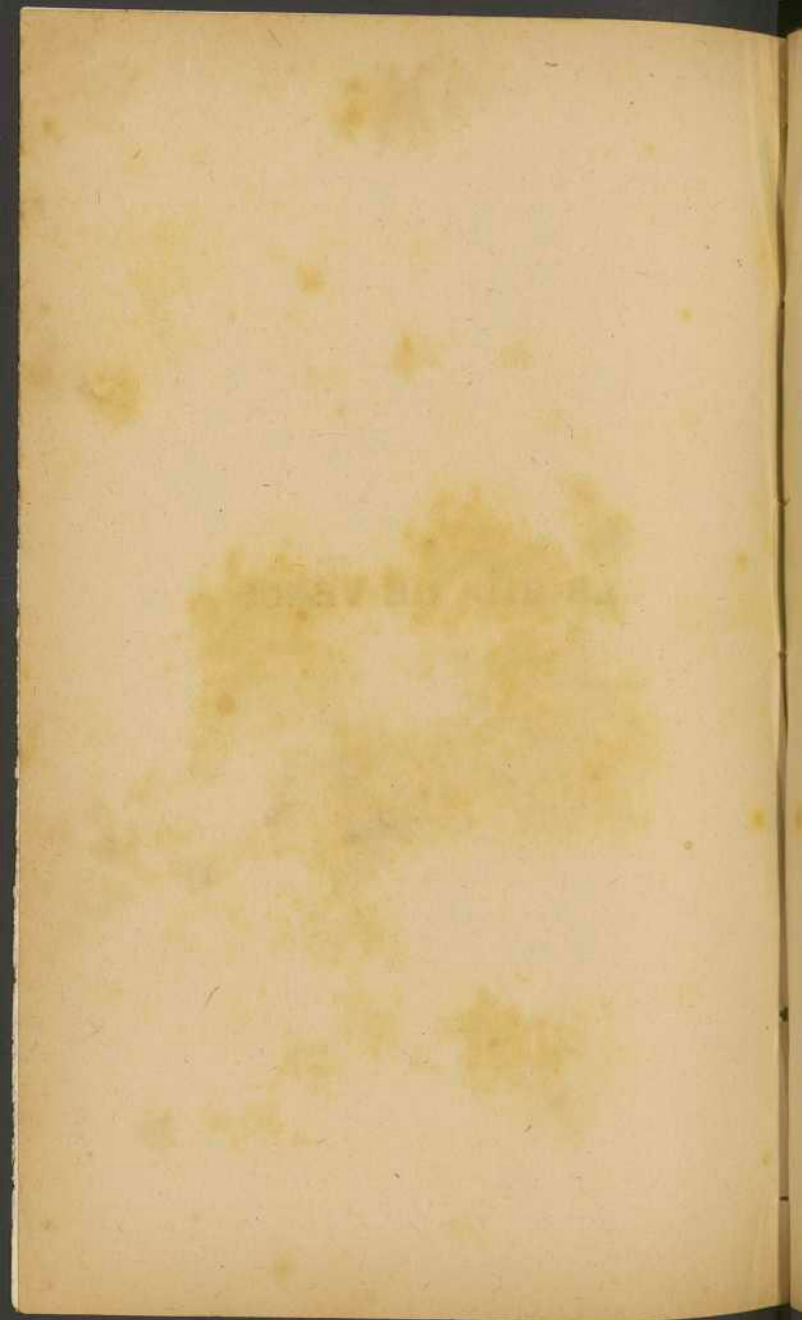


CASA EDITORIAL LEZCANO
JESUS 10
BARCELONA
2 PESETAS



DM 2954

LA HIJA DE VENUS



LA HIJA

DE VENUS

NOVELA ORIGINAL

POR

== I. A. ==



CASA EDITORIAL LEZCANO

❖ Jesús, 10.—BARCELONA ❖

Es propiedad: Queda
hecho el depósito que
marea la ley.



LA HIJA DE VENUS

PRIMERA PARTE

I

QUIEN ERA VENUS

Un día, apareció en Madrid formando parte de una compañía de opereta italiana, una mujer hermosísima, a quien por su belleza, por sus formas esculturales y por el encanto irresistible que tenía su acento, habían apellidado sus compatriotas la Venus.

Su verdadero nombre era Alina Guadolfi, pero esto era lo único positivo que respecto a ella se sabía.

Una mañana habíase presentado al empresario de uno de los teatros de Florencia, solicitando ser admitida en el coro.

Alina revelaba haber recibido una educación esmerada, vestía con elegancia, poseía una excelente escuela de canto y además su belleza era realmente notable.

El empresario juzgó haber hecho una gran adquisición y procuró sujetarla para que no se separase de él.

Pero Alina era pájaro sobradamente listo para permanecer mucho tiempo enjaulado.

Una vez lanzada al teatro, que era lo que pretendía, y conocida ya del público, no le faltaron protectores y merced a éstos pudo imponer condiciones y en breve espacio fué ascendiendo en categoría y en fama, tanto artística como de mujer galante.

Alina era, sin duda, una mujer previsora, porque desde que su sueldo se lo permitió, tomó maestros de varios idiomas y a los tres años de haber recorrido los teatros de Italia, marchó a París, dominando por completo el idioma francés.

Ya poseía el español y el inglés, y esto respondía, sin duda, a sus propósitos, que como decía, no eran otros que los de poder viajar por todas partes, dándose a conocer en todos los teatros.

Un día, en ocasión que estaban en el teatro ensayando una obra que debía estrenarse aquella semana, distraídamente cogió un periódico y empezó a hojearlo.

De repente, lanzó un grito y cayó desvanecida.

Cuando volvió en sí, y al preguntarle la causa de aquel inesperado accidente, dijo con entrecortada frase, que lo ignoraba, pero que no

se encontraba bien y tenía que retirarse sin poder continuar el ensayo.

La acompañaron a su casa, y cuando por la noche fueron a verla algunos de sus compañeros, se encontraron con la sorpresa de que Alina había marchado aquella tarde fuera de la ciudad.

Nadie supo donde había ido, ni se recibieron noticias suyas por espacio de un mes.

Al cabo de este tiempo, reapareció en París y se contrató en una compañía de opereta cómica francesa.

Pero lo que llamó la atención de algunos que la habían conocido en Italia, fué que iba de luto riguroso, sin que fuera posible obtener de ella, por quién lo llevaba.

Sin embargo, al saberse esto en Italia por sus compañeros, hubo alguno que recordó lo ocurrido en el ensayo, y aguijoneado por la curiosidad, recordó fechas, buscó periódicos y lo más saliente que encontró por aquellos días, fué un desafío entre dos jugadores, ambos videntes de oficio, personas de pésimos antecedentes, habiendo muerto uno de ellos llamado Martino Vitaliani, y quedando el otro muy mal herido.

Después de esto, no sacaron nada en limpio porque, ¿cómo era posible que una persona tan discreta y tan distinguida como Alina pudiera tener nada de común con aquella gente?

Alina volvió más tarde a Italia, ingresó en otra compañía y finalmente apareció, como hemos dicho, en Madrid, llamando la atención como la llamaba en todas partes.

*

* *

Desde los primeros días, la Venus italiana se vió rodeada por los más galantes caballeros de la corte, disputándose sus favores y haciéndola toda clase de proposiciones.

Pero la Venus parecía insensible.

Atenta con todos, afable, obsequiosa, agradecida a las distinciones de que era objeto, a nadie mostraba preferencia, causando la desesperación de los que más fama tenían de disfrutar de gran partido entre las mujeres.

Los que conocían la vida galante que la joven había llevado por espacio de algunos años, no podían menos de sorprenderse ante aquel inesperado cambio que ninguno se explicaba, con mayor motivo cuando Alina estaba en toda la plenitud de su belleza, y, por lo tanto, más caros podía hacerse pagar sus favores.

Y ninguno comprendía que aquella frialdad, aquella indiferencia, aquel paréntesis, por decirlo así, que había hecho en su historia de amor, no era más que hijo del cálculo.

La Venus buscaba entre todos aquellos nobles y ricos galanes que la asediaban con sus pretensiones, el que realmente pudiera satisfacer un deseo que tiempo hacía pretendía realizar.

Buscaba entre todos aquellos que hubiesen pagado a peso de oro sus concesiones, uno que quisiera ser su esposo.

Según decían sus compañeros, Alina debía ser rica, porque había sabido elegir sus amantes, y no había hecho lo que otras, que era gastar locamente lo que otros locos la otorgaban.

Hablábase de depósitos hechos en el Banco de Londres, de bastante importancia; los sueldos que disfrutaba eran grandes y sus gastos reducidos, y de aquí que se la considerase poseedora de una buena fortuna.

Y así era en efecto.

Pero lo que no había podido conseguir hasta entonces era lo que más deseaba.

Un esposo, un hombre que la diese representación en la sociedad, cubriendo con su nombre todas las manchas de su pasado.

Considerábase suficientemente hermosa para fascinar a un hombre, para enloquecerle hasta el extremo de que para poseerla no tuviera más remedio que legalizar su unión.

Por esto se mostraba fría e indiferente con todos los que sólo pretendían comprar sus complacencias con puñados de oro.

Y como esto ya no la satisfacía, buscaba y esperaba.

Y por fin, llegó un momento en que creyó realizado su deseo.

*

* *

El joven conde de Laval había llegado a Madrid después de un largo viaje por Europa y América.

Herederero de una gran fortuna, su padre que era muy anciano, le hizo suspender el viaje que tenía proyectado por el interior de Africa y durante un mes estuvo en su casa solariega de Burgos, al lado del anciano, que le significó su deseo de que renunciase a su afición a viajar y que se casara, puesto que ya tenía edad para ello, añadiéndole que para este caso ya le tenía buscada esposa.

El joven conde accedió a lo primero, más en cuanto a lo segundo, dijo que ya lo pensaría más adelante.

Y marchó a Madrid y vió a Alina y se enamoró de ella.

El corazón del conde estaba virgen de amores.

Viajando constantemente, más entregado a las

ciencias que al amor, gran geógrafo, gran naturalista, era un ignorante en las lides amorosas y Alina comprendió bien pronto que aquel hombre era el que ella buscaba.

Y de tal modo supo entusiasmarle, tan enamorado estaba el conde, que llegó un momento en que ciego por completo, no sólo ofreció a aquella mujer su fortuna, sino que la ofreció su nombre y escribió a su padre diciéndole su resolución.

Joven, rico, buen mozo, franco, leal, distinto de la generalidad de cuantos solicitaban los favores de la italiana, ésta llegó también a enamorarse de él.

Su sueño dorado estaba a punto de realizarse.

El conde, cuyo único defecto era el ser excesivamente celoso, desde el momento que ofreció su mano a la joven, la hizo que renunciase al teatro y rescindiera su contrato.

Así lo hizo Alina, que por ningún estilo hubiera querido disgustar al hombre que iba a ser su esposo.

El conde, al escribir a su padre participándole su resolución, le dijo el nombre de la elegida de su corazón, la posición que ocupaba y lo que él había dispuesto ya, haciéndola retirarse del teatro.

*

* *

Con profunda sorpresa leyó el anciano caballero la carta de su hijo y por espacio de muchas horas estuvo reflexionando sobre su contenido.

Hombre de mundo, con la experiencia que dan los años y con el profundo conocimiento que tenía de su hijo, temió, y no sin fundamento, que éste fuera víctima tal vez de alguna especulación indigna abusando de su lealtad, de su honradez y de su desconocimiento del corazón humano.

Mas obrando con gran prudencia, limitóse a contestar a su hijo de un modo ambiguo, sin comprometerse a nada pero sin oponerse tampoco a sus deseos.

Pero a la par que escribió esta carta escribió otras dos o tres a personas de toda su confianza rogándoles que emplearan toda su influencia a fin de conocer el pasado de Alina Gaudolfi y si podían adquirir pruebas que justificaran sus asertos, se las remitieran aun cuan-

do para ello hubieran de hacerse sacrificios pecuniarios de consideración.

El conde, satisfecho en parte con aquella carta de su padre, se apresuró a mostrársela a la Venus diciéndola:

—Mi padre no te conoce, y por lo tanto no es todo lo explícito que debiera respecto a tí. Lo deja a mi albedrío y por lo tanto tú únicamente serás mi esposa.

—Sentiría mucho—repuso la astuta Venus—entrar a disgusto en el seno de tu familia y si tal supiera, sacrificaría mi corazón para evitarte el disgusto más pequeño.

—Yo te juro—la dijo el conde cada vez más enamorado—que con la voluntad de mi padre o sin ella, aunque no creo que este último caso pudiera llegar, serás la esposa del conde de Laval.

Y tal sinceridad, tal firmeza había en el acento del joven, que Alina no dudó que cumpliría su promesa.

Aquella noche la joven escribió una larga carta en la cual manifestaba sus esperanzas dejando ver en ella todos los misterios que había ocultos entre los pliegues de su corazón, así como el plan que su fecunda imaginación había formado y estaba próxima a realizar.

Esta carta iba dirigida a Angelina Gaudolfi, en el caserío de Montferrato, en Florencia, y estaba concebida en los siguientes términos:

*
* *

«Querida tía: Hace seis años me está usted preguntando qué pienso hacer de mi hija Olimpia confiada por mí a sus cuidados, quién es el padre de esa niña y de cómo puedo ir atendiendo a sus necesidades de usted y a las de mi hija con el escaso sueldo que según usted disfrutó en el teatro.

A todas estas preguntas que en distintas ocasiones me tiene hechas y a las que siempre he aludido dar contestación voy a dársela.

Recordará usted que frecuentaba la casa de mi madre un joven veneciano llamado Vitaliani, que mostró desde los primeros días de frecuentar nuestra casa, marcado interés respecto a mí, y a sus recomendaciones, puesto que decía que era íntimo amigo del famoso maestro Castiglioni, debí el que éste se encargara de mi educación musical, que con la escasa viudedad de mi madre no hubiera podido obtener nunca.

Más tarde supe que Vitaliani había pagado al maestro mis estudios y a más, que había

hecho algunos ligeros obsequios a mi madre durante la enfermedad que usted sufrió en nuestra casa.

De repente empezaron a circular algunas noticias respecto a nuestro protector que en nada le favorecían, noticias a que no dí crédito porque ya estaba enamorada de él, amor que, empezando por la gratitud, tuvo más tarde que convertirse en ardiente pasión.

Al tener mi madre conocimiento de todas aquellas noticias y ver la predilección que por mí sentía aquel caballero y lo inclinada que yo estaba respecto a él, trató de poner remedio, me habló severamente, me hizo gran número de reflexiones y procuró como buena madre evitar el peligro que adivinaba.

Por entonces se separó usted de nosotras para ponerse al frente de la granja de Montferrato y no pudo usted conocer todos los hechos subsiguientes a su separación.

Ya conoce usted mi carácter obstinado, un tanto rebelde a las reprensiones y orgulloso con exceso, por lo cual desoí las observaciones de mi madre, protesté de lo que pretendía hacer con Vitaliani, me puse de acuerdo con él, y cegada por mi pasión y obsesionada por aquel desgraciado, rechacé en absoluto las observaciones de mi madre y consentí en seguir al hombre de quien tanto mal se empezaba a decir por entonces.

Decían de él que era un estafador miserable, un espadachín audaz y desvergonzado que vendía su destreza y su valor a quien mejor le pagaba, y que para adquirir dinero no vacilaba en recurrir a toda clase de medios.

Perseguido en Suiza había regresado a Italia, tuvo que huir de Terrasa refugiándose en Milán, donde me conoció.

Aquel hombre me ofreció darme su nombre, le creí, me entregué a él esperando en vano el cumplimiento de su promesa, promesa que cuando ya le hube conocido, no habría aceptado tampoco.

Durante el tiempo que viví a su lado en Nápoles, tuve ocasión de conocer que no había exageración alguna en todas aquellas noticias que habían circulado por Milán. Pero ya no tenía remedio, yo misma me había hecho el daño y tenía forzosamente que sufrir las consecuencias.

Fuí madre y puedo asegurar a usted, querida tía, que intenciones tuve de haber ahogado con mis propias manos el tierno sér que había llevado en mi seno, solamente por haber sido hija de aquel miserable a quien a pesar de todos sus crímenes no podía dejar de querer.

Sin embargo, yo comprendía que más tarde o más temprano tenía que romperse aquella cadena que nos unía; me repugnaba demasiado la existencia de Vitaliani y puede usted creer que, el pan que comía, como sabía que era ganado de un modo tan indigno, me causaba más daño que beneficio.

Un día Vitaliani salió de casa después de una violenta discusión que habíamos tenido en la cual se desbordó toda la ira, toda la vergüenza, toda la indignación que había ido acumulándose en mi sér desde que tuve ocasión de conocerle, y en vano le esperé.

Lo único que recibí fué una carta desdeñosa,

insultante, mofándose todavía de lo que llamaba mis escrúpulos y anunciándome que no volvería a verle más.

¿Queréis creer, querida tía, que a pesar de todo el daño que aquel hombre me había hecho, todavía lloré su ausencia?

Sin embargo, al contemplar a mi hija comprendí que necesitaba vivir para ella, que era necesario que si algún germen de maldad había heredado aquella desgraciada criatura del padre que la engendró era necesario extinguirlo, y esto únicamente podría suceder viviendo lejos de él.

Mi madre había muerto ya por efecto del disgusto que la causó mi abandono, y la infeliz, tan oculto había llevado para todos el indigno proceder de su hija, que ni aun a usted misma, le había revelado la verdad, según usted me dijo cuando más tarde fui a encontrarla.

En usted pensé para realizar el plan que me había propuesto.

Apenas contaba con recurso alguno, porque aquel hombre, al marcharse, se había llevado todo el dinero que había en nuestra casa.

Más tarde supe que la verdadera causa de su separación fué, no la incomodidad ni los reproches que yo le dirigí, sino la necesidad de salvarse, porque le estaban persiguiendo por una fechoría que cometió poco antes.

Vendí nuestro modesto ajuar, reduje a metálico algunas alhajas que conservaba y sin decir a nadie ni donde iba ni lo que pensaba hacer,

salí de Nápoles con mi hija y entonces fuí en busca de usted.

Su acogida me conmovió, y no atreviéndome a revelarles toda la extensión de mi desgracia, ni aun quise revelarles el nombre de mi seductor.

La confié a usted mi hija, le entregué el poco dinero que me quedaba, prometiéndola enviarle cuanto ganase en el teatro, al cual pensaba dedicarme, y marché a Florencia, donde tuve la suerte de encontrar el ajuste que deseaba.

A partir de aquel momento, no tuve más que un solo deseo, adquirir una fortuna para mi hija y ver si podía obtener para ella un nombre con que poder encubrir la ilegitimidad de su nacimiento.

A esto dediqué todos mis esfuerzos, y hoy creo haberlo conseguido.

Un día, supe por casualidad, leyendo un periódico, que Vitaliani había sido muerto en duelo por una cuestión de juego, y abandoné la ciudad en que me encontraba para dirigirme al punto donde había tenido lugar aquel hecho, a fin de asegurarme si era cierta la noticia.

Efectivamente, era verdad, y a pesar de todo el daño que aquel hombre me había causado, no pude menos de sentir su pérdida.

Desde aquel momento, ya no abrigué temor alguno de que Vitaliani pudiera algún día reclamarme su hija.

La suerte me ha protegido, puesto que queriendo adquirir dinero a toda costa, le he adquirido de tal modo, que considero la suerte de mi hija completamente asegurada.

Seis años cuenta ahora, y merced a la for-

tuna de su madre, fortuna cuyo origen ignorará siempre, podrá obtener una educación como la más rica heredera, y yo podré presentarla en el mundo escudada con el nombre de mi esposo.

Y este nombre hoy tengo la seguridad de poseerlo, querida tía, y no se trata de un hombre vulgar, sino de un título nobilísimo, digno de respeto y de la consideración general.

Tan luego esto haya tenido lugar, mi esposo y yo iremos a esa para recoger a mi hija, y significar a usted por mi parte todo el profundo reconocimiento que la profeso.

Supongo que mi Olimpia seguirá tan mona como me la dejé el año pasado cuando fui a verla.

Los regalos que la envío, creo que han de ser de su agrado, y ellos constituyen el prólogo de otros de que seré portadora cuando dentro de algunos meses pueda ir a abrazarlas».

La carta seguía ya con algunos encargos de menos importancia, y si hemos transcrito lo más esencial de ella, ha sido para dar a conocer al lector la existencia de la Venus italiana hasta el momento que la hemos presentado en escena.

II

ESPERANZA PERDIDA

El conde de Laval cada día estaba más enamorado de Alina.

Maestra consumada en el arte de enloquecer a los hombres, con doble motivo consiguió hacerse suyo al conde en términos que éste hasta llegó a fijar día para su casamiento.

Dos o tres veces más había escrito el joven a su padre a fin de obtener una respuesta categórica y siempre las contestaciones de éste revestían el mismo carácter de ambigüedad que no acababan de satisfacerle.

Rosendo, que así se llamaba el conde, resuelto como ya hemos dicho a dar su mano a la joven, estaba haciendo sus preparativos para la boda, había adquirido ya un lindo hotel en Recoletos y todo el mobiliario, y el decorado se hacía bajo la inspiración y el gusto de la italiana.

Esta no había querido revelar a su prometido la existencia de aquella hija que estaba educándose en Italia reservándose hacerlo la

víspera de su matrimonio, cuando ya no tuviera Rosendo lugar de arrepentirse.

Le había estudiado perfectamente; conocía muy bien su lealtad y su firmeza, y sobre todo el ciego cariño que la profesaba y tenía la seguridad de que con su discreción y su prudencia haría de él lo que quisiera.

Lo único que la solía inquietar en algunas ocasiones, era el celoso carácter de Rosendo.

Para atenuar algún tanto lo que para el porvenir pudiese suceder, le reveló algo de su pasado disculpando si había tenido algún amante, con la necesidad a que había tenido que sucumbir puesto que de no acceder a ciertas exigencias se le hubieran cerrado las puertas para adquirir la fama y la posición de que disfrutaba.

El conde había aceptado aquella confesión que ella le hizo, apreciando como un acto de lealtad y franqueza lo que solo fué hijo de un cálculo miserable.

Con ello demostró Alina lo perfectamente que conocía a Rosendo y la seguridad que podía tener de conseguir lo que deseaba.

Pero no contaba con que todo lo de crédulo, leal y confiado que tenía el conde, lo tenía su padre de previsor, de sagaz y desconfiado.

*

* *

Con muchas y antiguas relaciones en la corte, según ya dijimos, uno de los amigos a quien se dirigió, era un alto empleado en el ministerio de Estado, el cual, valiéndose de la embajada de Italia, consiguió tener una información tan amplia como nunca se pudiera imaginar Alina que la pudieran dar.

La misión fué confiada a uno de los más diestros agentes de policía y con tal empeño la tomó, que no quedó detalle alguno que no quedara consignado en la relación que remitió a Madrid.

El padre de Rosendo, al recibirla, no pudo menos de felicitarse por la buena idea que había tenido.

Al mismo tiempo recibió algunas otras notas referentes a la estancia de la joven en París y Londres, y como todas estas notas iban acompañadas de pruebas que no dejaban lugar a duda alguna, pudo reconstituir con todas estas noticias la verdadera historia de Alina desde que dieron principio sus relaciones con Vitaliani.

—¡Pobre hijo mío!—exclamaba el anciano repasando todos aquellos papeles.—En que abismo hubiera caído a no ser por mi previsión.

Pero lo que preocupaba al anciano era cómo haría saber a su hijo todo aquello.

No juzgaba conveniente escribírselo, porque comprendiendo que Rosendo estaba completamente subyugado por el cariño de aquella mujer, le enseñaría las cartas, dirigiéndole los más acerbos reproches; pero ella, con sus lágrimas, representando una nueva farsa, haciéndose tal vez pasar por víctima, conseguiría que su amante la perdonase.

Marchar él a Madrid para hablar con su hijo y hacerle desistir de su propósito, le era imposible porque su edad y sus achaques se lo impedían y en aquellos momentos mucho menos por el trastorno que le produjeron las noticias referentes a Alina.

Pero la misma desgracia llegó en su ayuda.

Como hemos dicho, su salud bastante quebrantada se agravó con el disgusto que estaba pasando. Tuvo un violento ataque, y Rosendo recibió un telegrama firmado por su prima Elena, diciéndole que el estado de su padre era muy grave y que quería verle.

Cuando Alina supo lo que ocurría y que el conde salía aquella misma noche para su país, sintió algo así como el presentimiento de alguna desgracia.

Pero como no podía impedir que el joven acudiese donde su deber le llamaba, ni ella podía acompañarle no tuvo otro remedio que resignarse.

*

* *

Una vez Rosendo en su casa solariega de Burgos, lo primero que le dijo su prima que con él se había criado, pues desde su niñez quedó huérfana y su tío se la llevó consigo, fué que la opinión de los médicos era que difícilmente podría escapar el anciano y que por lo tanto no debía separarse su hijo de su lado.

Esto lo corroboraron los médicos, y el conde no tuvo otro remedio que quedarse en Burgos.

Dos días después, el anciano que había recobrado algunas fuerzas, celebró una larga conferencia con su hijo, conferencia en la cual le hizo presente las dudas que desde el principio abrigó respecto a Alina, las diligencias que había practicado y el resultado que éstas habían tenido.

El conde escuchó atentamente a su padre y pálido, convulso, sin aliento, fué enterándose de todos aquellos papeles, cuyas procedencias

no podían ser sospechosas y que estaban autorizados por firmas tan respetables.

—Ahora, hijo mío,—le dijo el anciano—ya lo sabes todo. Nuestro nombre no ha tenido hasta hoy mancha alguna y no he de ser yo, en los últimos días de mi vida quien con mi aquiescencia consienta que se le manche otorgándote el permiso que me tenías solicitado. Sin embargo, eres mayor de edad, dueño por lo tanto de tus acciones; mis días están ya muy contados y por lo tanto podrás obrar como mejor te plazca. Lo único que te ruego es que no amargues esos pocos días que me restan de vida haciéndome presenciar lo que consideraría como la mayor desgracia que podría acontecerme. Otros eran los proyectos que yo tenía respecto a tí. Había ofrecido solemnemente a mi pobre hermana moribunda, que haría la felicidad de su hija y esta felicidad esperaba dársela haciéndola tu esposa. Nada la dije jamás respecto a esto, pero la enseñé a quererte y esperaba tu regreso para decírselo, por lo tanto libre eres como antes te dije para obrar como mejor te plazca. De todas maneras ya tengo hechas mis disposiciones para asegurar su suerte, disposiciones que espero sean cumplidas por tí.

Durante toda la larga relación del anciano, Rosendo no dijo una palabra.

Fruncido el entrecejo, densamente pálido, estuvo escuchando a su padre y cuando éste hubo terminado, silencioso, con la muerte en el alma, salió del aposento y se dirigió a sus habitaciones.

Durante todo aquel día y la noche que le si-

guió, no volvió a presentarse en la estancia de su padre.

Cuando amaneció el siguiente día, Rosendo que no se había acostado, alzó la cabeza resueltamente y se dirigió a la alcoba de su padre.

Aproximóse al lecho, cogió la mano del anciano y besándola respetuosamente le dijo:

—Gracias, padre mío; gracias por el bien que me has hecho. Terrible ha sido la herida pero bendigo la mano que me la ha causado. Tu hijo no manchará tu nombre ni será un estorbo para tus proyectos respecto a Elena. Puedes anunciarle cuando quieras lo que habías pensado.

Aquel mismo día Rosendo escribió a Alina una lacónica carta en la cual la decía el estado de su padre y la necesidad en que se hallaba de permanecer a su lado el breve tiempo que le quedara de vida.

El anciano había escuchado la resolución de su hijo lleno de alegría.

Y como éste le había autorizado ya para que si quería manifestase a Elena su voluntad, así lo hizo.

Al escuchar la joven lo que su tío la proponía, la impresión que recibió no tuvo nada de agradable, porque la palidez de su rostro y la agitación de su pecho denunciaban más bien el dolor que la alegría.

Felizmente para ella la semi obscuridad que reinaba en la estancia y lo débil que ya tenía la vista el anciano, impidieron que éste advirtiese nada.

—Rosendo,—dijo—ya conoce mi deseo que es

el suyo también y me ha autorizado para que te lo dijese. De ese modo hija mía moriré contento porque habré asegurado tu dicha y cumplido la palabra que dí a tu santa madre en sus postreros momentos. ¿Estás satisfecha hija mía?

La joven hizo un esfuerzo para contestar en sentido afirmativo, pero al mismo tiempo llevóse el pañuelo a los ojos para enjugar una lágrima.

Pocos días después, el pronóstico de los médicos se realizó por desgracia.

El padre de Rosendo falleció a los pocos días uniendo antes de morir las manos de su hijo y de Elena, murmurando con voz que se extinguía por momentos:

—Sed felices, hijos míos.

Verificado el entierro del padre de Rosendo, Elena se retiró a un convento donde debía pasar un año para celebrar su matrimonio con el conde.

Este, una vez arreglados todos los negocios de su casa, salió para París, escribiendo antes una carta a Alina más lacónica todavía que la anterior participándole la muerte de su padre y anunciándole que tan luego terminase los asuntos referentes a la testamentaria regresaría a Madrid.

*

* *

Dos meses pasaron sin que Alina supiera nada de su amante.

Al cabo de este tiempo, recibió una carta de éste fechada en París.

Durante aquel espacio y sorprendida por el extraño silencio de Rosendo, escribió a Burgos sin que obtuviera contestación.

Se dirigió entonces a la Administración de Correos y supo que el conde no estaba en aquella población.

¿Dónde podía haber ido y cómo no se lo había participado?

¿Sería aquello un rompimiento?

¿Faltaría el conde a la palabra que la tenía empeñada?

Llena de zozobra y de inquietud veía pasar los días sin recibir una carta de Rosendo y semejante silencio no podía menos de sorprenderla.

Así fué que cuando recibió la carta de París, como si tuviera el presentimiento de una des-

gracia, le daba vueltas entre sus manos sin atreverse a abrirla.

—¡Qué necia soy!—exclamó por fin.—Bueno o malo el contenido de esta carta es necesario que le conozca para saber a qué atenerme.

Y rompió el sobre, y conforme iba leyendo su palidez aumentaba, su agitación crecía; la sorpresa primero, el despecho después y finalmente la ira se reflejaron en su semblante, concluyendo por estrujar la carta entre sus temblorosas manos, murmurando:

—¡Todo, todo perdido!

Y dejó caer la cabeza sobre el pecho permaneciendo en aquella postura durante un largo espacio.

La carta de Rosendo era terrible.

No había en ella una frase insultante, no había ningún reproche grosero; era la carta de un caballero indignamente engañado, que arrojaba al rostro de la que así le engañó todo el desprecio que merecía su proceder.

El conde no se había conformado con las notas que su padre le entregara, no precisamente porque desconfiase de ellas, sino porque quería convencerse por sí mismo; quería ver, para que nada le pudiera negar.

Y durante aquellos dos meses fué siguiendo todos los lugares donde Alina había residido, supo que había tenido una hija que no se sabía donde estaba y estuvo en las residencias de algunos de los amantes que la Venus había tenido y finalmente pudo comprobar que en las noticias adquiridas por el agente de policía italiano, no había exageración alguna.

Entonces, y pudiendo decir que él por sí mis-

mo se había enterado de todo, fué cuando escribió la carta que Alina recibió y que tan desdichado efecto le produjo.

El conde terminaba así su carta:

«Podría haber disculpado una falta hija de la desesperación o de la miseria; podría haber perdonado una debilidad consecuencia del abandono o de la indignidad de un hombre, pero no puedo disculpar ni perdonar a la que a sabiendas se entrega a un miserable abandonando su casa y siendo causa de la muerte de su madre, a la que tiene una hija de aquel desgraciado, y a la que ha ido pasando de unos a otros brazos para adquirir una fortuna por medio del libertinaje y la deshonra.

»Todo ha concluído entre nosotros. El día que nos volvamos a encontrar, habré ya dado mi nombre a una mujer digna de llevarlo».

*
* *

Estas últimas palabras fueron las que más llamaron la atención de Alina.

Comprendió por ellas, que el conde había hecho ya su elección.

Recordando que él mismo la había hablado de una prima que se había criado con él, que vivía con su padre y a la cual éste quería mucho, dijo con voz resuelta:

—Yo sabré la verdad.

Y como podía libremente disponer de su persona, hizo sus preparativos de marcha y se dirigió a Burgos.

Viajando con nombre supuesto y adoptando un disfraz que la desfigurase por completo, dando pruebas de una astucia y de un disimulo extraordinarios, supo que efectivamente era Elena la prometida de Rosendo y que la huérfana estaba en un convento donde permanecería hasta que terminase el año de la muerte de su tío.

Y como supo que Elena se había reservado para su servicio una de las camareras que te-

nía en casa de su tío y que la otra estaba sirviendo en otra casa de la ciudad, se dedicó a buscarla, y desplegando una destreza y una habilidad superiores a todo elogio, consiguió finalmente tomarla a su servicio.

Y lo hizo así, porque desde la primera vez que habló con ella, comprendió que Teresa, que así se llamaba la camarera, estaba profundamente resentida con su antigua señorita por la preferencia que había dado a su compañera y juzgó que este resentimiento podría servirla muy bien para los planes que abrigaba.

¿Cuáles eran éstos?

Ella misma no los sabía. Sentía un deseo de vengarse del conde que había burlado sus esperanzas, pero sin determinar de qué modo ni el alcance que aquel deseo podría tener.

Desde el primer momento, procuró ganarse las simpatías de Teresa porque supo que había estado por espacio de muchos años al servicio de la joven e indudablemente debía estar bien enterada de cuanto en aquella casa había ocurrido.

—Todavía—se dijo cuando supo que el casamiento del conde con Elena no se verificaría hasta dentro de un año,—puedo permanecer dos años sin ajustarme y en este tiempo, ¡quién sabe lo que puede suceder!

Y se estableció definitivamente en Burgos, alquilando casa en uno de los barrios más retirados y rehuendo tratarse con nadie.

III

ATANDO CABOS

Elena, como hemos dicho, desde su niñez había estado en casa de su tío.

Este había sido para ella un segundo padre y no hacía distinción alguna entre su hijo y su sobrina.

La joven habíase acostumbrado a querer a Rosendo como un hermano y esta afección no se debilitó en lo más mínimo hasta la época en que la hemos presentado al lector.

Tal vez, si Rosendo hubiese permanecido en Burgos y a su lado, su corazón habría cambiado el fraternal afecto por otro más en armonía con los proyectos que abrigaba su tío, pero el joven empezó a viajar y precisamente en la época que los sentimientos de la niña hacen su evolución para transformarse en los afectos de la mujer, Rosendo estaba muy lejos de Europa.

Lindando con la casa del conde de Laval había otra de más humilde apariencia, morada de la baronesa de Ansurez, viuda, con un hijo que había estudiado con Rosendo.

Ernesto, que así se llamaba éste, era muy pobre. Su padre, por efecto de sus ideas políticas había perdido su fortuna y finalmente perdió la vida dejando a su esposa y a su hijo reducidos a la escasa renta de algunas tierras que aquélla poseía.

Por este motivo, el joven tenía que estudiar y trabajar para ayudar a su madre y crearse una posición.

La baronesa llevaba una vida muy retirada, desde la muerte de su marido, dedicada exclusivamente a la educación de su hijo.

A pesar de su pobreza, todo el mundo la respetaba y la quería.

La vecindad de los dos jardines de ambas moradas y los juegos propios de la infancia, y la amistad que unía al conde de Laval con la baronesa de Ansures, hacía que los niños ora en uno, ora en otro jardín se reuniesen todos los días en los momentos que sus respectivos estudios les dejaban libres.

Rosendo era mayor que Ernesto y por lo mismo sus estudios terminaron más pronto.

El barón, una vez que hubo concluido los estudios del colegio, siguió el bachillerato y terminado éste, su madre quiso que se dedicara al comercio puesto que sus bienes de fortuna no le permitían sostener otra carrera más larga.

La baronesa tenía un hermano en los Estados Unidos poseedor de una gran fortuna, el cual la había dicho que tan luego estuviera su hijo en disposición se lo enviara, que él se encargaría de su suerte.

Dieciocho años había cumplido el barón y práctico ya en la contabilidad y dominando per-

fectamente el francés, el inglés y el alemán se preparó para marchar a Nueva Orleáns, donde residía su tío.

*
* *

Dos años hacía ya que Rosendo estaba viajando y en este espacio el corazón de Elena y el de Ernesto se habían entendido, prometiendo la joven que no tendría otro esposo que el barón y éste a su vez que no daría su mano a otra mujer que a Elena.

Ni el tío de ésta, ni la madre de Ernesto sabían una palabra porque el joven no quiso decir nada hasta que su fortuna estuviera en relación con la de la prima del conde.

Una de las doncellas de Elena era la que recibía las cartas y como es consiguiente su compañera estaba también enterada de ello, porque como hemos dicho, las dos estaban a su servicio desde muy jóvenes.

Tres años pasaron en cuyo espacio Elena recibió diferentes cartas de Ernesto en todas las cuales le decía los adelantos que estaba ha-

ciendo y la seguridad que tenía en un breve plazo de alcanzar la fortuna que deseaba para pedir su mano.

Al cabo de los tres años Ernesto hizo un viaje a Burgos para ver a su madre y a su amada, ratificándose entre ambos la promesa que se habían hecho.

Otra vez regresó Ernesto a América y un año más tarde llegó Rosendo a Europa, llamado por su padre, teniendo lugar los sucesos que ya conoce el lector.

Elena no se atrevió á contrariar los deseos de su tío en sus últimos momentos y sin saber que hacer, como ya vimos, se retiró al convento para pasar aquel año resuelta sin embargo a decir a su primo la verdad cuando éste volviese a Burgos para celebrar su enlace según había dicho.

De todos modos, la joven escribió una carta a Ernesto refiriéndole cuanto había pasado y pidiéndole su consejo respecto a lo que debería hacer dada la situación en que se hallaba.

Cuando esta carta llegó a Nueva Orleáns, Ernesto hacía algunos días que había marchado Singapoore y a Calcuta encargado de una misión de gran importancia para su tío y de la cual dependía, según éste le había ofrecido, que le asociara a su casa.

La carta de Elena se cruzó con la de Ernesto, donde la participaba su viaje advirtiéndole que no le escribiese hasta que una vez en el lugar de su destino, le participase como había de dirigirle las cartas.

Profunda contrariedad experimentó la joven

al recibir esta carta, pues la suya, sabe Dios cuando la recibiría Ernesto.

*

* *

Esto último no pudo saberlo Alina porque la doncella que había tomado y que como sabemos había estado al servicio de Elena, se separó de ésta cuando la joven fué al convento.

Sin embargo, ya sabía suficiente para sonreír con diabólica satisfacción, murmurando:

—Yo te auguro, conde de Laval, que las mismas espinas con que me has herido han de herir tu corazón.

Así fueron pasando los meses, cuando un día la casualidad, que a veces viene en ayuda de los más negros propósitos, hizo que la Venus leyese en un periódico francés una noticia que la llenó de sorpresa.

Se refería al naufragio de un vapor que hacía la carrera de Singapoore a Manila, citando el nombre de los pasajeros que iban en el vapor y de los cuales se ignoraba la suerte.

Entre aquellos pasajeros figuraba un español llamado E. Ansurez.

Podría esto ser una coincidencia de apellido,

pero en su afán de hacer daño, Alina encontró medio para que aquella noticia la insertasen los periódicos de Burgos, y la primera persona que la leyó fué la madre del barón.

Y como precisamente hacía ya tiempo que no tenía noticias de su hijo, la pobre madre se apresuró á escribir a su pariente de Nueva Orleáns diciendo que le diera alguna noticia aclaratoria de la que acababa de leer.

La contestación, no pudo ser más terrible.

El tío de Ernesto la dijo que, efectivamente, el joven debía embarcarse en aquel vapor, que había leído la noticia é inmediatamente cablegrafió a la casa consignataria de Singapoore y que en efecto, ésta había dicho que Ernesto formaba parte del pasaje, pero que a pesar de cuantas diligencias se estaban practicando, se ignoraba la suerte de los pasajeros, suponiéndose que habrían perecido aun cuando no se podía asegurar.

La pobre madre creyó morir de dolor.

Elena solía ir a verla algunas veces y como hacía tiempo también que no recibía carta de Ernesto, inquieta y llena de angustia, fué a ver a la baronesa más que nada con objeto de ver si tenía alguna noticia de su hijo.

*
* *

Puede comprenderse la impresión que recibiría la joven al ver vestida de luto a la madre de su prometido y conocer por ésta la noticia de aquel siniestro en el cual todas las probabilidades eran de que había perecido su hijo.

Y tan grande fué su aflicción, de tal modo se afectó, que hasta la misma baronesa dominando su pena trató de consolarla.

La joven regresó al convento y por espacio de muchos días no quiso recibir a varios de los antiguos amigos de su tío que solían visitarla, ni quiso ir a ninguna parte.

En estos días recibió carta de Rosendo anunciándole su próxima llegada.

Esta noticia la recibió la joven con indiferencia.

¿Qué la importaba todo si había perdido al hombre que amaba?

Todavía, dos días antes de la llegada del conde, estuvo Elena en casa de la baronesa a

saber si había tenido alguna noticia respecto a su hijo.

La pobre madre nada sabía; su pariente la había escrito diciéndola que no había podido saber nada, pudiendo abrigarse la triste seguridad de que Ernesto había seguido la misma suerte de sus compañeros.



Teresa, la camarera de Alina, tenía al corriente a su señora de todo lo que ocurría.

La interesada camarera, de tal modo había sido vencida por las dádivas de la italiana y con tanta destreza había sabido ésta despertar sus malas pasiones, que secundaba sin escrúpulo alguno los propósitos de ésta, en cuanto se refería a darle las noticias que deseaba.

Alina sabía encubrir el verdadero objeto que perseguía bajo el aspecto de una curiosidad exagerada, pues a la par que hacía que la doncella le fuera descubriendo cuanto se refería a Elena, la enteraba también sobre la vida y mi-

lagros de otras personas que para nada la importaban.

La italiana, al contrario de lo que había pensado el tío de Ernesto, su madre y Elena, abrigaba una esperanza.

Tal vez el naufragio no había sido tan completo como se había dicho.

Quizás algún náufrago podría haber llegado con más o menos trabajo a cualquier punto de la costa, o bien, por alguna de esas casualidades que a veces existen, el barón no llegó a embarcarse en aquel vapor o desembarcó en alguno de los puertos en que tocaba el vapor en sus viajes.

Fuera ello lo que quisiera, quizás alentada por su mismo deseo, tenía una esperanza de que no participaban los demás, de que Ernesto no había muerto y que más tarde o más temprano se tendrían noticias de él.

Precisamente sobre esto, desde que supo la existencia de los amores de Elena y el barón, formó todo su plan de venganza respecto al conde.

Lo que deseaba entonces era que el matrimonio de éste se hubiese verificado ya cuando se tuviesen noticias del barón.

Y seguía adquiriendo datos y reuniendo antecedentes para si llegaba este caso.

Conforme iban pasando días y nada de cierto se podía saber respecto a la suerte del barón, mayores eran las esperanzas que tenía respecto a la salvación de éste.

Y precisamente de lo que la generalidad deducía la certeza de la muerte, ella creía que afirmaba su creencia.

El lugar donde había ocurrido el naufragio estaba cerca de la costa y si bien ésta, según todas las noticias, era sobradamente inhospitalaria y los habitantes del interior enemigos encarnizados de los europeos, era fácil que hubieran podido los náufragos ganar aquella costa y caer en manos de sus enemigos que quizás les hubieran hecho sus esclavos privándoles por este medio de poder dar noticias de su existencia.

IV

SOSPECHAS

Inconsolable, pero resignada con su suerte, Elena recibió al conde, que llegaba dispuesto a cumplir la última voluntad de su padre.

Por más que la joven se esforzaba en ocultar su dolor, Rosendo advirtió algo en ella que llamó su atención y que motivó entre ambos una explicación.

El conde exigió de su futura que le dijese con entera franqueza si le amaba o si únicamente por respetar el deseo de su tío accedía a ser su esposa, pues en este caso él la consideraría desligada de su promesa antes que condenarla y condenarse a sí mismo a una existencia de martirio.

Elena, que teniendo la seguridad de que vivía Ernesto, no hubiese vacilado en revelar a su primo el estado de su corazón, estando plenamente convencida de la muerte de aquel, como lo estaba su misma madre y todos sus parientes, respondió a Roberto que su corazón estaba completamente libre que se consideraría feliz dán-

dole su mano y que si estaba triste y preocupada era porque cada día que pasaba echaba más de menos a su tío, único padre a quien había conocido, y que además, temía no satisfacer en absoluto las aspiraciones de Rosendo, que acostumbrado al trato del gran mundo, tal vez pudiera encontrarla demasiado sencilla, puesto que jamás había salido de Burgos, y su tío había tenido poco trato social a causa de sus achaques y de su edad.

Rosendo creyó que efectivamente la joven le decía la verdad, y los preparativos de la boda siguieron adelante, y ésta tuvo lugar sin ostentación alguna y solamente con la asistencia de las personas de su mayor intimidad.

Los recién casados salieron de Burgos inmediatamente en dirección a París, y Alina, que ya estaba preparada también para aquel viaje, salió al siguiente día acompañada de Teresa, para el mismo punto.

No quería perder de vista su presa.



El día que se verificó el casamiento, Alina experimentó una cruel satisfacción, murmurando:

—Ahora ya es completamente mío. No ha de durarle mucho la luna de miel.

Y efectivamente, Elena, a pesar de reconocer lo mucho que valía su esposo, y de amarle y estar dispuesta á cumplir con sus deberes, siempre se veía en su rostro una nube de tristeza, que si bien contribuía a embellecerla más, no dejaba de entristecer a su marido, que hacía todo cuanto podía para distraerla.

Elena se disculpaba diciendo que era efecto de su carácter, que siempre había sido lo mismo y que le amaba cada día más.

Mes y medio hacía que se habían casado, estaban a la sazón en Berlín, cuando un día, entre las cartas que recibía el conde, encontró una que llevaba el sello de París, cuya letra le era completamente desconocida.

Apresuróse a abrirla y no dejó de sorprenderle su laconismo.

Buscó la firma y no la encontró.

Era un anónimo.

Tentado estuvo de hacerlo pedazos sin leerlo siquiera.

Pero la curiosidad le detuvo y leyó lo siguiente:

«Conde de Laval:

»Mentira parece que seas un hombre de mundo y no se te haya ocurrido fijarte en la continua tristeza y el disgusto de tu mujer desde que te has casado.

»Cuando una recién casada está de ese modo, fácil es sospechar lo que produce su tristeza y su disgusto.

»¿Estás bien seguro de que eres tú el hombre que ella ama...?

»Inciñere, pregunta, observa».

Como precisamente la maldita intención con que este anónimo estaba escrito respondía a lo mismo que el conde pensaba algunas veces respecto a la extraña melancolía de su mujer, volvió a leer el anónimo y ya no lo rompió como había pensado al principio.

Con el entrecejo fruncido y hondamente impresionado, murmuró:

—¿Será verdad que Elena se ha casado conmigo sin amarme, por compromiso únicamente, por obedecer la voluntad de mi padre?

Y después, con voz baja, cual si él mismo no se quisiera oír, añadió.

—¿Amará a otro?

Y al ocurrírsele esta idea, brilló en sus ojos

algo así como un relámpago de ira, llevándose al mismo tiempo la mano al corazón.

La sospecha había surgido en su mente y fué a herirle en aquella víscera donde las heridas raras veces se cicatrizan.

—¡Que inquiera! ¡Que pregunte! ¡Que observe!—dijo con tembloroso acento.—¡Desgraciada de ella si fuera verdad que amara a otro!

Si el propósito de Alina al escribir aquel anónimo había sido turbar por completo la paz y la tranquilidad de aquel matrimonio, necesario es convenir que tuvo un diabólico acierto en la elección del medio empleado.

*
* *

Ya hemos dicho que el único defecto de que adolecía el conde, era el de los celos.

Y desde el momento en que encontró materia para ello, como que el terreno estaba bien abonado, rápidamente estalló el incendio y la chispa se transformó en hoguera.

Elena oponía siempre las mismas razones a las preguntas que le hacía su esposo y a los reproches que la dirigía.

El conde no se atrevía a hacerle acusación alguna, puesto que carecía de pruebas y no tenía un nombre que citar; pero la vigilancia que ejercía con su mujer, las exigencias para que asistiese a diversiones que ella rechazaba, y las recriminaciones que la dirigía por negarse a complacerle, eran constantes y más de una lágrima había sorprendido el celoso marido en la esposa inocente, lágrimas que contribuían a aumentar las sospechas del conde.

Felizmente para Elena, una razón que justifi-

case su retraimiento, vino en su ayuda; la joven esposa quedó en cinta.

Este suceso contribuyó para mejorar algo la situación de aquel matrimonio.

Con motivo de esta situación, pusieron término a sus viajes los condes de Laval y se trasladaron a su casa de Burgos.

Precisamente por aquellos días publicaron los periódicos una noticia que dió la razón a la esperanza que había tenido siempre Alina, respecto al barón de Ansurez.

Después de infinitos trabajos y al cabo de largos meses de cautiverio habían podido llegar a Hon-Kong varios náufragos del vapor perdido un año antes en la travesía de Manila a Singapoore, citándose entre los nombres de aquellos desgraciados a Ernesto.

Al saberlo Alina, exclamó:

—He aquí realizada mi presunción. Ahora sí que puedo decir que los dioses mis parientes,—aludiendo a la denominación con que era conocida en el mundo galante,—se han declarado abiertamente en mi favor.

Cuatro días después, el conde recibía un anónimo fechado en Madrid, tan lacónico como el primero, pero más terrible todavía:

«Conde de Laval—decía el maldito papel,—habrás observado que la melancolía y la tristeza de tu mujer se han desvanecido algo desde que se halla en cinta.

»¿Tienes la seguridad de que el hijo que lleva en su seno es tuyo?

»Observa con más cuidado todavía y fácil será que veas algo que llame tu atención».

—¡Maldito papel!—exclamó el conde estrujando entre sus dedos el anónimo,—y maldito el ser que así se complace en acibarar mi ventura! ¿Por qué no se presenta el autor de estas líneas a hacer claramente su acusación? ¡Será verdad tanta infamia!—prosiguió después,—¡Me habrá engañado Elena de un modo tan inicuo! ¡Y el que esto ha escrito parece que nos está viendo o esté en la intimidad de mi casa, porque efectivamente Elena está mucho mejor que antes, se ha desvanecido mucho su tristeza, ha cambiado de un modo notable su carácter... ¡Dios mío, Dios mío!—prosiguió Rosendo, estrechándose con ambas manos la cabeza:—¡Si hay para volverse loco!... ¡Esto es una calumnia indigna! ¡Si yo supiera quien ha escrito esto!...

Y el desgraciado estrujaba convulsivamente entre sus dedos aquella hoja de papel que varias veces quiso romper y que sin embargo volvió a guardar como hizo con el primer anónimo que recibió.



Al cabo de pocos días leyó en los periódicos la noticia referente a la salvación de los náufra-
gos de que anteriormente hemos hablado.

Y como lo mismo que la generalidad había creído en la muerte de Ernesto, su antiguo compañero de colegio, entró en las habitaciones de su mujer llevando en la mano el periódico en que acababa de leer la noticia diciendo:

—¿Sabes una cosa, Elena?

—¿Qué?—preguntó ésta mirando fijamente a su marido.

—Calla, mujer, si esto parece milagroso. Es necesario que vayamos a ver a la baronesa.

—¿Por qué?—preguntó Elena, palideciendo.

—Porque Ernesto no ha muerto.

—¡Qué! ¿Qué dices?—murmuró la joven con temblorosa voz.

—Que dentro de poco le veremos tal vez.

—¡Ah!

Y Elena cayó al suelo sin sentido.

—¡Elena! ¡Esposa mía!... ¡Qué quiere de-

cir esto!—exclamó el conde apresurándose a levantar a la joven, llamando al mismo tiempo a sus doncellas.

Transportaron a la cama la desmayada joven, y viendo que a pesar de los esfuerzos hechos, no conseguían hacerla que volviese en sí, el conde envió a buscar el médico.

Rosendo no acertaba a explicarse lo que había pasado.

Todavía no relacionaba el desmayo de su mujer con la noticia de la salvación de Ernesto, pero sin embargo, no dejó de llamar su atención.

Pero todo esto desapareció, desde que el médico una vez reconocida la paciente, dijo:

—¡Oh! no hay que apurarse, señor conde. Esto no es más que efecto de su mismo estado. Presumo que dentro de poco tendrá usted el placer de abrazar a su heredero.

—¡Qué quiere usted decir doctor!—exclamó el conde sorprendido. Si Elena está de siete meses únicamente.

—¿Y eso qué importa? Es un parto prematuro.

—Entonces puede haber peligro...

—Ninguno, según creo, en estos momentos. Tal vez la señora condesa puede haber recibido alguna impresión inesperada, la cual puede haber contribuido para determinar el parto.

—No sé que pueda haber recibido otra impresión que la que yo mismo pueda haberle causado con una noticia que también a mí me ha sorprendido. La que traen hoy los periódicos respecto a la salvación de Ernesto Ansurez a quien todos habíamos creído muerto.

—Es verdad,—dijo el médico.—Por cierto que he tenido que ir a ver a la baronesa, que también a la pobre señora le causó un efecto extraordinario la noticia.



La presunción del médico se cumplió en todas sus partes.

Efectivamente, después de una gestión excesivamente laboriosa, Elena dió a luz un niño.

Por prescripción facultativa, dada la situación en que la madre se hallaba, a pesar de los deseos de ésta, fué necesario dar al recién nacido a una nodriza.

Por espacio de muchos días la joven condesa estuvo, como vulgarmente se dice, entre la vida y la muerte.

La impresión que había recibido al conocer la existencia de Ernesto y que ella había faltado a su juramento, y el temor de las consecuencias que podía tener el regreso del joven, todo lo cual se le ocurrió en el momento que Rosendo le dió la noticia, produjéronla un efecto

tan grande, que fué necesario emplear todos los recursos de la ciencia para conseguir salvarla.

En sus momentos de fiebre, había pronunciado frases inconexas que sin embargo llamaron la atención de su marido.

No podía deducir nada en concreto, pero dado su carácter celoso y lo que ya habían trabajado su pensamiento los anónimos recibidos, crearon en él un estado de desconfianza que le hacía sufrir de un modo extraordinario.

Más tarde, cuando ya la joven entró en el período de la convalecencia, su melancolía se mostró con caracteres tales, que los médicos aconsejaron al conde que se llevase a su esposa lejos de Burgos y que procurase distraerla porque era su estado muy delicado.

—¡Oh! sí, sí, Rosendo,—repuso Elena cuando escuchó la opinión facultativa,—llévame lejos de aquí.

—¿Tanta antipatía profesas al país en que has nacido, donde te has criado, donde te has unido a mí y donde ha visto la luz primera nuestro hijo?

—¡Me moriría aquí!—murmuró la joven con dolorido acento.

—¿Acaso has tenido en esta ciudad algún grave disgusto?—la preguntó el conde con receloso acento.—¿Temes encontrar alguien que pueda hacerte cargos?...

Y el conde no se atrevió a continuar porque la palidez y la agitación de su esposa le asustaron.

*

* *

La joven trató de sonreír, pero al mismo tiempo una lágrima temblaba entre sus párpados.

—¡Qué cosas tienes! —dijo dulcemente.—¿Por qué me dices eso?

—Como manifiestas tantos deseos de salir de aquí.

—Y acaso, dejando aparte todos esos faustos sucesos a que antes te referías, ¿no me ha probado mal esta ciudad desde nuestro regreso?

El conde no pudo menos de asentir a lo que acababa de decir Elena.

Sin embargo, la duda, aquella duda cruel excitada por la maldad de Alina, continuaba atormentándole.

Hiciéronse los preparativos para el viaje del matrimonio a Niza, punto que los médicos habían considerado favorable para la condesa.

Una vez fuera de España, pareció que la joven condesa respiraba con más libertad.

En breve espacio recobró la salud, y la tran-

quilidad de su espíritu parecía reflejarse en la satisfacción que brillaba en su rostro.

Para no separarse de su hijo había hecho que les acompañase la nodriza, y como ella decía a su marido, teniéndole a su lado y a su hijo, se consideraba completamente feliz.

*

* *

Lo que Elena se había propuesto, era evitar encontrarse frente a frente con Ernesto.

Había comprendido que el joven, después del inmenso peligro que había corrido, regresaría al lado de su madre y quería evitar aquella primera entrevista que podía ser sobradamente violenta para los dos.

Lejos de España, en un punto como Niza, lugar puramente de recreo, no era fácil que pudiera ocurrírsele a Ernesto ir a pasar una temporada.

El conde, al ver el cambio que se había verificado en su mujer desde su salida de Burgos, sentía disiparse sus recelos y por espacio de cuatro o cinco meses no ocurrió ningún incidente que pudiera turbar la ventura de que disfrutaba.

Para aumentarla volvió a quedarse encinta Ele-

na, y como parecía haberle probado la permanencia en Niza, quedó resuelto que allí continuarían hasta el alumbramiento de la condesa.

Entre tanto Ernesto había llegado a Burgos.

Deseoso de sorprender tanto a su madre como a su amada, ni a una ni a otra dió aviso de su viaje.

Pero cuando después de haber abrazado a su madre preguntó a ésta por Elena y se enteró del cambio que en su suerte se había verificado, el efecto que aquellas noticias le produjeron fué terrible.

Hubo momentos en que pensó marchar a Niza y buscar una ocasión para ver a la condesa, arrojarle al rostro su proceder y alejarse de España para siempre.

Pero felizmente consiguió desechar semejante idea y después de haber pasado algunos meses al lado de su madre, con el corazón destrozado, por lo que consideraba deslealtad en la mujer querida, volvió a marchar a América.



Hemos dicho que el conde disfrutaba un período de tranquilidad, juzgando que el malvado autor de aquellos anónimos, en vista del

poco resultado que le habían dado las malas artes empleadas para desunir aquel matrimonio, había desistido de su infame tarea.

Pero por desgracia, estaba muy equivocado Rosendo.

Si Alina había dejado pasar todo aquel tiempo sin dar muestra de su existencia, lo había hecho premeditadamente a fin de que el golpe que pensaba dar produjera mayor efecto.

El parto prematuro de la condesa la hizo sonreír diabólicamente, comprendiendo todo el gran partido que de él podía sacar.

Y como supo por la misma Teresa, por tratarse ésta con todos los criados del conde, como había sobrevenido el accidente de Elena, comprendió desde luego que la noticia que el conde la comunicó la impresionó de tal modo, que conmoviendo su organismo produjo primero el alumbramiento y después aquel peligroso sobreparto que estuvo a punto de costarle la vida.

Más tarde, cuando quedó acordada la marcha de los condes a Niza, sonrió también, murmurando cuando estuvo segura de que su camarera no podía oírla:

—La condesa es más astuta de lo que todos creen. Ha sabido inducir a los médicos para que aconsejen ese viaje necesario para su restablecimiento, y de este modo evita encontrarse aquí cuando llegue el otro. No está mal pensado. Veremos lo que dice el barón cuando venga y sepa lo que ha pasado.

Y llegó Ernesto, y ella, que por medios indirectos había conseguido entrar en relaciones con la baronesa, pudo apreciar el efecto que al joven le causó el matrimonio de Elena, y por

su parte, con intencionadas frases y con hipróticas reticencias, trató de excitar la cólera del joven y despertar en él deseos de venganza.

Felizmente, Ernesto supo rechazar todas aquellas instigaciones, y salió de Burgos con el propósito de no regresar jamás a España.



Alina no pudo menos de experimentar una decepción con aquella marcha, pero sin embargo no desistió de su empeño, y conociendo como conocía la residencia del conde y de su esposa, marchó a establecerse en Menton, una de las principales estaciones de invierno, del mediterráneo, inmediata a Niza y desde la cual podía observar, sin temor de ser descubierta, cuanto ocurriese en la *villa* de las Palmeras, que así se denominaba la encantadora residencia de los condes de Laval.

Antes de salir de París, donde había permanecido dos o tres días, puso en el correo una carta dirigida a Rosendo.

Este recibía diariamente periódicos y revistas, tanto españolas como extranjeras, juntas con la correspondencia que sostenía con los administradores de sus posesiones.

Un día, al recibir el correo, entre las varias cartas, vió una cuya letra debió conocer porque la apartó a un lado, murmurando con acento colérico:

—¡Otra vez el miserable autor de todas estas infamias se dirige a mí! ¡Quisiera saber quién es, para devolverle este papel envuelto en una bala!

Y formó el propósito de arrojar al fuego la nueva misiva, propósito que no cumplió tampoco, como no lo hizo con los anteriores.

Resoluciones que no se realizan en el momento de tomarlas, difícilmente se llevan a cabo después.

En la mayor parte de los actos de la vida la primera impresión es indudablemente la mejor.

La reflexión después, la pasión, la curiosidad, hasta la misma presunción de creer que no hemos de hacer caso de lo que digan o de lo que hagan, nos hace desistir de la primera idea y somos nosotros mismos los que realmente nos hacemos el verdadero daño.

Tal le sucedió al conde.

Después de haberse enterado de toda su correspondencia, después de haber leído algunos de los periódicos, fijó su vista en la maldita carta que había dejado aparte en su mesa, y murmuró:

—¿Todavía está este papel aquí? ¿Qué nueva calumnia yendrá encerrada en él? Por supuesto que su autor debía haber comprendido que su tarea es completamente inútil. Todo esto debe ser obra de algún pretendiente de Elena, despedido por su desvío. Veamos que dice aho-

ra. De todos modos no he de hacer caso de ninguna de sus sandeces...

Y el conde abrió la carta.

Mas a pesar de aquellos propósitos que había expresado, mucho debió escocerle lo que decía, porque dió un puñetazo sobre la mesa, exclamando:

—¡Oh! ¡Esto sería el colmo de la infamia! ¡Es posible que pueda haber una mujer tan infame!

Y se levantó de su asiento y empezó a pasearse por la estancia con muestras de la mayor agitación.

*

* *

Después de algunos minutos volvió a aproximarse a la mesa, cogió de nuevo la carta, la leyó dos o tres veces, exclamando después:

—¿Pero dónde está este demonio que tan perfectamente enterado se encuentra de todo? No parece sino que ha presenciado cuanto aquí dice. Porque es verdad,—prosiguió después de un momento—la impresión la recibió Elena al decirle que Ernesto iba a llegar. Pero no, no,

Ernesto no podía ser su amante. Tampoco lo dice aquí. Pero es indudable que algo de lo que en esta carta se apunta es verdad. El mismo interés de Elena en salir de Burgos me está diciendo bien claro que estaba amenazada quizás de un escándalo de... ¡Oh! ¡Esto no puede ser, Dios mío, no puede ser!

Y el desgraciado, pálido, convulso, fuera de sí, se golpeaba furioso la frente con las manos, añadiendo con desesperado acento:

—¡Dios mío!... ¡Un rayo de luz siquiera que pueda iluminarme en este caos de tinieblas en que me encuentro!

Y otra vez se dejó caer sobre el asiento, sepultando la cabeza entre sus manos.

Así permaneció algún tiempo.

Buscaba sin duda una idea salvadora, algún medio para aclarar las dudas subgeridas por aquel envenenado papel, que no había tenido fuerza de voluntad para rasgar sin enterarse de su contenido.

Pero sin duda resultó infructuosa la labor a que estuvo sujetando su pensamiento, porque lleno de ira dijo después de un buen rato de permanecer de aquel modo:

—¡Nada! ¡Absolutamente! ¡La duda pertinaz, los indicios para sostenerla cada vez más vehementes y no hay, ni puedo encontrar medio para justificar los unos, y aclarar los otros!

Y otra vez volvió a leer la carta, añadiendo:

—¡Fechada en París! ¡Necio ardid para desorientarme sin duda! Quien quiera que sea, vive conmigo, está cerca de mí, me sigue a todas partes, porque de otro modo sería imposible que conociese los detalles de que me habla.

¿Pero quién es? ¿Dónde se oculta el miserable que indudablemente está recreándose con mi tormento?

Y como el desgraciado no podía efectivamente determinar persona a quien acusar de aquello, se desesperaba con mayor violencia.

Realmente, el anónimo no podía ser más terrible.

Estaba concebido en estos términos:

«Conde de Laval, es preciso que te convenzas de que no estás siendo más que un juguete de los que tienen interés en que permanezcas ciego.

»Y sin embargo creo que debías, por los avisos que te he dado, estar prevenido, porque después de todo, es bien grosera la red en que te tienen envuelto.

»¿Qué impresión fué la que recibió tu mujer, que le aceleró el parto, dando a luz antes de tiempo según todos se empeñaron en hacerte creer?

»Mentira parece que un hombre de mundo como tú, no presumiera, cuando menos, que todo aquello no era más que una comedia hábilmente preparada para justificar un alumbramiento prematuro.

»¿Y qué me dices de la resolución tomada por tu mujer, de ausentarse de Burgos y establecerse en una población extranjera?

»¿No la has encontrado muy extraña también?

»Sin duda la has juzgado como un capricho de esposa mimada, y no has sabido ver otra cosa,

» ¡Cómo deben reirse de tí los que tienen interés en que permanezcas ciego!

» En el extranjero, es más difícil sorprender que hablen y se entiendan dos personas que tengan interés en ello, mientras haya un marido confiado que nada sospeche.

» Y basta por hoy, amigo conde. Hay un refrán que dice que, no hay peor sordo que el que no quiere oír y contigo podemos invertirlo, diciendo que «el peor de los ciegos es el que se forma el propósito de no ver».

Motivo sobrado tenía el conde con esta carta para justificar el estado de excitación en que se hallaba.

Durante aquella mañana, no se atrevió a presentarse ante su mujer, temeroso de que ésta comprendiese la horrible tempestad que desencadenada rugía en su pecho.

Salió de su casa, se fué al casino, marchó después a Monte-Carlo, envió un telegrama a Elena, diciendo que no iría a comer y hasta la noche no regresó a Niza.

¡Bien ajena estaba Elena del estado de ánimo de su marido!

Precisamente cuando éste llegó, la joven tenía en brazos a su hijo, a quien colmaba de caricias.

Al entrar Rosendo en su aposento, detúvose en la puerta y frunciendo el entrecejo, dijo con sequedad:

— Parece que quieres mucho a ese niño venido a mundo antes de tiempo.

— ¿Qué quieres decir, Rosendo? — exclamó Elena sorprendida. — ¿Acaso no es nuestro hijo?

— Basta, — repuso el conde con aspereza,

M

«CALUMNIA, QUE ALGO QUEDA»

A partir del momento en que hemos terminado el capítulo anterior, se nubló por completo la ventura que se disfrutaba en la «Villa de las Palmeras».

El conde siempre estaba preocupado, receloso, apenas perdía de vista a su esposa, que comprendía el espionaje de que estaba siendo objeto y no acertaba con la causa de él.

Pero como su conciencia de nada la acusaba, como tenía la seguridad de haber cumplido y cumplir con sus deberes de esposa y de madre, no la importaba que se observaran sus acciones.

Lo que más la preocupaba era la especie de adversión que su marido manifestaba respecto a su hijo.

¿De qué podía nacer esto?

Antes el conde le acariciaba, se complacía viendo como adelantaba, formando planes para el porvenir respecto a la educación del niño.

Pero de repente suprimió las caricias, parecía mirarle con desdén, y para nombrarle, jamás le llamaba como antes por su nombre de Eugenio, que era el que le habían puesto como recuerdo del padre de Rosendo, sino que aludiendo a su prematuro nacimiento, le llamaba el sietemesino.

Elena había pretendido en varias ocasiones obtener una explicación de su marido respecto a todo esto que advertía referente a su hijo, pero Rosendo la obligaba a callar diciéndola:

—No me pidas explicaciones. Pídetelas a tí misma.

Y como la joven no podía hacerlo, tenía que concretarse a llorar abrazando a su hijo, y procurando compensarle con sus caricias las que su padre le negaba.

De aquí que se creara una situación violenta para los dos esposos, pues el conde, que no podía formular realmente una queja con pruebas para justificarla, se irritaba por lo mismo que comprendía que era injusto lo que estaba haciendo, y al mismo tiempo recordaba cuanto en aquellos anónimos se le decía, y como que se relacionaba todo ello con sucesos verdaderos, no podía menos de experimentar las dudas que le atormentaban y cuyo efecto se hacía sentir en su pobre esposa.

*

* *

Pocos días después de su llegada a Mentón, decía Teresa a su señora:

—¿Sabe usted señora que en la «Villa de las Palmeras» hay grandes novedades?

—En todas las casas, suelen ocurrir—repuso Alina que no había querido dar a entender a su doncella el interés que tenía respecto a los condes de Laval.—¿No me has dicho también que en el chalet de esos ingleses que viven en Cimiez, el marido maltrata tanto a su esposa que...

—¡Toma! Ya lo creo,—dijo la doncella,—como que la señora Fanny ha enviado a buscar a su madre que reside en Londres.

—¿Y por qué maltrata ese inglés a su esposa?

—Según me ha contado su doncella, el marido ha perdido mucho dinero en Monte-Carlo y como la esposa es la rica, al reprenderle por lo que está haciendo, él se enfurece y le pega. Ya ve usted señora que eso es infame.

—Vaya si lo es. ¿Y no andará por medio en todo eso, alguna de esas aventureras que según dicen frecuentan tanto Monte-Carlo?

—Algo de esos sospechan los criados porque parece que su amo es bastante aficionado a las faldas.

—Ese es defecto muy común en los hombres. Sin duda, el conde de Laval también será otro como los demás.

—No señora. El señor conde ni juega con exceso ni se le conoce ninguna querida. Eso dicen lo mismo mi antigua compañera la doncella de la señora condesa que los criados que ha tomado aquí.

—Y por cierto, que ahora que hablas de tu compañera, se me ocurre una cosa.

—¿Cuál, señora?

—Supongo que le habrá sorprendido que también tú te encontrases por estos lugares.

—Es verdad. Pero le dije que usted tenía que venirse aquí con unos parientes que residían en Suiza y que por eso nos habíamos venido. ¿No es esto lo que usted me dijo?

—Justamente. Y me extraña no haber recibido ya noticias de ellos anunciándome su llegada. Y dime, dime, si ese conde es tan buen marido tan juicioso, ¿qué novedades son las que pueden ocurrir en su casa?

—¡Calle usted señora! Si es lo más raro que usted puede figurarse.

—Pero bien, ¿qué es ello?—preguntó con alguna impaciencia Alina.

—La Condesa, según mi compañera, pasa llorando la mayor parte del día.

—¡Llorando!

—Lo que usted oye.

—Bien. ¿Y por qué llora?

—Ahí es donde está lo raro.

—Acaba de una vez, mujer.

—Parece que el señor conde aborrece al hijo que les nació en Burgos.

—¡Ta... ta... ta!... ¡Vaya una tontería! ¿Y á eso le llamas novedades?...

—¿Le parece a usted poco? ¡Un padre que de repente aborrece a su hijo!... Eso casi, casi, da a entender que duda si es suyo.

—Esas son suposiciones tuyas, Teresa. ¿Cómo es posible que pueda dudar de ello?

—A veces suceden tantas cosas...

—Por supuesto que... por lo que tú misma me indicaste, la condesa había tenido un novio antes de casarse y...

—¡Oh! pero el señor barón llevaba ya mucho tiempo fuera de Burgos cuando se casó la señorita Elena. Sobre eso no cabe sospecha alguna.

—Por eso no puede admitirse que el conde cometa semejante necedad. Alguna otra cosa habrá que tú no conoces.

—Yo digo lo que me ha contado mi compañera. El caso es, que el señor no se separa de la señora, que siempre está preguntando si ha salido o si ha recibido alguna visita y que cuando ha de nombrar a su hijo siempre le llama el sietemesino.

—Nada, lo que te he dicho; necedades en que incurren muchas veces todas las personas.

—Bien, pero antes no pasaba nada de eso.

—Es verdad,—murmuró Alina.

—Parecían ser muy felices.

—Pues ya no volverán a serlo. En los matrimonios siempre hay esas nubes. Por esa razón yo no he querido casarme.

—Naturalmente; como que usted tiene para vivir independiente sin necesidad de un esposo que la mantenga.

—Y que me engañe.

—Como hace el inglés de la señorita Fanny.

—Y aquel otro italiano que está en la «Villa María».

—¡Oh! Sí. ¡Otro que tal!

Merced a este sistema, la Venus sabía cuanto ocurría en casa de Elena, sin que su doncella pudiera comprender que precisamente de la casa de ésta era de la que en realidad se ocupaba.

Cuando Teresa hablaba con los demás criados de las diferentes familias que habitaban, tanto en Niza como en Cimiez, Mentón o Monte-Carlo, los cuales se extrañaban de no ver a Ali-na en ninguna parte, les decía:

—Mi señora no sale de casa jamás. Los días de fiesta, muy temprano va a la iglesia y en seguida regresa a nuestra «villa» donde tiene todo lo que puede apetecer, libros para leer, periódicos para saber lo que pasa en todas partes y delicioso jardín para pasear.

—Y tú para llevarle las noticias de cuanto ocurre por aquí,—le contestaban los demás criados.

—Eso sí,—añadía Teresa sonriendo,—es curioso como ella sola. Se ocupa de lo que hacen todas sus vecinas, y si la fuera posible, de cuanto ocurre en todas las casas de las inmediaciones. Y esto es natural, como que nadie se ocupa de ella puesto que con nadie trata, la gusta

ocuparse de todos, así es que yo tengo que ser quien adquiera noticias para entretenerla.

—Pues poco divertida será tu vida—la decía alguna de las camareras de otras casas.

—No es muy alegre que digamos; pero me paga muy bien, me hace bastantes regalos y no me mata el trabajo.

De este modo, la astuta italiana había conseguido saber cuanto necesitaba, sin excitar sospechas de ninguna especie.

*

* *

Las últimas noticias que Teresa dió a su señora la llenaron de alegría.

Sus trabajos iban dando el fruto apetecido.

Sola en sus habitaciones y segura de que Teresa ni podía verla ni escucharla, abandonaba aquella especie de máscara de curiosidad con que se encubría y frotándose las manos llena de satisfacción, exclamaba:

—Ya vamos estando cerca del desenlace. La paz del matrimonio ha desaparecido. El conde está celoso, duda de su mujer, empieza a detestar a ese hijo que supone no es suyo. Las

reyertas entre ambos esposos han dado principio. Rosendo o su mujer, o los dos juntos pedirán la separación. El conde quedará libre y entonces... entonces apareceré yo para recogerle en mis brazos. Veremos quien será capaz de disputármelo cuando vo le tenga cogido.

Estas últimas palabras que pronunció Alina en medio de la alegría que la causaba lo que estaba sucediendo en la «Villa de las Palomas» eran la revelación del objeto que perseguía.

Buscaba la desunión de aquel matrimonio. La importaba muy poco la desesperación, el dolor de aquella infeliz esposa tan indignamente juzgada por su marido; no se preocupaba por el mismo sufrimiento de ésta, que muy grande había de ser para que se decidiera a dar un paso semejante, sólo veía el momento de aparecer ante él, deslumbrante de belleza y de seducción para fascinarle, para enloquecerle y hacerse dueña de su corazón y de su fortuna.

Y caminaba resuelta, sin remordimientos hacia el fin que se había propuesto, con la seguridad de alcanzarlo.

Demasiado comprendía que no tenía una prueba que poder mostrar a los ojos del conde justificadora de sus acusaciones, pero era lo que ella decía:

—Calumniando prepararé el camino, y como de la calumnia algo queda siempre, ese algo, su carácter celoso y ya bien predispuesto como el de Rosendo, hará que crea montañas donde sólo existen granos de arena y al final de la jornada me encontrará para recogerle cuando esté solo, destrozado y crea destruída para siempre su ventura.

*
* *

Efectivamente, sus suposiciones eran exactas.

Por más que Rosendo, en sus momentos lúcidos, si esta frase podemos usar, comprendiera que cuanto en aquellos anónimos se le decía, sólo eran calumnias groseras, pensaba sobre ellas, hacía aplicación de detalles que en otro caso hubiera visto con indiferencia y sobre cimientos de arena alzaba un edificio de suposiciones que le atormentaban.

Las lágrimas de su mujer las interpretaba en el sentido de que eran producidas por el recuerdo de otros amores; las caricias que prodigaba a su hijo, como una muda protesta contra la injusticia con que él la trataba por no aceptar aquel fruto de su matrimonio que ya dudaba fuese suyo y de este modo iba formándose, cada día más, el vacío entre ambos esposos.

La vida, como ya supondrá el lector, en aquel matrimonio iba haciéndose insoportable.

Había momentos en que se agotaba el sufrimiento de Elena.

Sentíase madre y esposa indignamente juzgada y pretendía defender sus derechos.

Irritábase su esposo ante las justas convenciones de su mujer con mayor razón puesto que no podía fundamentar la causa de su proceder, y las frases duras se cruzaban y terminaba la escena llorando amargamente Elena y abandonando furioso su habitación el conde.

Ya no se percataba éste del dolor de su mujer porque él mismo lo experimentaba más desesperado, y marchaba a Monte-Carlo, encargando antes a su ayuda de cámara que si alguien iba a su casa se apresurara a enviarle un telegrama, deteniendo a la persona que hubiese ido a ver a la condesa o a él, hasta su regreso.

La corta distancia entre Monte-Carlo y Niza facilitaba esto; pero la verdad era que el ayuda de cámara no tuvo necesidad de utilizar el medio propuesto por su señor para avisarle.

Elena no acertaba, no podía comprender cómo había cambiado su esposo.

Por más que buscaba en su pensamiento el acto más insignificante, la palabra más ligera, la alusión más sencilla a sus pasados amores, no podía encontrar nada.

En primer lugar porque de sus amores con Ernesto nadie estaba enterado más que la camarera que de ella no se había separado nunca y de cuya fidelidad no podía dudar.

En segundo, que tampoco Rosendo le nombró jamás a Ernesto, lo que demostraba que no era a él a quien aludía en las acusaciones que la dirigía.

¿Cómo explicarse entonces aquellas desconfianzas, aquellas sospechas con que la ultrajaba?

Y repasaba en su imaginación cuanto había sucedido durante el tiempo que llevaban casados y recordaba que hubo períodos en que su marido parecía tranquilo, satisfecho, prodigándola frases de ternura y realizando actos que demostraban su cariño.

Mas de repente cambiaba el cuadro, sin que para ello hubiera una causa que lo justificase; y aquel mismo hombre cariñoso, delicado, complaciente el día antes, se tornaba duro, agresivo celoso, grosero y acusador.

Sobre todo, lo que más le hería, era el des-
pego con que trataba a su hijo, a aquel mismo Eugenio que como decía era un vivo retrato de su padre y al que concluyó por no querer ver siquiera.

VI

PREPARANDO EL FIN

Entretanto, el estado de Elena iba adelantando y la pobre madre temía que aquel segundo hijo tuviese la misma suerte que el primero.

Las relaciones entre el conde y su mujer se habían enfriado de tal modo, que Teresa decía muchas veces a Alina:

—Sabe usted que por nada de este mundo quisiera estar ahora al servicio de la señorita Elena.

—¿Quién es la señorita Elena?—preguntaba Alina haciéndose la olvidadiza.

—Pues si se lo he dicho a usted una porción de veces. La esposa del señor conde de Laval.

—¡Ah! sí. Es verdad, mujer, es verdad. Ya no me acordaba. ¿Y por qué no querrías estar allí?

—Porque según me decía ayer mi compañera, no hay un momento de alegría.

—¿Por qué?

—La señorita está llorando casi siempre. El señor conde el tiempo que está en su casa dice

que tiene un humor de todos los diablos. No hay quien le dirija la palabra. La nodriza está que quiere marcharse a España y dejar la cría porque dice que no puede sufrir las reyer-tas que arman el conde y la condesa por el chiquillo. En fin, señora, que aquello es un infierno.

—¿Pero de qué nace ese estado?

—Vaya usted a saber. La pobre señorita no va a ninguna parte, es una mártir en toda la extensión de la palabra.

—Pues desengáñate, que cuando su marido está así con ella, sus motivos tendrá.

—Ninguno, señora, ninguno. Vamos a ver, ¿por qué maltrata a la señorita? ¿Qué ha visto en ella para obrar así?

—¿Tú, qué sabes?

—Lo sabe mi amiga que nunca se ha separado de la señorita. Y diga usted, ¿por qué aborrece ahora a su hijo en términos que ni verle quiere cuando antes se lo comía a besos y caricias?

—Qué sé yo, mujer.

—Para mí que el señor conde se ha vuelto loco.

—Calla, calla.

—Lo mismo que yo piensa mi amiga. Porque no siendo así, no puede explicarse todo lo que está haciendo.

—¿No me dijiste que otra vez estaba embarazada esa señora?

—Es verdad.

—Pues ya debe estar muy adelantada. Porque nosotras llevamos aquí ya hace seis o siete meses.

—Según me ha dicho mi compañera para el mes que viene debe salir de su paso.

—Pues entonces puede ser que cambie todo eso.

—Malo, muy malo es que estén de ese modo.

—Yo creo que cuando han llegado a ese extremo no será muy fácil que vivan bien.

—Natural, así no pueden vivir.

—Mira, Teresa, respecto a eso nada puede decirse. Hay matrimonios que llegan a acostumbrarse a tirarse los trastos a la cabeza y el día que no lo hacen están disgustados.

—Ya tiene usted razón, señora.

*

* *

Con semejantes noticias, la italiana estaba en el colmo de la satisfacción.

El resultado correspondía admirablemente a sus esperanzas.

La escisión en aquel matrimonio tenía que concluir fatalmente por medio de un escándalo, escándalo que ella estaba segura de provocar cuando le conviniera.

Pocos días después de la escena que acabamos de transcribir, el conde recibió otro de aquellos anónimos, que conociendo como conocía ya la letra, solamente al ver el sobre ya se ponía nervioso.

—¡En qué hora tan desdichada—murmuró al ver el que acababa de recibir—dí mi nombre a Elena! ¿Por qué obedecí a mi padre y sobre todo, por qué se cruzó en mi camino aquella Venus maldita que por olvidarla y alzar entre ella y yo un muro infranqueable acepté el matrimonio impuesto por mi padre...? Y no tiene duda; todos estos anónimos deben ser obra de ese misterioso amante de mi mujer. Si yo pudiera obligarla a que me revelase su nombre, ¡con qué placer le arrancarí la vida...! Pero, ¿y si fuera verdad lo que Elena jura por la vida de su hijo, por la memoria de mi padre, que ni me ha faltado nunca ni me ha engañado...? ¡Necio de mí! que todavía pretendo dar crédito a sus palabras. ¿Acaso iría a confesarme que eran ciertas mis sospechas...? Y vamos a ver, —proseguía después—¿en qué fundo estas sospechas? ¿Qué indicios, qué pruebas son las que tengo, para ellas...? Solamente lo que dicen esos malditos papeles que han caído sobre mí como gotas de hirviente lava que han convertido en cenizas toda mi ventura... Ya no puedo ser feliz,—continuaba con acento lleno de amargura.—¡Yo mismo he destruído mi felicidad dando crédito al primero que recibí! Ni Elena puede quererme ya, ni yo puedo ser dichoso a su lado. Uno y otro al faltarnos recíprocamente al respeto nos hemos rebajado a nuestros propios ojos y todo es inútil ya.

Y lleno de ira tanto contra sí mismo, como contra aquella mano misteriosa que le estaba hiriendo, abrió la última carta que decía así:

«Vamos, conde de Laval, estas de enhorabuena.

»Vas a ser padre segunda vez y este hijo no será sietemesino como el otro.

»¡Lástima que no puedas alterar el derecho de primogenitura, porque me parece que has de querer más a este hijo que al otro!

»Suerte tendrías si aquél se te muriese.

»Los niños estan sujetos a tan malignas enfermedades...

»Tu mujer podría sentirlo mucho, pero en cambio tú me figuro que habrías de respirar verdaderamente satisfecho».

*

* *

Rosendo se pasó la mano por la frente, que la tenía empapada de sudor.

—¡Víbora maldita!—murmuró con voz sorda.—¡Cómo está clavando su envenenado dardo en las mismas heridas que abrió antes!...

¡Fuera! ¡Fuera tan criminales insinuaciones!
¡Qué serie de crímenes parecen surgir de este
papel infame! ¡Parece que abrasa mis manos...!
¡Destruyase para siempre este padrón de ig-
nominia que fuera indigno de mí el conservar
siquiera!

Y el conde encendió una bujía y redujo a cenizas aquella carta cuyo verdadero sentido le causaba horror.

Después, pasóse repetidas veces las manos por la cabeza cual si pretendiese desechar los siniestros pensamientos que aquella carta pudiera haberle sugerido.

Y más sombrío, más preocupado que nunca, abandonó su casa y anduvo vagando todo el día por los alrededores de la ciudad buscando los lugares más solitarios cual si temiera que sus amigos pudiesen leer en su semblante lo que tanto horror le causaba.

Por espacio de algunos días, hubo una pequeña tregua en los disgustos que tan honda perturbación causaban en aquel matrimonio.

Y llegó el alumbramiento de la condesa y al saber el conde que tenía otro hijo experimentó una alegría tal, que contrastando con la aversión que no recataba respecto al primero, produjo en la condesa un sentimiento extraordinario.

—¡Pobre Eugenio de mi alma!—murmuró con desconsolado acento.

Largo fué también el restablecimiento de la condesa y de igual manera que con su primer hijo fué menester dar al recién nacido a una nodriza.

El conde mismo se encargó de buscarla y

no omitió diligencia alguna para encontrar una que reuniese todas las condiciones de robustez, salud y belleza apetecibles.

No quiso que para nada se uniesen las dos nodrizas relegando la de Eugenio con su cría a un aposento retirado y colocando a la de su hijo Rosendo en la mejor habitación de la «Villa».

*

* *

Siete meses contaba ya el segundo hijo del conde y cerca de dos años el primero, cuando Rosendo dijo un día a su mujer:

—Me parece que ya es tiempo de que regresemos a Burgos, si es que ya no tienes algún inconveniente que lo impida.

Elena palideció y con los ojos llenos de lágrimas, contestó dulcemente a su marido:

—No sé porque ese empeño de creer que si quise salir de nuestro país, fuera por temor de algo que no he podido definir todavía. Bien sabes que estaba a punto de morir y que los mismos médicos te aconsejaron que me saca-

ses de allí. Si aquí hemos permanecido tanto tiempo ha sido tanto por tu gusto como por el mío. Dices ahora que ya es conveniente que regresemos a nuestro país, vámonos cuando gustes. Con eso dejaremos en su casa a la nodriza de nuestro Eugenio, que tiene ya deseos de ver a su familia.

—¿No dices que el sietemesino quiere tanto a su nodriza?—dijo el conde desentendiéndose de las primeras palabras que había pronunciado Elena.

—Ya lo creo. Como que el pobre niño ha encontrado siempre en ella un cariño y un cuidado extraordinario.

—¿Por qué no se lo lleva consigo?

—¡Rosendo!—exclamó la pobre madre con acento ofendido.—¿Qué quieres decir?

—Que se lleve la nodriza al chiquillo puesto que tanto se quieren. Allí en el campo se criará fuerte y robusto.

—¡Y tú! ¡su padre! ¿dices eso? ¿Crees que yo lo podría consentir?

—Si yo pusiera empeño... Ya sabes que ese niño, no me ha sido simpático nunca. El no tendrá la culpa, pero cuanto menos cerca de mí esté, será mejor.

—Cuanto daño me causan tus palabras, Rosendo y cuan injusto te muestras con una criatura que es sangre de tu sangre, que a tí únicamente le debe el sér. Te lo he jurado muchas veces por la santa y venerada memoria de tu padre y no parece sino que te has propuesto desesperarme. Los dos son mis hijos, Rosendo, los dos son tuyos, yo, su madre quiero a los dos igualmente porque los dos han salido de mis en-

trañas y no puedo, no quiero preferir a uno a costa del otro. Eugenio permanecerá a mi lado, lo mismo que Rosendo porque los dos son hijos nuestros.

Con tal energía y con tal acento de sinceridad pronunció Elena estas palabras, que el conde no tuvo valor para contradecirla.

Durante algunos momentos permaneció silencioso, hasta que por fin dijo después:

—Está bien. Haz lo que quieras, pero ve poniéndolo todo para regresar a Burgos.

VIII

LO QUE DEBIA SUCEDER

Cuando Teresa dijo a su señora que los condes de Laval se marchaban de Niza para regresar a su país, exclamó como si experimentara una verdadera contrariedad:

—Vean ustedes que coincidencia más molesta. También nosotras regresamos a Burgos.

—¡Cómo!—exclamó la camarera. ¿Pues no decía usted que sus parientes iban a llegar de un momento a otro?

—Sí, tienes razón, pero una de las cartas que recibí ayer ha venido a destruir todo el plan que había formado. Mis parientes me manifiestan su resolución de visitar a España para donde me dicen que saldrán dentro de ocho días y como es consiguiente se detendrán en Burgos. Ya comprenderás que no puedo prescindir de encontrarme allí para recibirlos.

—Pues quiere usted que le diga la verdad, señora,—le dijo Teresa,—yo me alegró mucho de regresar a mi tierra.

—Pues por aquí no te ha ido tan mal, mujer.

—Gracias a las tres o cuatro familias españolas que hay por aquí. Por lo demás, no puede usted imaginarse lo incómodo que es que sean tan contadas las personas que le hablan a una en su lengua.

—Te aseguro Teresa que me contraría mucho que esos condes se marchen al mismo tiempo que nosotros.

—¡Toma! ¿Por qué?

—Mujer, porque creerán que les vamos persiguiendo.

—¿Quién va a creerse semejante cosa? Si usted no los conoce tan siquiera.

—Ni quiero.

—¿Y cuando vamos a marchar?

—Nosotras, en seguida. Si pudiera ser hoy, no esperaríamos a mañana.

—¿Por qué tanta prisa?

—No quisiera marcharme al mismo tiempo que esos señores.

—¡Cá! Siempre tardarán lo menos ocho o diez días.

—Mejor. Nada, nada, disponlo todo para irnos cuanto antes.

*

* *

Cuando llegaron a Burgos los condes de Laval, hacía ya seis ú ocho días que se encontraba allí Alina.

Con su destreza habitual, y como si nada le interesase lo mismo que deseaba saber, fué poniéndose al corriente de cuanto había ocurrido desde su marcha a Niza.

—Podrá tardar más o menos;—murmuraba la astuta italiana, según iba adquiriendo noticias,—pero el resultado ha de ser el que yo he preparado.

Para activar más la terminación de su plan, introdujo en él una modificación, de la cual esperaba un gran resultado.

Procediendo con aquella actividad tan malvada que la caracterizaba, se enteró del punto en que Ernesto se había establecido formando parte de la casa de su tío y un día apareció en los periódicos de Melbourne que era donde residía Ernesto, una noticia que decía así:

«Se desea que don Ernesto Ansurez se pre-

sente en Burgos, donde hay una persona que tiene gran interés en verle.

»Como se ignora su domicilio, pero sí se sabe que reside en esa localidad, se le avisa por este medio».

No dejó de extrañar a Ernesto semejante anuncio, puesto que su madre sabía perfectamente las señas de su establecimiento, y por lo tanto no podía proceder de ella aquel aviso.

Repasó en su imaginación a quien podía interesar su presencia en Burgos, y a nadie pudo recordar.

Cablegrafió a su madre diciéndole si sabía algo de esto, y la baronesa le contestó en sentido negativo.

Ya manifestamos en otro lugar, que Alina había entablado relaciones con la baronesa después que Elena y su marido se marcharon de Burgos, y como es consiguiente, cuando estuvo de regreso en esta ciudad, volvió a visitarla, y en una de estas visitas la mostró la baronesa el cablegrama de su hijo, cuyo sentido no había podido averiguar.

—Según parece,—dijo Alina—su hijo de usted debe haber recibido alguna invitación para venir a esta.

—¿Pero quién puede habérsela enviado? Me parece que si alguien deseara verle o escribirle podía haberse dirigido a mí.

—Es verdad.

—Por eso encuentro en esto algo misterioso que llama mi atención y que en realidad no puedo comprender. Así es que voy a decirle a mi hijo que si no le conviene o si sus intereses pueden sufrir algún perjuicio, que no se

mueva de allí. Y eso que como usted comprenderá tengo muchos deseos de abrazarle.

—Pues si las últimas noticias que ha tenido usted, según me ha dicho, son tan satisfactorias respecto a la prosperidad de sus negocios, no importa que abandone por tres o cuatro meses su establecimiento, máxime cuando contará con dependientes de toda su confianza.

La baronesa contestó al cablegrama de su hijo diciéndole que por correo sería más extensa, pero que ella no sabía, ni podía suponer, quien hubiese mandado poner aquel aviso en los periódicos de la ciudad.

En la carta que le escribió, ampliaba más lo consignado en el despacho, añadiéndole que por su parte se alegraría mucho de verle si con ello no habían de sufrir quebranto alguno sus intereses.

*

* *

Como puede comprenderse, para todo esto habían transcurrido algunos meses y durante ellos la situación de los condes de Laval no solamente no había mejorado, sino que había tomado un carácter más violento.

La aversión del conde respecto a su primer hijo habíase acentuado mucho más como consecuencia natural del cariño que Elena profesaba a la tierna criatura.

Esta habíase opuesto tenazmente a que la nodriza se llevase a Eugenio al pueblo en que residía, como el conde deseaba, y este empeño acabó de aumentar la distancia que ya separaba a los dos cónyuges.

Y por más esfuerzos que uno y otro hacían para que no transparentase al público la desunión, las habladurías de los criados y hasta la misma frialdad que se advertía entre marido y mujer, eran comentados, corregidos y aumentados por la alta sociedad burgalesa.

Alina conocía perfectamente cuanto pasaba en casa del conde y lo que respecto a ellos se decía y se felicitaba de lo bien que marchaba todo.

Y para mantener el fuego sacro de la discordia en aquél matrimonio, cuya desgracia había realizado ella únicamente, escribió otro nuevo anónimo, siguiendo el mismo estilo que iniciara en el último que envió a Niza, diciendo lo siguiente:

«Si me hubieras hecho caso, amigo conde, a estas horas no tendrías que sufrir el bochornoso espectáculo de que tu mujer prefiera el hijo que tú aborreces y que en cambio sea indiferente para el que tú adoras.

» ¡Qué buena suerte habría sido para tí, que el sietemesino hubiera sucumbido como sucumben tantos otros en los primeros meses de su vida!

» Pero al contrario, parece que la criatura tiene deseos de vivir según lo robusto y fuerte que

está, mientras que tu hijo segundo, está tan débil y enfermizo.

»En fin, tú sabrás lo que más te conviene, que por lo visto, es únicamente, aunque aparentes lo contrario, complacer a tu mujer y satisfacer todos sus caprichos».

El conde leyó esta vez sin tanta irritación como los otros el anónimo, y después murmuró:

—En medio de todo, no le falta razón al que esto escribe. ¡Malvada es su idea! pero si esa criatura hubiera desaparecido, ¡quién sabe si Elena se habría creído suficientemente castigada y no procedería del modo que lo hace!

Mas su buen criterio dominó por un momento la fatal obsesión que le dominaba, y exclamó:

—Pero bien; ¿y qué falta ha cometido mi mujer para que merezca castigo alguno? ¿Qué pruebas tengo de su falta, qué hecho concreto puedo citar? Nada más que las sugerencias de esos malditos anónimos... Y por cierto que no sé que interés puede guiar al que esto escribe para hablar del modo que lo hace. Yo comprendo que se trate de hacer el daño cuando de él resulte beneficio más o menos grande a la persona que lo hace; pero si aquí empiezo por no conocer a esa persona ni parece que se encuentra con ánimos de presentarse a reclamar el pago de sus servicios, ¿a qué fin puede obedecer? Esto es lo que me vuelve loco y lo que me obliga a darle crédito, porque se comprende que habla únicamente por el interés que yo pueda inspirarle. Nada, nada, esto no puede continuar así. Es menester que tome una determinación porque ni quiero continuar siendo pasto de la murmuración de mis paisanos,

ni que nadie me considere como un juguete de mi mujer.

Mas a pesar de esta decisión, ni el conde podía resolverse a sacrificar su primer hijo según insinuaba Alina, ni sabía en que había de consistir aquel partido que debía tomar.

*

* *

De este modo transcurrieron algunos meses. Eugenio contaba ya cerca de tres años y Ronsendo poco más de dos.

Un día, sin anuncio previo, presentóse en Burgos, Ernesto Ansurez.

Semejante noticia alentó las esperanzas de Alina que hacía algún tiempo se mostraba inquieta y disgustada por el poco resultado que dieran sus últimos esfuerzos.

Inmediatamente formó un plan que puso en práctica.

Una mañana, salió de su casa, se dirigió a la catedral y estuvo largo rato hablando con una mendiga de las muchas que había a la puerta de la iglesia.

Precisamente era a una a quien socorría siempre que iba a visitar a aquel templo, visitas que no las hacía por devoción, sino para sostener el papel que estaba representando.

Aquella tarde, a la hora en que el conde acostumbraba a marcharse al casino, presentóse en su casa la mendiga, diciendo que la permitiesen ver a la señora condesa.

Como Elena tenía dada orden de que su puerta no se cerrara jamás a los pobres, la mendiga tuvo fácil acceso hasta las habitaciones de la dama.

—¿Qué quiere usted, buena mujer?—la preguntó afablemente la condesa.

—Desearía,—dijo la mendiga,—que nadie pudiera enterarse de nuestra conversación.

—Ya ve usted que aquí no hay nadie,—dijo Elena sorprendida por la pretensión de aquella mujer.—Puede usted hablar cuanto quiera.

—Es muy corto lo que he de decir, pero se me ha encargado que nadie más que la señora condesa se entere de ello.

—¡Que se lo han encargado a usted! ¿Y quién le ha dado semejante encargo?

—Un caballero a quien no conozco.

—Como no tengo por costumbre recibir recados por conductos semejantes, puede usted suprimir el que le han dado y retírese,—repuso Elena secamente.

—Ese caballero me ha dicho...—insistió la mendiga.

—No necesito saber nada. Márchese usted.

—Que esta noche, a las once, baje usted al jardín.

—¿Pero no ha oído usted lo que le he dicho?

—Ya me marchó, señora. Como yo soy muy pobre he aceptado el dinero que me dió y...

—¡Basta!

La joven se levantó de su asiento obligando a la mendiga a que se marchara.

Una vez sola Elena, que ya sabía que Ernesto estaba en Burgos, comprendió sin duda que el recado partió de él y no pudo menos de murmurar:

—¡Oh! ¡Qué imprudente!

Y durante todo el día estuvo preocupada vacilando entre acudir a aquella cita para justificarse a los ojos de Ernesto rogándole que la olvidase por completo y que no diera paso alguno que la pudiera comprometer, con mayor motivo dada la situación en que se encontraba respecto a su marido.

Pero cuanto más lo meditaba, menos resuelta estaba a hacerlo.

Aquella misma mendiga se presentó en casa de Ernesto, solicitando ver al joven, y una vez que estuvo en su presencia, le dijo:

—Señorito, una señora a quien usted debe conocer sin duda, pero que yo no conozco, me ha encargado diga a usted que esta noche a las once, baje usted al jardín.

—¡Que yo baje al jardín!—exclamó Ernesto tan sorprendido como sorprendida quedó Elena al recibir el mensaje de que fué portadora la mendiga.

—Así me ha dicho.

—¿Y dice usted que no la conoce?

—No señor.

—¿Y nada más le ha dicho?

—Nada más.

Si pensativa quedó la condesa después que se marchó la mensajera, no lo quedó menos el barón, no atreviéndose a creer que fuera Elena quien le llamara.

Pero de todos modos, estaba resuelto a obedecer lo que se le indicaba.

Ya hemos dicho que los jardines de ambas casas estaban lindantes y que precisamente esta circunstancia había permitido que Ernesto y Elena, cuando tenían relaciones, pudieran verse sin que nadie sospechara ni se enterasen de ello.

Cuando aquella noche, según su costumbre, el conde abandonaba el casino para dirigirse a su casa, uno de los criados le entregó una carta, que según dijo, poco antes le había llevado un hombre.

Cogió Rosendo la carta y al mirar el sobre no pudo menos de estremecerse.

La letra era la misma de los anónimos anteriores.

Precipitadamente rompió el sobre y sin poderse contener, una exclamación de ira brotó de sus labios.

«Conde—decía el anónimo—esta noche a las once baja al jardín y podrás ver algo que te convenza».

Nada más contenía la maldita misiva, pero ya fué suficiente para que Rosendo se dirigiera precipitadamente a su casa, y sin pretender, como otras veces, ver a su hijo Rosendo, ni entrar en la habitación de su mujer, se dirigió a su cuarto, diciendo al ayuda de cámara que se sentía algo indispuesto, que iba a meter-

se en cama inmediatamente y que ya podía retirarse.

Una vez solo, cogió el revólver y fué a situarse en un lugar a propósito para ver lo que sucedía en el jardín.

Agitado, presa de una excitación nerviosa, fijaba la anhelante mirada en el jardín, pretendiendo penetrar entre la espesa fronda para descubrir lo que en ella se ocultaba.

Iban a dar las once, cuando le pareció percibir ligero rumor en las habitaciones de Elena.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda.—¡Es ella! Sin duda se dirige al jardín. Pero, ¿quién es él? ¿Cómo puede haber entrado si ella no le ha facilitado la llave?

Y en aquel momento, también creyó distinguir entre el follaje del jardín un bulto que se aproximaba al de su casa, y oprimiendo con temblorosa mano el revólver, exclamó:

—¡No te escaparás! ¡Miserable!

Y disparó el arma hacia el punto donde había creído ver la confusa silueta de un hombre.

Lanzóse precipitadamente al jardín, al mismo tiempo que los criados, alarmados por el disparo, salían atropelladamente preguntando lo que ocurría.

—¿Dónde, dónde está el señor?—preguntaba Elena pálida y temblorosa, dirigiéndose a la habitación de su marido, mal encubierta con la bata que se puso al saltar de la cama.

*
* *

Rosendo recorría el jardín en todas direcciones sin encontrar vestigio alguno denunciador de la presencia de un hombre en aquel sitio.

Elena, cada vez más agitada, más inquieta y presa de un terror extraordinario, al ver que su esposo no estaba en sus habitaciones, seguida de los criados, se dirigió al jardín.

El conde, avergonzado del mal éxito de su empresa, continuaba sus pesquisas, cuando la presentación de su mujer y de los criados que llevaban luces, acabó de encolerizarle, y dirigiéndose a la condesa la dijo con dureza:

—¿A qué has venido? ¿Quién te ha llamado?

Y volviéndose a los criados prosiguió:

—Buscad por todas partes por si sois más afortunados que yo. No tengo duda, un hombre se ha introducido en el jardín.

Los criados se esparcieron en distintas di-

recciones y una vez solos los dos esposos, Rosendo, oprimiendo violentamente el brazo de su mujer, la dijo con voz sorda:

—Tú, tú sabes perfectamente quien es el hombre que estaba aquí y necesito saber su nombre. Pronto, dímelo.

—¡Rosendo!—exclamó la joven con voz ahogada.—¡Mira que me haces daño!

—¡Oh!—murmuró Rosendo, soltando el brazo de su mujer.—¡Soy un miserable...! Pero, ¿quién, quién me ha puesto en el caso de que me olvide de lo que me debo a mí mismo, si no tú? ¡Niega que esta noche tenías una cita con tu amante, con el padre de ese sietemesino que pretendes hacer pasar por hijo mío! ¡Atrévete a negarlo!

—¡Rosendo! ¡Por piedad! ¡Mira que me ultrajas sin razón! Niego y negaré siempre que te haya faltado. Yo no tengo ningún amante, yo no podía tener cita alguna con nadie cuando precisamente acababa de recogerme en el lecho cuando he oído el tiro.

—¡Mientes!—gritó exasperado el conde.—¿Por qué, si no hubiera sido por eso, estarías en el jardín?

—He corrido a tu cuarto seguida de alguno de los criados y al ver que allí no estabas hemos venido todos en tu busca. ¡Estás obcecado, Rosendo, y tu obcecación concluirá por matarme!

En este momento, los criados volvían a reunirse con su señor, diciendo que a nadie habían encontrado.

La presencia de éstos hizo al conde recobrar un poco su serenidad, y dijo:

—Tal vez haya sido una ilusión mía. Pero creí ver entre los árboles un bulto y... nada. Retiraros todos.

Y cogiendo a su mujer del trazo, se dirigió hacia el interior de la casa.

Una vez en las habitaciones de Elena, la dijo secamente:

—Esta situación no puede sostenerse. Mañana resolveré lo que ha de ser.

Y cada vez más sombrío, y más preocupado se encerró en su cuarto.

*

* *

Ni el conde ni Elena durmieron aquella noche.

Rosendo, sentado ante la mesa de su despacho, con los codos apoyados en ella y la cabeza entre sus manos, buscaba un medio para salvar una situación que como había dicho a su mujer había llegado a ser insostenible.

No le quedaba duda de que en el jardín había percibido rumor de pisadas y había distinguido una persona que andaba con precaución entre el arbolado.

¿Dónde se había ocultado? ¿Quién era? Esto le desesperaba.

El jardín no tenía otra salida que una puercecilla falsa que daba a una calle inmediata y cuya llave guardaba en el cajón de la mesa, y al jardín de la baronesa de Ansurez.

No había percibido rumor por parte alguna, luego, ¿por dónde había desaparecido la persona que él juzgaba haber visto?

No sospechaba, y lo que más lejos tenía de su pensamiento era, que Ernesto, su compañero

de infancia, pudiera ser el amante de su mujer, pero, ¿no podía este amante haber ganado a una de las criadas de la baronesa para que le dejase penetrar en el jardín?

Y aun cuando esto fuese así, ¿era cosa de hablar a sus vecinos, hacerles partícipes de lo que él juzgaba su deshonor para que después de todo no consiguiera descubrir la verdad?

¿Y podía continuar viviendo con aquella zozobra constante, con aquella duda abrumadora, con aquel tormento continuo?

Era imposible. Había que dar un corte por violento que fuera y este corte era el que buscaba.

A su vez Elena, sentada entre las dos camas de sus hijos, lloraba amargamente su felicidad perdida y temblaba ante la resolución que su marido la había anunciado para el siguiente día.

Y llegó éste, y el conde, que como hemos dicho, no había descansado en toda la noche, salió de su casa muy temprano y se marchó al pueblo donde residía la nodriza que había criado a su primer hijo.

Esta quería extraordinariamente a Eugenio y solía llevarsele algún día a su casa.

El conde pasó en el pueblo donde tenía algunas posesiones, la mayor parte del día.

Cuando regresó a Burgos, en vez de ir a su casa marchóse al casino y anunció a sus amigos un próximo viaje que pensaba hacer a Alemania.

Más de media noche era cuando se retiró a su domicilio, dirigiéndose inmediatamente a sus habitaciones.

Así permaneció por espacio de ocho o diez

días, tomando sin duda disposiciones, pues en este espacio vendió unas fincas que tenía en una población cercana, depositó el dinero en la sucursal del Banco de España, donde ya tenía fondos, sin que, durante el tiempo empleado en todas estas diligencias, hubiera dicho una sola palabra a su mujer, respecto a la resolución que pensaba adoptar.

*

* *

Elena no se atrevía a interrogar a su marido. Comprendía desde luego que algo grave medía, pero a todo estaba resignada ya, después de lo que había sufrido.

Alina también estaba completamente desorientada. Después de haber sabido por Teresa la falsa alarma que hubo en casa del marqués, no fué dueña de ocultar su despecho al ver el poco resultado que diera el escándalo que juzgó infalible, según los trabajos que ella había hecho para este objeto.

Maldijo la casualidad o la precipitación del conde que impidió haber encontrado juntos en

el jardín a Ernesto y Elena pues no podía imaginarse que la joven fuese tan honrada que resistiera la tentación que ella le había ofrecido.

Con posterioridad a ésto nada pudo saber la italiana que pudiera darle luz respecto a los propósitos de Rosendo.

Así era que no sabía qué hacer, ni si extremar la nota de la desesperación del conde por medio de un nuevo anónimo o esperar que los mismos acontecimientos le marcasen la línea de conducta que había de seguir.

En medio de esto, un día circuló por Burgos una noticia verdaderamente sensacional.

El conde de Laval se había marchado el día anterior, llevándose consigo a su primer hijo, sin decir a nadie donde se dirigía.

Según los criados, el día anterior a su marcha, lo pasó en una de sus posesiones, donde a la sazón se encontraba Eugenio con su nothiza y desde allí fué a tomar el tren en una estación inmediata, enviando a su mujer una carta que debía encerrar algo muy desagradable, puesto que la condesa al recibirla y enterarse de su contenido había caído gravemente enferma.

*

* *

Esto que fué lo que circuló por la ciudad, llegó también a noticias de Alina y su cólera y su despecho no reconocieron límites.

Sin embargo, se contuvo delante de Teresa, pero una vez libre de su presencia, desatóse en improperios contra el conde y contra sí misma por el estéril resultado que había tenido la indigna tarea que sostuvo por espacio de tanto tiempo.

¿Dónde podía haber ido el conde? ¿Con qué objeto se había llevado a su hijo?

Esto acababa de aturdirle, pues siempre había contado con que en el momento supremo ella hubiera aparecido ante Rosendo como un ángel de consuelo y de abnegación haciéndoselo de este modo completamente suyo.

Durante algunos días esperó, por si se sabía alguna noticia del conde.

Pero nada volvió a saberse de él. Elena tuvo momentos en que los médicos creyeron que se volvería loca, pero finalmente los recursos de

la ciencia consiguieron salvarla, si bien dijeron que quedaría muy delicada.

Alina hubiera dado cuanto hubieran podido exigirle por saber el contenido de aquella carta que el marido había escrito a su mujer; pero ni Elena lo reveló a nadie, ni aun su doncella de más confianza pudo enterarse de lo que en ella se decía: verdaderamente la carta era terrible.

No había en ella ninguna de aquellas groseras acusaciones que como hemos visto en el curso de nuestro libro hacía el conde a su mujer.

Al contrario, mostrábase en ella afectado por la resolución que se veía obligado a tomar, pero firme y resuelto a llevarla a cabo. Decía así:

*

* *

«Elena: cuando recibas esta, estaré muy lejos de Burgos, de donde habré salido para no volver jamás.

»Esta palabra, comprendo el efecto que te ha de producir y no quiero que creas que yo la

pronuncié sin tener el corazón destrozado y sin saber que me condeno a un eterno dolor.

»La vida que llevábamos era imposible que continuase por más tiempo.

»Tal vez no hayas sido culpable; puede muy bien que yo haya sido víctima de un error o de la venganza de un malvado, pero sea de ello lo que quiera, el daño ha echado profundas raíces y ya es imposible extirparlo.

»La confianza no existe entre nosotros; hemos llegado arrastrados por nuestra misma desgracia a faltarnos al respeto, y cuando en un matrimonio se llega a este extremo, el final siempre es desastroso.

»Para evitar un desenlace de este género, he tomado la resolución de alejarme y de alejarme para siempre.

»Como no quiero que al abandonarte puedas decir que no he pensado en tu suerte, he dispuesto de nuestros bienes en la condición de una igualdad absoluta.

»Rodríguez, mi administrador, que seguirá siendo el tuyo, tiene mis instrucciones.

»Te dejo para que hagas de ello el uso que quieras y puedas educar a nuestro hijo como a su nacimiento corresponde, la mitad de nuestra fortuna, y de la otra mitad, reducida a metálico he dispuesto para mí.

»Del mismo modo te dejo a nuestro hijo Rosendo y yo me llevo a Eugenio, por cuya existencia velaré aún cuando le tenga lejos de mí.

»Como esta separación ha de ser eterna, deseo que cumplas como buena madre con Rosendo y que le eduques para que sea digno del apellido que lleva.

»Adiós, Elena. En estos momentos no puedo ni debo dirigirte reproche alguno.

»La fatalidad se ha interpuesto en nuestro camino y ambos hemos sido víctimas de ella.

»Ruega por mí así como yo puedes creer que deseo verdaderamente seas tan dichosa como desgraciado es tu esposo.

El Conde de Laval».

SEGUNDA PARTE

LA SEDUCCION

Diez y seis años habían transcurrido desde la desaparición del conde de Laval, de su casa solariega, y en este espacio su existencia había sido excesivamente accidentada.

Marchó a Inglaterra con su hijo, le puso en un colegio por tiempo ilimitado, pagando por su estancia el importe de algunos años, y embarcándose después para la India procuró olvidarse en absoluto de Europa, permaneciendo allí por espacio de diez años, en cuyo tiempo el capital que empleó en diversas especulaciones, de tal modo fructificó que su fortuna se consideraba como una de las más importantes de Bombay, donde se había establecido.

Por espacio de algunos años había recibido anualmente noticias de Eugenio, noticias que no eran muy satisfactorias, puesto que el director

del colegio se quejaba de su desaplicación, de las fechorías que hacía a sus compañeros y de la falta de respeto que tenía a sus profesores.

Posteriormente ya no recibió noticia alguna, y extrañándose de este silencio, escribió a Inglaterra pidiendo noticias y la contestación que se le dió fué que el colegio a que se refería había ido de mal en peor, hasta que finalmente un incendio había destruido el edificio; los alumnos tuvieron que regresar a sus casas y del director no se había sabido absolutamente nada, aun cuando se decía que el incendio había sido intencionado.

Inquieto por la suerte de Eugenio hizo un viaje a Londres, puso en juego algunos agentes de policía para indagar el paradero del niño; pero todo fué inútil; nada pudo descubrirse.

Regresó otra vez a Bombay, acabó de redondear su fortuna y cansado de permanecer tanto tiempo en aquel país, regresó a Europa joven todavía, pues solo contaba treinta y ocho años a la sazón y con un capital fabuloso.

Su título de conde lo había ocultado durante su estancia en Bombay, así como su verdadero nombre, y tampoco quiso llevarlo al regresar a Londres, donde fijó su residencia.

El tiempo transcurrido, la vida que había llevado, todo contribuyó para que poco a poco fueran desvaneciéndose todos los recuerdos del pasado y su juventud por una parte, y las seducciones que el mundo ofrece al que como él tiene una gran fortuna, produjeron un cambio notable en su existencia.

Por espacio de algún tiempo fué el protagonista de muchas aventuras galantes en la capital del reino unido.

*

* *

Un día se anunció la aparición en uno de los teatros de Londres de la hermosa Venus, Alina Vitaliani.

Rosendo, recordó aquel nombre; la curiosidad, después del tiempo transcurrido, le llevó al teatro y no pudo menos de confesar que si hermosa había encontrado a la italiana en Madrid, más hermosa la encontró en Londres después de los años transcurridos desde su primer encuentro.

Alina, después del mal éxito que había tenido su empresa respecto al conde de Laval, desechada y sin esperanza alguna, puesto que nada se sabía de él, levantó su casa de Burgos y marchó a París buscando ajuste, pues era necesario restaurar su fortuna que con los gastos consiguientes a aquella prolongada parada había recibido un golpe terrible.

Su reaparición en el teatro produjo gran efecto.

No le faltaron pretendientes, y como era sobradamente ladina para saber elegir amantes, en breve espacio se hizo la artista de moda y más de un hombre se arruinó completamente por ella.

Cuando llegó a Londres estaba en relaciones con un príncipe ruso que sino estaba ya arruinado le faltaba muy poco.

Porque aquella mujer era insaciable.

No tenía más que un solo objetivo: crear una fortuna para su hija, para aquella hija fruto como sabemos de un miserable, pero el único, el verdadero amor de aquella mujer.

*

* *

Olimpia continuaba criándose en el caserío de Montferrate cerca de Florencia, al lado de la tía de Alina, recibiendo la visita anual de su madre, pero ignorando la posición que ésta

ocupaba en el mundo ni la triste celebridad que en este tenía.

Olimpia, que como sabemos así se llamaba la hija de Alina, había heredado la espléndida, la irresistible belleza de su madre, con el germen de todos los vicios y de todas las maldades de su padre.

Y decimos el germen, porque dentro de la reducida esfera en que se encontraba, su pobre tía había sufrido más de un disgusto por la mala índole de aquella hermosa criatura.

Era orgullosa, empezaba a comprender que era bonita, parecíale ruín y miserable el círculo en que se hallaba y sus genialidades las pagaban todos los demás niños, sus convecinos y los pobres animales de la granja.

Sin embargo, Alina no conocía estos defectos.

Cuando llegaba al caserío, como siempre iba provista de juguetes, de trajes, regalos todos ellos de gran valor, Olimpia colmaba de caricias a su madre, era dócil a sus indicaciones y durante los quince o veinte días que duraba la permanencia de la Venus en la granja era un modelo de bondad y de hipocresía.

Pero conforme iba creciendo, sus deseos abrazaban mayor campo, y cuando su madre iba a verla, la decía siempre:

—¿Por qué no me llevas contigo? Otras madres veo que no quieren separarse nunca de sus hijos y tú me dejas siempre en este horrible lugar. !

—Hija mía; ya llegará el día en que vengas conmigo para no separarte jamás,—la contestaba Alina besándola cariñosamente.

—¡Siempre me dices lo mismo! pero el caso es que aquí se está pasando mi vida sin que llegue ese día.

—Cuando tengas edad suficiente para ello, pierde cuidado, que tu madre te llevará consigo. Hoy todavía eres una niña.

—¡Una niña, y tengo ya dieciséis años! Mira Lauretta, la hija de Estefana Zampieri, tiene mi edad y sin embargo, su padre se la lleva a Florencia casi todos los meses. Ha estado ya en Roma y en Venecia, y yo no he salido nunca de este miserable villorrio y si tú vieras qué cosas me cuenta tan bonitas de todas esas ciudades...!

—Tú también las verás, hija mía, y más hermosas todavía que todas esas de que me hablas.

—Llévame pronto, mamá. Mira que si no, te expones a venir mañana y encontrarte que tu hija ha muerto de tristeza.

—¡Calla, Olimpia de mi alma! ¡no digas eso! —exclamaba Alina abrazándola y besando a su hija con delirio.

Ya hubiera querido la madre llevarse consigo a su hija, pero realmente, conocedora como era del mundo en que vivía, y temerosa de que su hija conociese la posición que en él ocupaba, no quería exponerla a los peligros que ella conocía por experiencia.

El día que se la llevara consigo, sería cuando hubiese realizado ya la fortuna que deseaba y abandonara de un modo definitivo el mundo en que vivía.

Cuando este caso llegase, cogería a su hija y se la llevaría a América, donde no era fácil

que nadie la conociera, puesto que jamás estuvo por aquellos países, y con nombre supuesto, vivir tranquilas y dichosas.

*

* *

Hemos dicho que Rosendo al ver a la Venus en el teatro de Londres, la encontró más hermosa que cuando la vio en Madrid.

Como sus relaciones con el príncipe ruso no eran un misterio, Rosendo no se presentó en el cuarto de la artista, durante aquella noche.

Pero al siguiente día, juzgando que el mejor introductor para con la cortesana Alina, era un espléndido regalo, compró una sortija con un solitario de gran valor y acompañado con una tarjeta sin nombre, escribió en ella.

«Otro solitario, envidioso de la suerte que alcanza su compañero al estrechar el dedo de Venus solicita besar la mano que le posea».

Alina sonrió al ver la extraña manera de anunciarse de aquel desconocido y dió orden de que pasara adelante.

Poca alteración había causado en Rosendo el tiempo transcurrido.

Si acaso existía alguna, era beneficiosa para él.

Al verle Alina, quedóse un momento suspensa, pero de repente abandonó la *chaise-longue* en que estaba medio reclinada y lanzándose a él le estrechó entre sus brazos, exclamando:

—¡Tú! ¡Mi Rosendo! ¡Tú, el amado de mi alma! ¡Al fin vuelves a mí!

—Poca falta he debido hacerte,—repuso el conde—cuando a tantos has concedido tus favores desde la época en que nos conocimos.

—¡Oh! No recuerdes aquel tiempo porque tal vez tuviera que achacarte toda la culpabilidad de lo que he tenido que hacer. Pero olvidemos todo lo pasado. Yo no he tenido otro amor que el tuyo en el mundo, si mi cuerpo ha tenido que entregarse a otros por razones que no se te han de ocultar, la virginidad de mi alma, se ha reservado para tí. Para tí, que desde este momento quiero que me pertenezcas a mí, a mí sola, como yo también no quiero ser de otro que tuya. ¡Santa Madonna bendita! si creo que voy a morir de felicidad al tenerte a mi lado.

Y la italiana colmaba de caricias a Rosendo, a quien obligó a sentarse a su lado en la *chaise longue*.

Rosendo, predispuesto ya en favor de la hermosa italiana, no pudo resistir al encanto que emanaba de aquella mujer.

Cuando más embebidos estaban ambos en sus pláticas amorosas, la doncella de Alina tocando

discretamente en la puerta del aposento, dijo:

—El príncipe acaba de llegar, señora.

—Dile al príncipe que no puedo recibirle,—repuso Alina.

—Es que ha visto otro carruaje a la puerta y...

—Basta,—interrumpió la italiana a su camarera—dile que no puedo recibirle.

—Se incomodará,—repuso la doncella.

—Que se incomode. No puedo, no quiero recibir a nadie.

La camarera se marchó a cumplir el encargo de su señora y ésta, volviéndose y abrazando a Rosendo, le dijo uniendo sus labios a los del conde:

—No estoy, ni estaré para nadie más que para tí.

*

* *

Al siguiente día, ya era público en Londres el rompimiento de la Venus con el príncipe ruso.

Nadie sabía quien le había sustituido, pero pocos días después, Alina rescindía su contrato pagando una fuerte indemnización al empresario y salía de Londres en dirección a Suiza.

Rosendo la acompañaba.

A orillas del lago Lecman encontraron una «villa» deliciosa, verdadero nido de amores y allí fueron a detenerse.

Alina creía haber asegurado su presa para siempre.

Tres años de embriaguez, de locura, tres años que parecieron un día a la encantadora cortesana, se pasaron así.

Pero Rosendo, que solo experimentaba respecto a su querida, la obsesión de los sentidos, tenía que experimentar como lógica consecuencia el cansancio producido por una posesión no disputada y completamente satisfecha.

El día que Alina lo comprendió así le hizo abandonar Suiza y se trasladaron a París.

En el bosque de Bolonia adquirió el conde un chalet que estaba en venta y en él instaló a su encantadora querida a quien hizo el soberbio regalo de aquel inmueble.

Todavía se prolongó por espacio de otro año la unión de aquellos dos seres.

Pero poco a poco fueron debilitándose los lazos que les unían, hasta que finalmente, Rosendo con el pretexto de conocer el resultado de un negocio en el que había puesto parte de su fortuna, marchó a Alemania.

Cuando volvió a París, encontró que Alina permitía demasiadas libertades a un yanki millonario y como no estaba dispuesto a soportar cierta clase de comanditas, se retiró discretamente, quedando como uno de tantos amigos que suelen tener siempre las mujeres del mundo a que pertenecía la italiana.

La vida de placeres a que se había entregado desde su regreso de la India, había entrado en ese período de asfío, de cansancio y de disgusto que los ingleses, denominan *spleen* y que no es más que la saciedad de todos los placeres y el desencanto consiguiente de no encontrar nada nuevo que pueda satisfacerles.

*

* *

Otra vez dejó el conde París y comenzó una vida aventurera, existencia sin propósito ni fin determinado, vida al azar, si así podemos expresarnos.

En una ocasión estando en España, llegó hasta cerca de Burgos, y como un desconocido, pues finalmente los años y los excesos habían conseguido alterar sus facciones, adquirió algunas noticias referentes a su familia.

La condesa llevaba una existencia completamente retraída.

Muy delicada su salud, lo único que sentía era que la muerte la sorprendiera antes de haber completado la educación de su hijo Rosendo.

Había encerrado en lo profundo de su pecho el terrible drama que determinó la separación de su marido y de su hijo Eugenio y ni aún el mismo Rosendo sabía de un modo exacto la razón de aquella prolongada ausencia de su padre y la falta de noticias que había de él.

El conde, cuando dejó a Eugenio en el co-

legio de Inglaterra, había escrito a su mujer una carta diciéndola que no se preocupara por la suerte de su hijo Eugenio porque le había dejado en un colegio, abonando por anticipado el importe de un número determinado de años de pensión, puesto que él iba a marcharse lejos de Europa y quería dejar asegurada la educación del niño por si acaso moría durante la serie de viajes que iba a emprender.

Años después, cuando ocurrió la catástrofe del colegio y la inutilidad de sus pesquisas para descubrir el paradero del niño, volvió a escribir a Elena manifestándole todo lo ocurrido, suponiendo que quizás el niño habría muerto.

Desde entonces la condesa no había vuelto a tener otra carta de su marido.

No se atrevía a creer que la desaparición de Eugenio hubiera podido ser la consecuencia de algún crimen; tampoco creía en su muerte, pero la incertidumbre en que se hallaba respecto a lo que hubiera podido ocurrir la produjeron una enfermedad, que si por el momento según los médicos no acusaba un peligro inmediato, a la corta o a la larga tenía que ser la causa de su muerte.

Falta del cariño de su esposo y de la presencia de aquel hijo que tan desgraciado había sido desde su nacimiento, Elena concentró todo su cariño en Rosendo, del cual trató de hacer un hombre instruído y un perfecto caballero.

*

* *

Estas noticias fueron las que adquirió el conde cuando llegó de su vagabunda *tournee* por España y hubo un momento en que estuvo tentado de regresar al lado de su mujer, reconciliarse con ella y ayudarla en su tarea respecto a Rosendo.

Pero tan excelente idea tuvo que desecharla porque no se encontró con fuerzas para sobreponerse a los recuerdos que necesariamente tenía que estar evocando sin cesar su permanencia en Burgos.

Había momentos en que pensaba, al ver que desde su separación de Elena no había vuelto a recibir ningún anónimo, si el objeto del autor de ellos habría sido únicamente el destruir la armonía en su matrimonio haciéndolos infelices a los dos.

Porque verdaderamente era muy extraño que después de aquel suceso no hubiese vuelto a recibir ninguna otra de aquellas terribles cartas.

Alejóse precipitadamente de Burgos, temero-

so quizás de ceder a la tentación que le atraía a su casa solariega, y por espacio de dos o tres años estuvo viajando sin encontrar reposo en ninguna parte ni satisfacción de ningún género.

En aquella loca excursión por el mundo, la casualidad le llevó a Florencia, que no había visitado todavía, y el ambiente artístico que se respira en la patria del Dante ejerció una saludable influencia sobre él, que prolongó su estancia en la antigua capital de la Toscana, encontrando cada día en ella un atractivo para retenerle allí.

La ciudad de los Médices, donde no hay una calle, una plaza, ni un monumento que no traiga a la imaginación el movimiento intelectual y artístico de la época de oro de aquella localidad embellecida por Miguel Angel, Rafael, Vinci y otros tantos artistas de imperecedera memoria, cautivaba su atención y no acertaba a separarse de allí.

El hombre cansado de la vida, astiado de toda clase de placeres materiales, había encontrado por fin, en medio de aquel desierto en que vagaba sin esperanza alguna, un oasis saturado de poesía, de arte, en que poder reposar, aspirando recuerdos de las edades pasadas.

Y tanto era el placer que experimentaba, que deseoso de prolongar su permanencia en aquellos lugares, buscó inmediata a la ciudad una solitaria morada para encerrarse en ella, con las memorias de su triste pasado y donde pudiera restaurar sus agotadas aspiraciones con los artísticos efluvios de la encantadora ciudad.

Precisamente cerca del caserío de Monferrate

encontró una quinta con extenso parque, medio oculta entre la espesa fronda de una naturaleza espléndida y vigorosa, y en ella se instaló con un número muy reducido de criados.

Adornó la quinta con multitud de objetos de arte perfectamente escogidos y entretenía su tiempo entre las visitas a la inmediata ciudad y los placeres de la caza.

Rehuyendo el trato con todos los vecinos de las inmediaciones, los días que no iba a Florencia o que no salía de caza, los pasaba leyendo, para lo cual había reunido en la quinta una escogida y numerosa biblioteca.

Un día, en las pocas excursiones que hacía por los contornos, llevóle el azar hasta un pequeño valle que formaba parte del caserío de Monferrate.

De pronto parecióle percibir en el fondo del valle voces como de una persona que pidiese socorro, y dirigiéndose precipitadamente hacia el lugar donde se oían, se detuvo después inmóvil sorprendido ante el cuadro que se ofreció a su vista.

II

LA HIJA DE VENUS

Hemos dicho que Olimpia, la hija de Alina, habitaba en un caserío de Montferrate al lado de su tía, sintiendo más cada día aquella existencia a que su madre la tenía condenada a pesar de ofrecerla cada año que pronto terminaría su separación.

Olimpia, todo lo que tenía como ya hemos dicho de hermosa, lo tenía también de voluntariosa, altiva y rencorosa.

La perversidad que de niña había demostrado, al ser mujer, si bien perdió los efectos externos de aquellos vicios, el germen quedó en su pecho y las manifestaciones externas en una fuerza de voluntad poderosa, una hipocresía consumada y una tenacidad en sus propósitos incontrastable.

Sabía ceder oportunamente para conseguir mejor el fin que se había propuesto.

La práctica de todas las virtudes no era en

ella sino una especie de máscara bajo la cual encubría todos sus propósitos.

Alina hacía poco tiempo que había estado en Montferrate haciendo a su hija aquella visita anual a la que raras veces había faltado.

Olimpia había cumplido diez y nueve años y su belleza superaba a la de su madre.

—¿Vienes para llevarme contigo al fin?—preguntó a la Venus cuando ésta llegó al caserío.

—Todavía no, hija mía—la dijo la cortesana—pero yo te prometo que el año que viene volveré aquí para no separarnos nunca.

—¿Y me llevarás contigo a París, que dicen que es tan hermoso, donde hay tantas diversiones y donde la existencia se desliza entre la alegría y el placer?

—No, hija mía,—se apresuró a contestar Alina estremeciéndose.—Tú no sabes lo que es París. {

—¿Pues no vives tú en él?—preguntó la joven.

—Yo vivo por necesidad. Lo exige mi carrera; la posición de que disfruté me obliga a ello.

—¿Y por qué no puedo yo estar a tu lado? ¿Acaso los hijos no pueden estar donde residen los padres?

—Así debe ser, pero cuando yo te he dejado aquí, razones poderosas he tenido para ello. No pretendas inquirir esas razones porque no te las podría decir. Pero yo te prometo, como ya te he dicho, que el año que viene, época en que ya habré asegurado tu posición y la mía, vendré a llevarte conmigo para siempre.

—¿Pero donde me llevarás?

—Lejos, muy lejos; a otras regiones, a otros países donde la felicidad no pueda turbarse para nosotras.

—¿Pues no eres tú feliz en París?

—No me preguntes hija mía lo que no te puedo contestar. Conténtate con saber que tu madre te ama sobre todas las cosas de este mundo, que por tí solamente trabaja, y que pronto, muy pronto te llevará a su lado.

Olimpia aparentaba creer y conformarse con lo que su madre la decía.

*

* *

Pero desde aquel momento formó su propósito, y hacia él caminaba resueltamente.

De un modo indirecto trató de averiguar lo que podía costar el viaje desde Florencia a París, cómo podría ser la estancia en la primera de aquellas ciudades en el caso de llegar a ella en hora que ya no hubiese lugar para tomar el tren que había de conducirla a la gran ciudad, y a fuerza de perseverancia y de disimulo, adquirió conocimiento exacto de cuanto necesitaba

para la realización del plan que había formado.

Y merced a las complacencias de su madre reunió una cantidad más que suficiente para sufragar los gastos de aquel viaje.

Alina abandonó el caserío prometiendo a su hija que al año siguiente volvería a buscarla,

—Antes iré yo,—pensó la joven abrazando a su madre. }

Y pasaron algunos días y la joven entre tanto fué haciendo sus preparativos y estudiando la manera de burlar la vigilancia de su tía para por caminos extraviados poder salir a la carretera de Florencia sin que nadie se percatara de su desaparición.

El día que como hemos dicho, el conde se dirigió hacia aquel caserío, fué el elegido por Olimpia para realizar su fuga.

Precisamente su tía había marchado aquella mañana a otro caserío cercano a visitar a una amiga suya y quizás no regresaría hasta la tarde.

Como la joven lo tenía todo dispuesto, poco después que su tía se marchó encerró en una pequeña maleta los objetos que podían serla más indispensables, guardó en su saco de mano el dinero, y resueltamente abandonó el caserío, diciendo:

—Ahora ya está echada mi suerte.

Pero como tenía que marchar por veredas escusadas, caminos de travesía y por un terreno bastante accidentado, al cabo de una hora de marcha resbaló sobre una piedra y fué a caer en una pequeña zanja.

No fué grande la violencia del golpe, pero al

quererse levantar la fué imposible hacerlo porque uno de sus pies no la podía sostener.

Entonces el terror se apoderó de ella.

La soledad de aquellos sitios y el escaso tránsito que por ellos había, la sobrecogieron y empezó a gritar pidiendo auxilio.

Al mismo tiempo la ira de ver que ya no podía realizar su deseo, que iba a verse descubierta y que ya difícilmente conseguiría volver a burlar la vigilancia de su tía, aumentaban el malestar que sufría.

Medio arrastrándose trató de salir del lugar en que se hallaba, pero con esto solo consiguió aumentar sus dolores; el pie se le seguía hinchando y su angustia era cada vez mayor.

*
* *

Como manifestamos en otro lugar, Rosendo, atraído por las voces de auxilio, llegó hasta al lugar donde se hallaba Olimpia y de tal modo le sorprendió la deslumbrante belleza de aquella mujer cuyo rostro embellecía doblemente la angustiada expresión de su semblante y las

lágrimas que brillaban en sus ojos, que por espacio de algunos segundos permaneció inmóvil.

—*Per Dio! mio signore*,—exclamó Olimpia en el más purísimo toscano.

El conde, avergonzado de su anterior inmovilidad, saltó a la zanja, diciendo:

—No tenga usted cuidado, niña. Apóyese usted en mí sin miedo.

—No puedo, señor,—contestó la joven.—No sé que tengo en este pie que no me puedo mover.

—¿Pero como ha sido esto?—dijo el conde apreciando al simple contacto la dislocación de que se quejaba Olimpia,—¿cómo se le ha ocurrido a usted venir por estos sitios con ese calzado? ¿Vive usted cerca de aquí?

—Una hora lo más—repuso Olimpia comprendiendo que no podía negarse a satisfacer la pregunta de su salvador.—En el caserío de Montferrate.

—Por lo visto iba usted de viaje—dijo el conde indicando la maleta que estaba a corta distancia.

—Sí, señor, iba a Florencia.

—¿Por este camino?

—Me he extraviado y...

La joven no supo como continuar y advirtiéndole el conde su confusión, se abstuvo de seguir aquel interrogatorio.

Lo único que dijo fué:

—No se comprende que una mujer tan linda como usted se marchase sola a Florencia con consentimiento de su familia.

Olimpia no contestó;

—Vamos a ver—dijo Rosendo—si puedo, que sí podré, conducirla hasta su casa.

—Pero va usted a molestarle—repuso la joven.—¿No sería posible que viese usted si había por aquí alguna persona que le pudiera ayudar?

—¿Para qué la necesito?

Y al decir esto, Rosendo cogió a la joven por la cintura, procuró ponerla de pie aun cuando sin soltarla, cogió la maleta y dió algunos pasos con aquella preciosa carga.

—¡Oh! Dios mío—exclamó Olimpia,—peso demasiado y voy a fatigarle.

—No se preocupe usted por eso—repuso el conde galantemente,—usted no puede ser carga pesada jamás y yo me felicito por haber llegado en tan buena ocasión para servirla.

Y al decir esto, procuró arreglarse de manera que con poco que la joven ayudase con el pie que estaba sano, llegar hasta un lugar del camino donde la joven pudiera sentarse mientras él la vendaba fuertemente el pie herido.

—Esto no es nada, señorita—dijo después de bien ligado el pie.

Una vez en su casa, yo mismo reduciré esa dislocación que no creo que tenga consecuencia alguna desagradable. Esto sino tiene usted inconveniente en ello.

—Al contrario, he de agradacerle eternamente lo que hace usted por mí.

—Usted me indicará el camino que hemos de seguir para llegar a su casa.

—Temo que en ella no encontremos a nadie.

—¿Cómo?—exclamó el conde sorprendido.

—Mi tía, con quien vivo, marchó esta mañana a visitar a una amiga que está enferma y puede que no regrese hasta la tarde.

—Pero habrá algún vecino, alguna amiga...

—Es que...

Y la joven no se atrevía a continuar.

—¿Qué, señorita?—preguntó el conde cada vez más sorprendido.—No se apure usted, porque no me separaré de su lado hasta que venga su tía o venga alguna persona a ocupar mi puesto.

—Es que yo quisiera pedir a usted un favor, caballero.

—Usted dirá.

—Que... que no diga usted a mi tía como me ha encontrado.

—Pero hija mía,—repuso el conde cada vez más sorprendido—usted no se podrá mover en algunos días, ¿cómo se le puede ocultar la dislocación?

—No me refiero a eso—repuso Olimpia.

—¿Pues a qué?

—A lo de mi viaje.

*
* *

El conde miró lleno de asombro a la joven.

¿Qué significaba aquello?

¿Por qué ocultar el viaje que ella le había indicado; acaso aquel viaje era una fuga?

Y si así era ¿a qué obedecía, con quien iba a reunirse, por qué se separaba de su tía?

Sin duda Olimpia comprendió el efecto que en su salvador producía lo que acababa de decir, y añadió:

—No suponga usted nada malo de lo que acabo de decirle. Yo no podía vivir aquí. Mi tía no me dejaba marchar y yo he querido ir a reunirme con mi madre.

—¿Y su madre de usted reside en Florencia?

—No señor, en París.

—En París. ¿Y quería usted emprender sola el camino de París?

—Yo no sé lo que pienso, caballero, pero sí puedo asegurarle que soy muy desgraciada.

Y Olimpia rompió a llorar amargamente.

El conde la prodigó algunos consuelos, en-

contrando, sin embargo, mucho de extraño así en lo que estaba oyendo como en lo que veía.

Tras no pocos esfuerzos y empleando mucho tiempo para llegar hasta la casa de Olimpia, el conde y ella llegaron al caserío.

Durante aquel viaje el conde estuvo haciendo muy curiosas observaciones respecto a su linda compañera.

En primer lugar apreció que la joven era preciosa, que había en ella una mezcla de malicia y de ignorancia muy excesiva, que su corazón no había sido mortificado todavía por el fuego del amor, que estaba harta de la vida que llevaba en aquella soledad y ansiosa de otro ambiente y de otra existencia, y finalmente que no sería difícil obtener su conquista.

La joven no solamente tenía que apoyarse con fuerza en el conde para no caer, sino que en muchas ocasiones tenía éste que cogerla en brazos. /

Y al contacto de aquel cuerpo encantador, de esculturales formas y que se abandonaba completamente en sus brazos, pareció, despertar los amortiguados deseos del conde; voluptuosas sensaciones que no había creído volver a experimentar.

*
* *

Una vez en el caserío, Olimpia llamó a una vecina a quien el conde y ella refirieron una historia combinada entre los dos durante su viaje para justificar aquel accidente.

Como había ofrecido, Rosendo curó la dislocación del pie afectado, recomendó el tratamiento que se debía seguir, y prometiendo volver el siguiente día, dejó a la joven al cuidado de la vecina hasta la llegada de su tía.

Si preocupado se marchó Rosendo con las nuevas ideas que le había surgido el extraño encuentro con la joven, no menos preocupada quedóse ésta también.

Rosendo, a pesar de los años que contaba, conservábase todavía de agradable aspecto, sus modales eran delicados y todo en él estaba revelando el gran señor, rico, galanteador y simpático.

Volvió el conde el siguiente día, la tía de Olimpia y ésta le recibieron afablemente, y

aquellos visitas fueron repitiéndose hasta que la joven se restableció por completo.

El conde encontraba muy extraño cuanto se refería a Olimpia y a su afmilia, pero de todos modos, esto importóle muy poco desde el momento en que nació en su mente la idea de hacer de aquella hermosa campesina una querida que había de envidiarle todo el gran mundo galante en el cual tanta celebridad había adquirido.

—No le falta a esta criatura—decía el conde paseándose por el parque de su posesión—más que un poco de barniz de la buena sociedad, y para dárselo ya sé a quien debo recurrir con la seguridad de que no ha de faltarme su apoyo.

Y partiendo de esta base emprendió resueltamente la conquista de Olimpia.

*

* *

Terreno bien abonado encontró ya, y como las entrevistas que antes habían celebrado en presencia de su tía continuaron verificándose diariamente en la soledad del campo, no fué muy

difícil ponerse de acuerdo los dos amantes y concertar perfectamente los medios para abandonar el caserío.

Olimpia deseaba ir a París para ver si encontraba a su madre, lo que ella juzgaba que no era difícil puesto que en algún paseo o en algún teatro había de encontrarla.

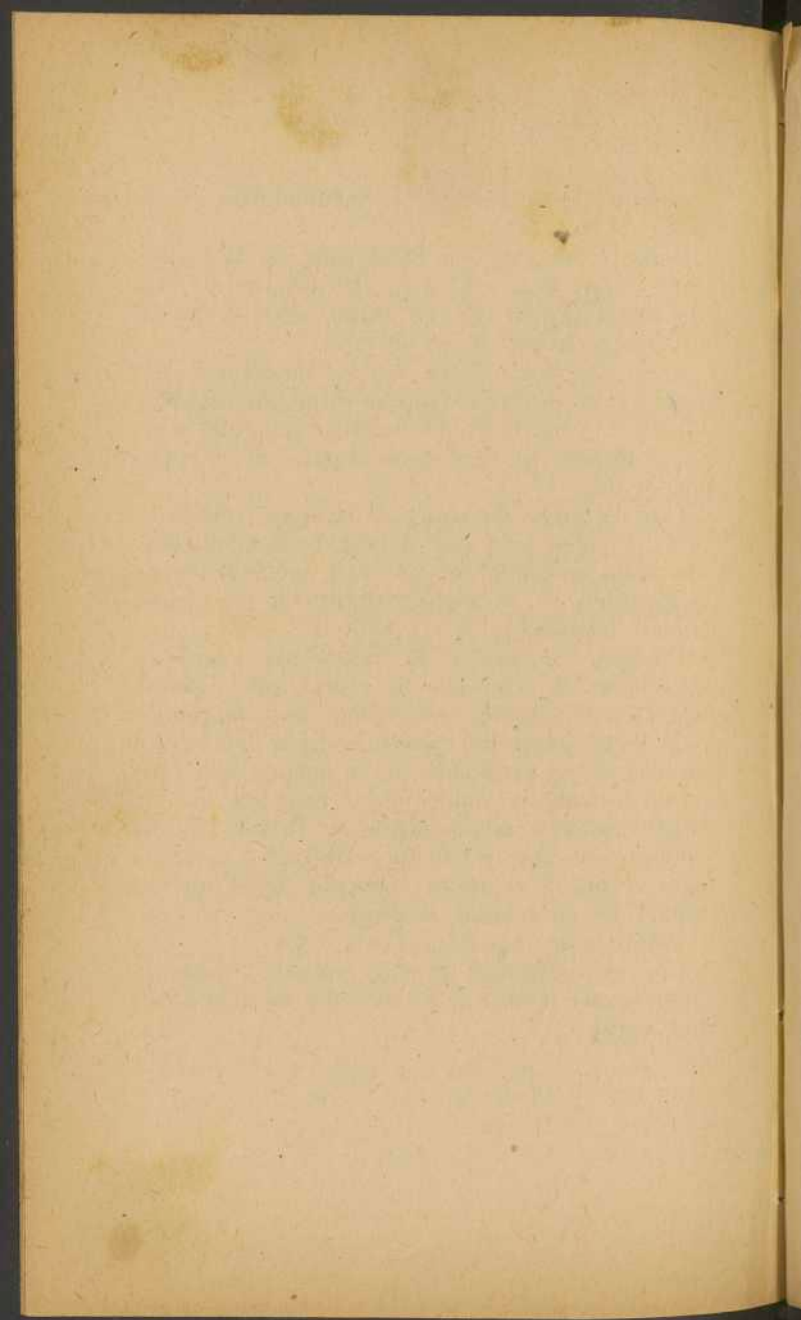
Alina, al ocultar a su hija su verdadera residencia y los medios de que se valía para adquirir aquella fortuna con que contaba, la había ocultado también su verdadero nombre de acuerdo con su tía.

Para Olimpia su madre se llamaba Julia Tabiani, y como éste era el nombre que ella había dicho al conde, no era fácil que éste pudiera presumir el estrecho parentesco que entre ambas mediaba.

Olimpia, en medio del deseo que tenía de abandonar el caserío y del afecto que le había inspirado el conde, no dejaba de comprender todo lo peligroso del paso que iba a dar y trató de asegurarse exigiendo de su amante una promesa formal de matrimonio, promesa que el conde no tuvo inconveniente en firmar bajo el nombre con que se había establecido en aquel sitio y con el cual era conocido desde que se separó de su esposa en Burgos.

Este nombre era el de Enrique Durán.

Con esta promesa creyóse segura Olimpia y desde aquel momento ya no dudó en abandonar el caserío.



III

LO INESPERADO

Lo que Alina había manifestado a su hija en la visita que la hizo aquel año era verdad.

Estaba resuelta a retirarse en absoluto de la existencia que llevaba, para consagrarse exclusivamente a su hija.

Habíase retirado del teatro desde el momento en que terminaron sus relaciones galantes con Rosendo, reservándose únicamente el cetro entre las *demi-mondaines* más célebres de París.

Cuando regresó de Montferrate celebró una larga entrevista con su notario a fin de saber a lo que ascendía su fortuna y en que clase de valores la tenía colocada.

La suma a que ascendía lo que en diversas ocasiones había ido recibiendo el notario, se elevaba a una cifra que permitía considerar asegurada la subsistencia de la madre y de la hija para toda su vida.

Si a esto añadimos los diversos inmuebles que poseía en París, regalos espléndidos de algunos

de sus amantes, el riquísimo mobiliario, sus carruajes y sus caballos, se comprendía que la Venus había sabido aprovecharse hábilmente de sus encantos.

Dió las instrucciones que creyó convenientes al notario y empezó a anunciar a todos sus amigos su propósito de abandonar aquella existencia de placeres que hasta entonces había llevado, retirándose a un rincón de provincia para terminar sus días en medio de la quietud y del reposo.

Muchos de los que habían sido sus amantes y otros que todavía pretendían serlo, burlábanse de aquellos propósitos, mientras que algunas de sus envidiosas amigas aplaudían su resolución, deseosas de que desapareciera del teatro de sus triunfos aquella rival que las tenía eclipsadas.

*
* *

Alguna vez en las reuniones de la hermosa cortesana habíase hablado del conde de Laval, nombrándole, por supuesto, con el nombre que ya hemos indicado en otro lugar.

Todos se extrañaban de su desaparición, pero Alina decía sonriendo:

—No tengan ustedes cuidado, que el día que menos lo piensen, lo veremos aparecer más galante y más dispuesto a proseguir su vida anterior.

—Pero ya debe ser muy viejo—decían algunos.

—No lo crean ustedes—respondía sonriendo Alina.—Los hombres como Durán no envejecen nunca y sino, ya podrán ustedes apreciarlo el día que vuelva a encontrarse entre nosotros.

—Mucha esperanza tienes—dijo una de sus compañeras.

—Como que Alina ha sabido mantener siempre relaciones muy cordiales con todos sus amantes—añadió otra.

—¿Y por qué reñir con ellos?—repuso la Venus italiana.—¿Porque dejen de amarnos? No creo que en nuestros contratos galantes exista ninguna condición que nos obligue a tirarnos los trastos a la cabeza cuando cualquiera de los dos contrayentes desee romper el lazo que nos une.

Y como precisamente esta había sido la marcha que siempre había seguido Alina, y algunos de los que estaban presentes pertenecían al número de aquellos amantes que habían ido sucediéndose en los favores de la Venus, asentían a lo que decía ésta.

*
* *

En el momento que acompañamos al lector al palacio de la Venus reinaba en él una extraordinaria animación.

La hermosa pecadora daba aquella noche una reunión extraordinaria a sus íntimos para solemnizar un acontecimiento importante.

Enrique Durán, el famoso millonario indiano como le llamaban en París cuando allí se presentó algunos años antes, había llegado hacía pocos días acompañado de una preciosísima joven a quien pretendía lanzar en el mundo de la galantería y había ido a pedir a Alina que sirviese de madrina a su compañera en aquel acto solemne de su vida.

La noticia era sensacional; la curiosidad de hombres y mujeres estaba excitada poderosamente y todas las celebridades del mundo galante se habían dado cita aquella noche en los salones del hotel del bosque de Bolonia.

A las doce de la noche, hora en que la reunión

estaba en su apogeo y precisamente en la que Rosendo había anunciado que se presentaría en el hotel en compañía de su conquista, la impaciencia había llegado a su grado máximo y todas las miradas se dirigían hacia las puertas del salón esperando la presentación prometida.

Con exactitud verdaderamente militar, al dar la última campanada (de las doce, el criado anunciaba en la puerta del salón:

—El señor don Enrique Durán y la señorita Olimpia.

—¡Olimpia!—exclamó Alina con un involuntario estremecimiento—mientras los invitados demostraban su alegría con bulliciosa animación.

Al encuentro de los recién llegados se dirigió la dueña de la casa, separándose los grupos que se habían formado delante de la puerta para dejarla pasar.

Rosendo y su pareja se adelantaron hacia Alina.

Esta y Olimpia al encontrarse frente a frente, lanzaron entrambas dos gritos de entonaciones distintas, pero ambos de una expresión tal, que helaron de espanto a toda la concurrencia.

—¡Mi madre!—exclamó Olimpia cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Es mi hija!—murmuró la cortesana dando una entonación tal a estas palabras, que todos los presentes comprendieron que en aquellas dos exclamaciones iba encerrado un drama terrible.

*
* *

Rosendo, involuntariamente dió un paso hacia atrás como si hubiera querido sustraerse a la tremenda escena que adivinaba.

No tenía nada de cobarde, y sin embargo en aquel momento sintió miedo.

Alina se aproximó lentamente a su hija. Separó con sus manos las de Olimpia que cubrían su rostro avergonzado, y murmuró con voz sorda:

—¡Quiero ver si eres tú...! ¡Oh! ¡Es verdad que lo eres...! ¡Es cierto que eres mi Olimpia, la hija de mi alma...! ¡Pero si eso no puede ser! ¡Estoy loca sin duda...! ¡Te pareces a ella, pero no, no eres tú mi Olimpia...!

—¡Sí, madre mía! ¡Sí que lo soy por desgracia...! ¡Perdóname!

Y diciendo esto, cayó de rodillas a los pies de su madre.

Ya no había lugar a duda alguna.

Aquella era la hija de la cortesana, aquella

hija para la cual soñaba un porvenir de pureza y de virtud, que Rosendo, el hombre que ella había amado y a quien tanto daño había hecho ella misma, acababa de destruir.

—¡Me pides perdón!—exclamó Alina estallando en sollozos.—¡Me pides perdón...! ¡Luego es cierto! ¡Tu vergüenza y mi desdicha son verdaderas...! ¡Y ha sido él quien ha herido de este modo nuestras dos existencias!

Y cambiando súbitamente de actitud, pasándose las manos por los ojos para secarse las lágrimas que brillaban en ellos, sustituyéndolas con relámpagos de ira, aproximóse a Rosendo, diciéndole a la par que le señalaba a su hija arrodillada sobre la alfombra:

—¡He ahí tu obra...! ¡Responde!—Y prosiguió devorándole con sus miradas y estrechando violentamente su mano.—Tú sabías que yo tenía una hija. ¡Que por ella habría dado hasta la vida...! ¡Eso lo sabías...! ¡Atrévete a negarlo!

—Es verdad,—repuso Rosendo—ahora recuerdo que tú misma me lo confesaste un día, pero ni sabía donde estaba, ni tú me lo habías dicho jamás, ni la conocía.

—Todo eso—prosiguió Alina—me importa muy poco. Lo que yo quiero saber, lo que necesito que me digas, es lo que piensas hacer de mi hija.

—¡Yo!—exclamó Rosendo un tanto aturdido por aquel suceso.

—Tú, sí... pronto... Toda deshonra exige una reparación... ¿Estás dispuesto a dársela a esa desventurada?

— ¡Me ofreció que sería su esposa! — dijo Olimpia con voz sollozante.

— Ya lo oyes — prosiguió la italiana. — Palabra de caballero, debe ser cumplida siempre.

— Bien sabes que eso es imposible, — dijo friamente Rosendo. — Deploro lo que ha pasado. Daría mi sangre por remediar el mal. Pero lo que me pides no te lo puedo conceder.

— Está bien, — repuso Alina con un acento que infundía pavor, — supiste hacer el mal y no sabes remediarlo.

Y volviéndose a los invitados, que a pesar de ser todos despreocupados y más dispuestos a la burla que al sentimiento, estaban vivamente impresionados, les dijo con las lágrimas en los ojos y una sonrisa también en los labios:

— Ya lo habéis oído: ese noble caballero, después de mancillar la honra de una infeliz criatura, engañándola para satisfacer sus groseros deseos, ahora se niega a darle la rehabilitación a que tiene derecho. Pues bien sed ahora testigos del juramento que hace una madre a quien acaban de robarle el único tesoro que tenía en el mundo; juro por el nombre que tengo, por el dolor de mi hija, por la destrucción de toda mi dicha perdida para siempre, que ese que vosotros habéis conocido con el falso nombre de Enrique Durán, o sea el conde de Laval, que es el título de ese hombre, que con lágrimas de sangre ha de pagar todo el daño que me ha causado. Ya lo has oído, conde, la cortesana Venus sucederá a la madre de Olimpia. Ahora vete, aléjate de aquí, con la seguridad que donde quiera que vayas ha de alcanzarte mi venganza.

Y dirigiéndose a los que la rodeaban, añadió con mayor dureza:

—Y vosotros, salid también. Las puertas de este palacio quedan cerradas para todo el mundo; dentro de él quedarán solamente una madre desolada y una hija perdida.

Marchaos, digo, y burlaos cuanto queráis de la desolación que aquí queda y que ninguno de vosotros sois capaces de comprender.

Y cogiendo a su hija de la mano abandonó el salón. Rosendo profundamente afectado, había salido poco antes del mismo.

.

El día siguiente el conde de Laval salió de París, sin que se supiera donde había ido.

.



Un año después de estos sucesos, en la modesta granja del caserío de Montferrato, Alina se hallaba próxima a exhalar su postrer aliento.

Olimpia estaba arrodillada junto a su lecho de muerte.

La tía de la Venus había fallecido pocos meses antes, al conocer en toda su extensión la desgracia de Olimpia.

—Acuérdate bien de todo... hija mía—decía Alina a su hija poco antes de morir.—El conde de Laval no hemos podido conseguir saber donde ha ido; pero sus dos hijos andan por el mundo siendo completamente extraños el uno para el otro. Los dos son tan parecidos según lo que sabemos, que fácilmente se confunden. El uno se llama Eugenio y el otro Rosendo, como su padre. La condesa de Laval me robó el cariño y el nombre de Rosendo, y harto la hice pagar aquel robo. El conde te ha deshonrado y me ha muerto. Véngate de él en sus hijos y véngame al mismo tiempo. ¿Me lo juras?

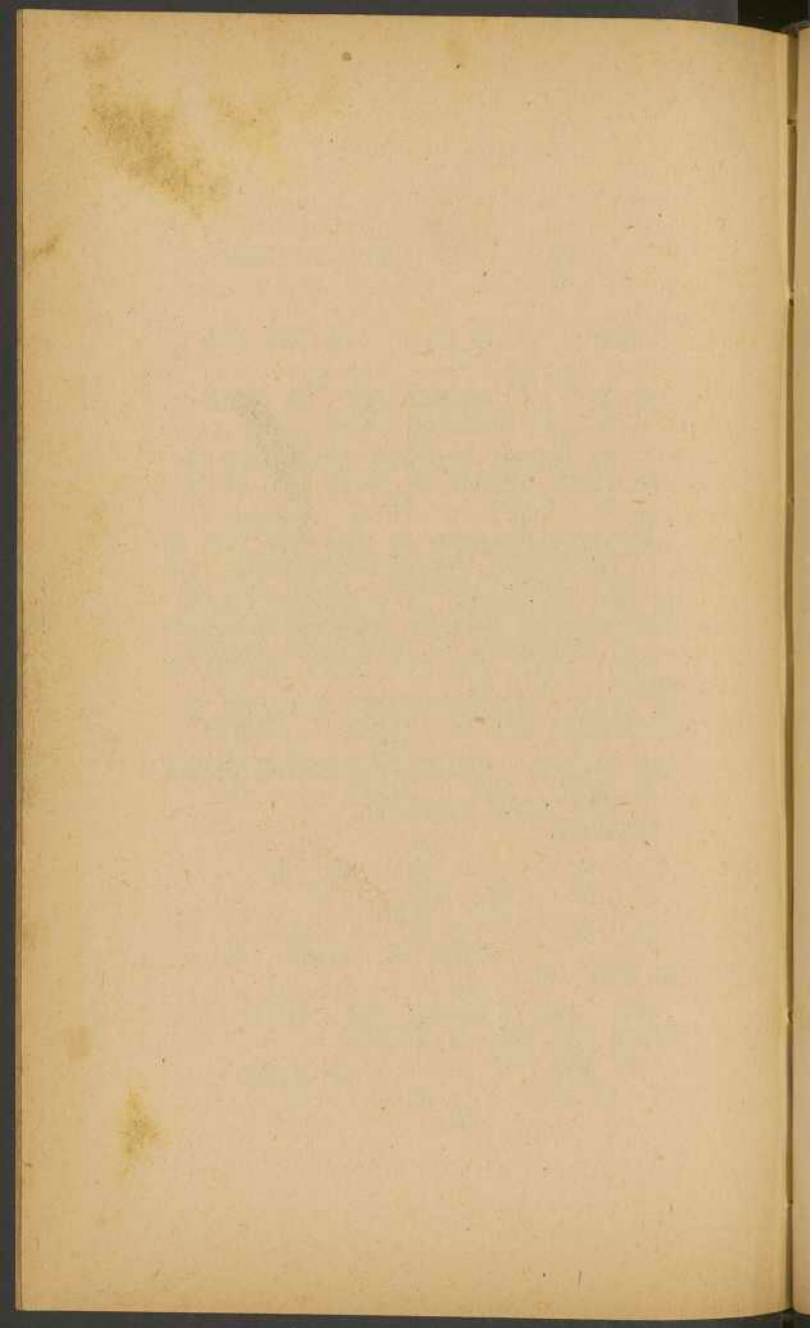
—Sí, madre mía, te lo juro,—respondió Olimpia secos los ojos pero brillantes de odio y de venganza.—Pero yo no quiero que mueras... Quiero que vivas para que me ayudes a vengarnos.

—¡Imposible, hija mía! Conozco que mis horas están contadas... Vas a quedarte sola en el mundo, pero has heredado la fuerza y la energía de tu padre y tengo la seguridad de que no has de dejar impune la ofensa que te han inferido. No olvides ninguno de los detalles que hemos podido adquirir en París, respecto á los hijos del conde. Eugenio ya sabes que está en Venecia. Es el vivo retrato de su padre. Por eso le conocí y después tuve ocasión de ratificar mi creencia. Rosendo viaja en busca de su hermano y de su padre. A tu cargo queda encontrarlos.

Alina se vió obligada a callar porque le faltaban las fuerzas.

Al día inmediato espiró, y la última palabra de aquella mujer implacable fué:

—¡Venganza!



TERCERA PARTE

LA VENCADORA

I

CITA MISTERIOSA

Dos años después de las escenas referidas anteriormente, al anochecer de un día del mes de abril, cruzaba la espaciosa plaza de San Pedro, de Roma, un joven de unos veinticinco años, alto, de apuesta figura, ligeramente moreno y vestido con elegancia.

Al penetrar bajo los arcos que rodean la plaza, le salió al encuentro una graciosa muchacha cuyo traje denunciaba la camarera de una casa rica, y deteniendo al caballero, le preguntó:

—Dispense usted, caballero. ¿Es usted el señor conde de Laval?

—El mismo, para lo que tú quieras, preciosa

niña,—repuso el joven sonriendo.—¿Qué quieres de mí?

—Que tenga usted la bondad de seguirme,

—¿Dónde?

—Donde no haya tanta gente para darle un recado del que soy portadora—repuso la camarera.

Y el caballero siguiéndola y la joven guiando, llegaron hasta una callejuela inmediata á la plaza. donde la segunda se detuvo y sacando una carta del bolsillo del delantal se la entregó al conde, diciendo:

—Esta carta es para usted.

—¿Quién me la envía?—preguntó el caballero.

—Una dama, y muy hermosa,—añadió la camarera con picaresca expresión.

—¿Tan hermosa como tú?—dijo el conde cogiendo la carta y estrechando los dedos de la joven.

—Ya podrá usted juzgarlo cuando la vea.

—¿Esperas contestación?

—Desde luego.

El conde se aproximó a un farol y a la luz de éste, rompió el sobre y una vez que se hubo enterado de la carta, dijo a la portadora:

—Hija mía, por más que me halague la entrevista que me pide tu señora, siento no poder acceder a ella. Mañana regreso a mi país y ya comprenderás que en vísperas de marcha no se está muy apropósito para citas de amor, porque supongo que se tratará de esto.

—Me parece, señor conde, que bien pueden distraerse dos horas hablando con mi señora,

—¿Tan encantadora es?

—Ya puede usted haberlo juzgado puesto que la ha visto muchas veces.

—¿Cómo se llama? En Roma hay muchas mujeres hermosas.

—Mi señora es más seductora que todas.

—Buena defensa tiene contigo.

—Digo la verdad. Créame usted, señor conde. Aproveche un favor que mi señora concede a muy pocos.

—Está bien. Iré puesto que tanto empeño tienes.

—¿Puedo fiar en su palabra?

—Jamás he faltado a ella. A la hora que me dice, seré puntual.

Y así diciendo, sacó una moneda de oro que deslizó en la linda mano de la gentil camarera, y se separó de ella.



La doncella permaneció un momento mirando al joven que se alejaba y después murmuró:

—Efectivamente tenía razón mi señora. Nunca ví un parecido más grande entre dos personas. Es un vivo retrato del señor Eugenio.

Y cuando perdió de vista al conde, se alejó y cruzando distintas calles fué a detenerse ante un lindo hotel de moderna construcción situado a orillas del Tíber.

Hizo sonar el timbre colocado en la verja, abrióse ésta y un momento después la camarera penetraba en las habitaciones de su señora.

Realmente, en nada había exagerado la linda mensajera diciendo al joven conde de Laval, que su señora era la más hermosa de las damas romanas.

El lector ya la conoce.

Era Olimpia, la hija de la Venus, pero más encantadora todavía que cuando la encontramos en la granja de Montferrate y posteriormente en París.

Desde la muerte de su madre, la joven había hecho diversas tentativas para procurar un encuentro con Eugenio, el primer hijo de Rosendo, cuya existencia habían conseguido descubrir su madre y ella en el año que transcurrió desde la famosa presentación de Olimpia y el conde en el hotel de Alina hasta la muerte de ésta.

La hija de Venus siguiendo, ya por perversidad de su instinto, ya por vengarse de su seductor, las instrucciones de su madre, utilizó todos los medios que ésta dejó ya dispuestos y consiguió apoderarse de Eugenio presentándose como su salvadora en una situación muy crítica para él.

La astucia, la sutileza y la maldad de Alina consiguieron lo que no había podido alcanzar la diligencia y el buen deseo y el dinero del conde para descubrir el paradero de su hijo.

El director del colegio en que Rosendo le dejó, al verse dueño de la gran cantidad que el conde le entregó por los diez años de pensión de su hijo, hizo uso de aquel dinero para satisfacer pasiones que hasta entonces había podido dominar por la escasez de recursos con que contaba.

Y cuando llegó el día en que aquel dinero desapareció, contrajo deudas, que no pudo satisfacer, hasta que finalmente concibió el proyecto de prender fuego al establecimiento, después de haber tomado una cantidad crecida sobre el inmueble y mobiliario, y aprovechando la época de vacaciones en que solo había en el establecimiento un reducido número de pensionistas entre los que estaba Eugenio, un día

cogió a éste, que era el mayor de todos, y pretextando un viaje a Escocia para asuntos de familia, se lo llevó a Edimburgo.

Una vez allí, salió una tarde de paseo con el niño, le llevó a un bosque, les sorprendió la che, y allí dejó a Eugenio abandonado.

El niño contaba a la sazón siete años, y al verse allí solo, abandonado en un sitio desconocido, y en medio de la noche, lleno de terror, empezó a gritar llorando amargamente.

El cansancio le rindió finalmente y se quedó dormido.

*

* *

Cuando despertó, era ya de día, y la pobre criatura empezó a andar hasta que por fin llegó a una fábrica establecida en las orillas de un río y como el hambre y el miedo le acosaban, entró en ella.

Pero como no estaba todavía muy fuerte en el idioma inglés, no pudo darse a entender de las rudas gentes que le rodeaban ni él entender tampoco lo que le decían.

Finalmente los dueños de la fábrica le dejaron que permaneciera allí, le dieron de comer y allí pasó mucho tiempo sirviendo a los que le mantenían y sufriendo el mal trato que le daban.

Doce años contaba ya el niño, conocía perfectamente el inglés, y al decir a sus dueños como había llegado allí y como se llamaba, éstos no dieron paso alguno para que las autoridades se hicieran cargo de la criatura puesto que ésta ya les prestaba grandes servicios, y en cambio no les costaba gran cosa, pues le vestían con los desechos de su guardarropa y le mantenían con las sobras de su comida.

Pero Eugenio, cuya inteligencia habíase desarrollado con esa precocidad que da la desgracia, un día se cansó de aquel estado y huyó de la fábrica.

Andando y pidiendo limosna, llegó a Edimburgo, viéndose obligado a vivir en el arroyo; uniéndose a otros desgraciados como él, e inútil es decir todo lo que podría aprender en aquella escuela.

Así fué creciendo, debiendo decir en su abono que no descendió hasta el crimen, pero en cambio empleaba todos los medios aprendidos, para adquirir dinero.

En su existencia aventurera, con aspiraciones a una posición que no podía obtener, el robo, el juego, la estafa, la explotación de su belleza para con cierta clase de mujeres, le permitieron vestir con cierta elegancia y su roce con toda clase de personas le dieron cierto barniz de buena sociedad, unido a la bravura y al despre-

cio de la vida de la canalla entre la cual había pasado tanto tiempo.

En Venecia estaba, cuando en fuerza de las pesquisas practicadas por Alina y su hija consiguieron descubrirle.

Precisamente el joven habíase unido entonces a una caudrilla de vividores que por medio del juego, arruinaban a los extranjeros que acudían a la ciudad de las lagunas para admirar sus bellezas.

*
* *

Un día, en la casa de juego que Eugenio y sus compañeros sostenían, ocurrió un crimen.

Se trataba de un noble alemán, el suceso produjo gran escándalo, la autoridad tomó cartas en el asunto, cogieron a algunos de los que formaban la compañía de vividores y Eugenio, que casualmente no estaba en Venecia aquel día y que ignorante de lo ocurrido, podía fácilmente caer en poder de la justicia, fué avisado oportunamente por Olimpia, que después de la muerte de su madre, sabiendo como sabía que Eu-

genio continuaba en Venecia, se dirigió allí, buscando ocasión propicia para apoderarse de Eugenio y hacerle el instrumento de su venganza.

La joven le ocultó en su casa, y haciéndole pasar por un criado suyo, le sacó de Venecia y se lo llevó a Nápoles, de allí pasó a Palermo y finalmente llegaron a Roma.

De este modo consiguió desorientar a las autoridades de Venecia y en Roma el joven pudo ya respirar tranquilo.

Inútil es decir, que entre ambos jóvenes no sólo existía ya como lazo de unión el del agradecimiento por parte de Eugenio, sino también el del amor.

Olimpia llegó a apasionarse por aquel hombre que si no tan perverso como ella, era vicioso, desvergonzado y atrevido.

Entregado por completo al juego, unas veces ganando y otras perdiendo, pasaba la vida, mientras Olimpia trataba de averiguar donde podía encontrarse Rosendo, el segundo hijo del conde, que sabía estaba viajando.

La casualidad le proporcionó saberlo.

Leyendo un día los periódicos, en la reseña de una recepción que había tenido lugar en la Embajada española, entre las personas que a ella habían asistido se citaba al conde de Laval.

Desde este momento se dedicó a buscarle y lo consiguió, y ya hemos visto como consiguió que el joven Rosendo fuese a su casa.

*
* *

Cuando la camarera entró en el aposento de su señora, ésta que se hallaba indolentemente reclinada sobre una *chaise-longue*, alzó la cabeza, y mirando con anhelante expresión a la recién llegada, la dijo:

—¿Le has visto?

—Y vendrá, señora, por más que al principio se mostraba algo reacio, diciéndome que se marchaba mañana a su patria.

—Pero tú habrás insistido, sin duda.

—La prueba es que me ha ofrecido no faltar.

—Está bien, Florina. Puedes retirarte.

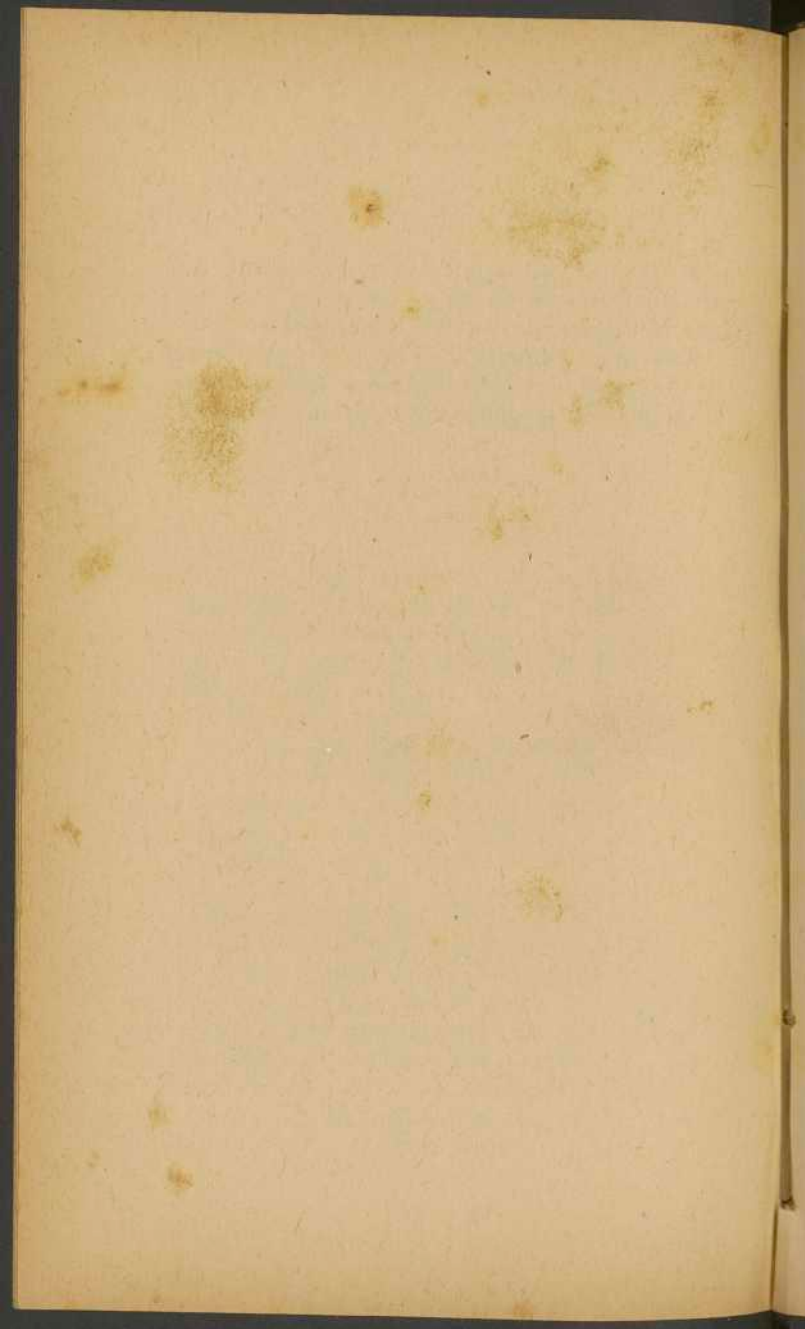
Una vez sola Olimpia, abandonó su asiento y frunciendo el entrecejo, murmuró:

—No hay remedio. La suerte está echada y el conde no debe salir de aquí. Después del sueño del amor, el de la muerte. Quiera el cielo que Eugenio haya perdido esta noche.

Y sacando de un mueble que había en el aposento un botecito de cristal, añadió:

—Este anestésico, cuya composición me dió Paolo, hará lo principal. Así facilitaré la tarea de Eugenio.

Y dirigiéndose a un tripode de ébano, sobre el cual había un jarrón de porcelana con un ramo de flores, las roció perfectamente con el líquido que contenía el bote de cristal, cuidando de tener separada la cabeza del ramo mientras practicaba aquella operación.



II

PAOLO, EL PESCADOR

Olimpia volvió a ocupar su asiento una vez que terminó, murmurando:

—Es menester que Eugenio se salve a costa de su hermano, y se salvará. Mi madre quedará vengada de la condesa que la obligó a ser lo que fué y Eugenio se verá obligado a darme su mano, puesto que yo le habré hecho conde de Laval.

En este momento abrióse la puerta del aposento y la graciosa camarera apareció en ella.

—¿Qué quieres, Florina?—preguntó la dama.

—Acaba de llegar un pescador que dice quiere devolver a la señora una sortija.

—¡Oh! Que pase,—exclamó Olimpia llena de alegría.—La sortija que se me cayó ayer al río cuando estaba asomada a la terraza. ¡Que entre, que entre al momento!

Poco después, un gallardo mancebo, vistiendo el airoso traje de los pescadores del Tíber,

penetró en el aposento, con el gorro en una mano y en la otra una sortija.

Al verle Olimpia no pudo menos de palidecer, exclamando:

—¡Paolo!

—El mismo, señora,—repuso el pescador adelantándose hacia la joven.—Ya sabe usted que se lo había anunciado en Venecia. Donde usted fuese yo iría también, como la sombra sigue al cuerpo. Por usted abandoné a mi madre, por usted perdí mi bienestar, y la seguiré a todas partes hasta que usted comprenda el mucho daño que me ha causado y la necesidad en que estoy de una recompensa.

—Eso es una locura, Paolo,—repuso Olimpia con dureza.—Aquello no fué más que un sueño del cual no debía usted conservar recuerdo alguno.

—No fué eso lo que me dijo usted el día en que para alcanzar el secreto de aquel maldito brebaje que mi madre componía, consiguió usted enloquecerme. «Toda la vida», así me dijo usted, toda la vida mía te pertenecerá siempre. Te daré tanto amor cuanto tú puedas apetecer; tanto oro como puedas desear».

Eso fué lo que usted me dijo y yo fuí tan necio que renuncié al oro y solo me reservé el amor.

—¿A qué recordar lo que ya no tiene remedio?—dijo Olimpia desdeñosamente.—¿Viene usted en busca de oro? Pida lo que quiera.

Algo muy terrible debió cruzar por la imaginación del pescador, porque sus ojos brillaron de un modo siniestro y dió un paso hacia la joven.

Esta se incorporó vivamente, pero Paolo se detuvo, pasóse la mano por la frente cual si pretendiera desechar la idea que se le había ocurrido, y dijo:

—Guárdese usted su dinero cuya procedencia tal vez mancharía mis manos que hasta ahora no han cometido otra fechoría que la de haber entregado a usted un secreto del cual yo había prohibido a mi madre que hiciera uso.

Usted oyó hablar de las pomadas y de los untos que hacía mi madre, con el pretexto de adquirir alguno (de ellos se presentó en nuestra cabaña; la preguntó si entre tantas composiciones como tenía para curar ciertas dolencias, tenía alguna para matar y la pobre vieja tuvo la debilidad de contestarle que sí, pero que yo, su hijo la había exigido que jamás hiciera uso de aquella composición.

—No hay necesidad de recodar todo lo que pasó entonces, — dijo Olimpia queriendo interrumpir a Paolo.

Pero éste prosiguió:

—Entonces, usted trató de ganarse mi cariño.

Yo no podía comprender toda la maldad que se encerraba en su pecho. No había amado jamás y usted supo fascinarme, enloquecerme, y con el veneno de sus besos y de sus caricias consiguió usted que le entregase el fatal veneno que yo había prohibido a mi madre que hiciera uso. Después... después me abandonó usted, ¿para qué la servía ya? Tarde conocí mi error, pero usted no había contado con que la reacción en caracteres como el mío suele

ser terrible y terrible fué el juramento que hice y del cual la dí noticias.

—Juramentos isensatos,—repuso Olimpia con frialdad—no merecen ser recordados.

—Yo lo recuerdo siempre y haga usted porque no se agote mi paciencia, señora, porque el día en que eso suceda, como será, porque sus maldades se habrán sobrepuesto ya al amor maldito que usted me inspiró, todo habrá terminado para usted.

Olimpia no pudo menos de estremecerse, pero trató de sonreír, diciendo:

—¿Y ha sido para eso únicamente para lo que ha venido usted a verme?

—No señora. He venido para exigirle que me entregue la fórmula de aquella maldita composición y a devolverle esta sortija que ayer se le cayó al río.

Y el joven presentó a Olimpia la sortija.

—En cuanto a lo primero,—dijo la dama,—como no he tenido necesidad de hacer uso de ella tiempo ha que la destruí, y respecto a lo segundo, como para recobrar esa alhaja habrá corrido usted un gran peligro, dígame lo que le he de dar.

Otra vez, el semblante de Paolo, tomó una expresión tal, que Olimpia llevó instintivamente la mano al timbre para llamar a sus criados.

Pero Paolo se repuso en seguida y dijo:

—No tenga usted miedo, señora. Todavía soy dueño de mí.

Pero guárdese usted el día en que ya no pueda serlo.

Y el pescador, sin añadir otra palabra, ni esperar a que Olimpia le dijera nada más, salió de la estancia.

*

* *

Una vez sola, respiró libremente la italiana, y fijando sus ojos en la puerta por donde se había marchado Paolo, murmuró con un acento indescriptible:

—¡Necio! Da gracias a que hay otro asunto más importante para mí que tus locas amenazas. Al momento iba a devolverte la fórmula de esa composición que conseguí arrebatarte. Tentada he estado de hacerle aspirar el aroma de esas flores y hacerle sucumbir aquí, a mis pies.

Por fortuna pronto estaré lejos de Italia y ese insensato no podrá presumir donde habré ido a parar.

Y mirando el reloj que había en el aposento, añadió:

—La hora se acerca.

—Hubiera estado gracioso que el conde hubiera llegado estando aquí ese hombre.

Y se levantó, empezando a pasearse por la habitación.

Después se aproximó al espejo, estuvo mirándose un rato y una sonrisa de satisfacción vagó por sus labios.

—Muy insensible—murmuró—había de ser el conde para poder resistir el poder de mis encantos.

Quiero salvar a Eugenio porque él puede darme el nombre que necesito y estoy segura que seré irresistible.

Y de nuevo volvió a sentarse, sumergiéndose en profundas meditaciones de las que fué a sacarla Florina anunciándole que el conde acababa de llegar.

III

LA INFAMIA

Al escuchar el anuncio de Florina, Olimpia tomó una postura verdaderamente seductora, y acomodando los finísimos encajes que cubrían su seno, disponiéndolos de modo que por lo que la vista pudiera alcanzar la imaginación formara aventajada idea de lo que no descubría, dió orden a la doncella para que entrase el conde.

Un momento después, Rosendo aparecía en la puerta.

Al ver a la joven, fué tal la impresión que recibió, que se detuvo en el umbral cerrando los ojos como deslumbrado ante aquella soberbia hermosura.

—Aproxímese usted, caballero—dijo Olimpia sonriendo—aproxímese usted, que licencia tiene para ello.

—Dispense usted, señora—repuso el joven recobrando su aplomo, acercándose a la dama y estrechando la mano que le tendía,—dispense usted, repito, el momento de vacilación que he

tenido. Cuando no se está acostumbrado a ver el sol queda uno deslumbrado ante el fulgor de sus rayos.

Galante como buen español—dijo Olimpia ofreciendo un asiento a su lado en *chaise-longue*. ¡

—Como buen español—repuso el joven conde—y de serlo me honro, mis labios no dicen nunca más que la verdad. Confieso ingenuamente que no esperaba encontrar una belleza tan seductora como la que estoy contemplando y que en realidad hubiera sentido salir de Roma sin haberla conocido.

—¿Pero es de veras que marcha usted mañana, según me ha dicho mi camarera?

—Tan verdad, que si hubiera podido ponerme en marcha, hoy mismo lo hubiera hecho sin detenerme un momento.

—¿De modo—dijo la joven mirando fijamente a Rosendo—que a pesar de la palabra que me empeñó usted hace tres meses en Florencia, iba usted a marcharse sin haberse despedido de mí?

—¿Que yo empeñé a usted una palabra en Florencia?—exclamó el conde sorprendido.

—¿Acaso no lo recuerda usted ya?—preguntó Olimpia con un aplomo admirable.

—Confieso a usted que no recuerdo tal cosa.

—Vamos, caballero, si es que se ha propuesto usted negar el compromiso de entonces, eso es distinto.

—Pero señora, niego lo que no ha existido.

—Está bien—repuso Olimpia con seriedad.—Dispense usted el error que he padecido. No

quiero retenerle más, puede marcharse cuando guste.

Y la joven hizo un movimiento para tocar el timbre dando aviso a los criados.

Pero Rosendo la detuvo, diciéndola:

—Vamos a ver, amiga mía. Seamos francos; ó es una broma que pretende usted darme aún cuando no estamos en carnaval, o no acierto a comprender como me dice usted que nos hemos visto en Florencia, y que nuestras relaciones han tenido cierto carácter de intimidad según se desprende de sus palabras, cuando puedo a usted asegurar por mi fe de caballero que cuando he entrado aquí hace un momento era la primera vez que había tenido el placer de verla.

—Será verdad — exclamó Olimpia, afectando una seriedad y una confusión encantadoras.— Efectivamente—prosiguió mirando fijamente a su interlocutor—el sonido de su voz me parece ahora que no es del mismo que había jurado amarme toda la vida. ¡Pero Dios mío, si son sus mismos ojos, si es su misma figura: es usted el mismo que me trató en Florencia. ¿Qué significa esto?

—No lo comprendo—repuso el joven.—Aunque es verdad que en esa época estaba yo allí.

—¿Y no se acuerda usted que nos encontramos un día en la catedral, que al salir yo me ofreció usted agua bendita, que con este motivo cruzamos nuestros primeras palabras, que me visitó usted en mi residencia, que allí cruzamos nuestras primeras palabras de amor, que allí me juró usted...? ¡Pero Dios mío, si no puede ser que yo me haya engañado de este modo! ¿No es usted el conde de Laval?

—Sí señora.

—¿No se llama usted Eugenio.

—¡Eugenio! Ahora me lo explico todo—exclamó Rosendo, dándose una palmada en la frente.—No puede usted imaginarse cuantos deseos tengo de encontrar a ese Eugenio que sin duda se me parece tanto que desde mi estancia en Italia una porción de personas me han confundido con él. ¿Y ese hombre se titula conde de Laval?

—¡Oh! eso no. Cuando ví a usted en Roma, excitada porque no me había usted buscado, según quedamos al separarnos de Florencia, despechada y celosa, traté de hacer averiguaciones respecto a su personalidad y entonces supe el título que llevaba usted. Todavía estuve esperando algún tiempo, hasta que al fin no pudiendo dominar la cólera que su proceder me inspiraba, resolví valerme del misterio para que viniese usted a mi casa.

*
* *

Había tanta sinceridad en esta manifestación de Olimpia, que el conde no pudo menos de creerla, con mayor motivo cuando que ya existía el precedente de que en diversas ocasiones le habían confundido con aquel Eugenio, de quien le hablaba la dama.

Por un momento pensó el joven abandonar aquella casa, donde sólo por efecto de una equivocación había entrado, pero al contemplar los encantos que aquella mujer encerraba, al pensar en lo delicioso que sería una sesión de amor con tan seductora compañera, desistió de sus propósitos y cogiéndole una mano, que Olimpia no trató de retirar, le dijo:

—No puede usted imaginarse la desagradable impresión que me ha producido lo que me acaba usted de decir. Al entrar en esta casa y al ver a usted, parecíame que las puertas del paraíso se me acababan de franquear, y que la más encantadora de sus mujeres iba a descu-

brir ante mí todo un mundo de placeres, en los cuales había de saturarse mi alma de tal manera, que olvidase todas las demás afecciones, todos los demás sentimientos que hasta ahora hubiera podido abrigar mi corazón. En suma, señora, creí que mi vida entera al fundirse en el crisol de su amor, iba a trasformarse de tal modo, que nuestras dos almas se confundieran en una sola. Por desgracia veo que me he engañado, que el paraíso que había entrevisto se ha transformado en un infierno de decepciones y que debo retirarme. Olvide usted mis palabras toda vez que comprendo que no pueden hallar eco en su corazón cuando nada me dice y le ruego avise usted a sus criados para que me acompañen hasta la puerta.

Y así diciendo el conde, se levantó disponiéndose para marchar.

Pero la astuta italiana, que había permanecido afectando una encantadora confusión mientras hablaba Rosendo, al verle dispuesto a alejarse alzó la cabeza, fijó una mirada fascinadora en Rosendo y le dijo en voz baja y temblorosa:

—Quédese usted...

.

*

* *

—¿Te acordarás de mí, hermoso caballero?
—decía poco después la italiana desprendiéndose de los brazos de Rosendo.

—¡Siempre!—repuso éste apasionadamente.—
Te prometo solemnemente que una vez llegue a mi casa y abrace a mi madre que está deseando verme, regresaré a Roma ansioso de estrecharte entre mis brazos.

—Para que no te olvides de mí y que siempre que la veas te recuerde la mano que te la dió, voy a regalarte una flor.

Es una *perpétua* que no se marchitará nunca.

Y Olimpia se levantó, siguiéndola Rosendo y se aproximó al jarrón de porcelana donde estaba el ramo de flores que embalsamaba la estancia.

—¡Que flores tan preciosas!—dijo Rosendo cogiendo el ramo y aspirando con delirio su aroma.

Si en aquel momento hubiera fijado la vista en Olimpia, habría sentido un estremecimiento de horror que quizás hubiera sido un aviso beneficioso para él.

La expresión de los ojos de aquella mujer y la palidez de su semblante revelaban la ansiedad que estaba experimentando en aquellos momentos.

—Escoge tú misma la flor que me has de dar,
—dijo el conde—ofreciendo el ramo a Olimpia, después de haberlo aspirado con verdadera fruición.

Mas al observar la agitación de la joven, quedose sorprendido, preguntando:

—¿Qué es eso, qué tienes?

Pero no pudo decir más, desmesuradamente abiertos los ojos, sintió que el suelo se desvanecía debajo de sus pies y cayó en tierra como herido de un rayo.

La italiana, sombría, terrible como la fatalidad, le contempló un momento, diciendo después:

—Era necesario.

*

* *

Inclinóse después sobre el inerte cuerpo y empezó a registrar los bolsillos del traje que vestía Rosendo.

En la cartera llevaba el conde todos los documentos que acreditaban su personalidad, las últimas cartas que había recibido de su madre y de una prima que vivía en compañía de ésta, y con lo cual según se desprendía de aquellas cartas estaba concertado el casamiento de Rosendo.

En la última carta de su madre le decía ésta, contestando a otra de su hijo en la que sin duda éste le hablaba de aquel Eugenio que tanto se le parecía según le habían dicho, que hiciera todo lo posible por encontrarle, que no omitiera diligencia alguna, y que si llegaba a dar con él, buscara el medio de llevársele con-

sigo, porque si era quien se figuraba, tenía que hacerles una importante revelación.

—No creí que de tanto pudieran servirme los documentos que el conde lleva encima—dijo aquella mujer después que los hubo leído.—Con esto y todos los datos que por espacio de tanto tiempo he conseguido reunir, Eugenio podrá presentarse en Burgos como el verdadero conde de Laval. Ahora sólo falta que Eugenio concluya la obra que yo he principiado. El efecto de este anestésico, según la madre de Paolo me aseguró, puede durar diez o doce horas. Ahora está inerte, no puede defenderse. Un sólo golpe y el Tíber se encargará de guardar nuestro secreto.

Y aquella mujer, sin remordimiento y sin temor por la infamia que había cometido arrastró el inerte cuerpo de Rosendo hasta el lecho, le depositó en él, corrió las cortinas para ocultarle a las miradas indiscretas y después arreglando el desorden de su traje volvió a sentarse, leyendo detenidamente todos los papeles que había encontrado en los bolsillos de su víctima.

Después de que se hubo enterado minuciosamente de aquellos papeles, hizo sonar el timbre y dijo a Florina, que acudió:

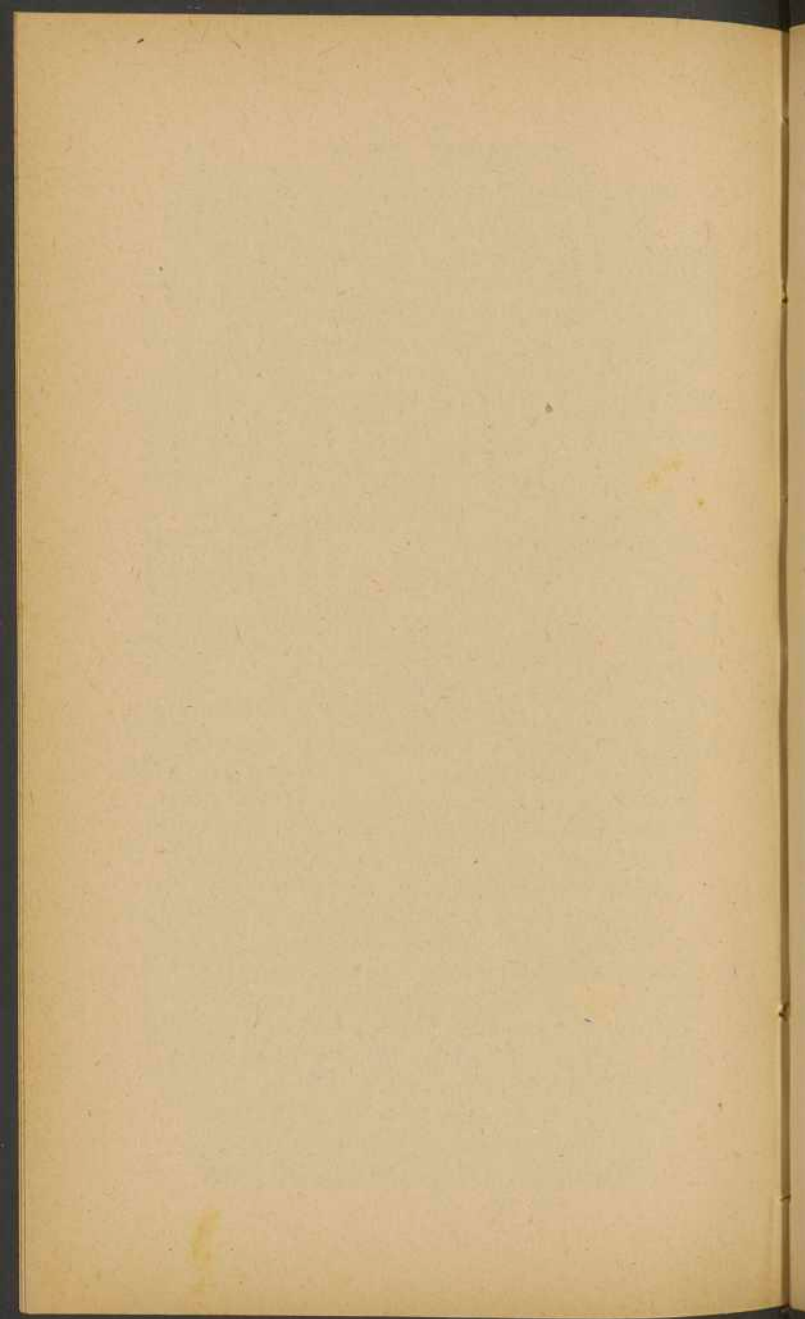
—Puedes retirarte; da orden de que se acuesten los criados que yo esperaré a Eugenio.

Le camarera miró curiosamente a todas partes como buscando al conde, y su señora que comprendió el significado de aquellas miradas, la dijo sonriendo:

—No había necesidad de que le viese nadie y se ha marchado por la misma puerta por donde

entrará Eugenio. Puedes irte a acostar tranquila.

Retiróse la camarera, y a las tres de la madrugada entraba Eugenio en la habitación de Olimpia, de un humor detestable sin duda, porque al entrar lanzó una exclamación de ira, arrojando el sombrero sobre una silla con un movimiento nervioso.



IV.

EN BURGOS

Llena de impaciencia esperaba el correo la condesa de Laval.

Varias veces había preguntado a su sobrina que a corta distancia suya estaba bordando, si había llegado el cartero y siempre la respuesta había sido la misma:

—No, tía; todavía es temprano.

—Me parece que otras veces a estas horas había ya recibido la carta de mi hijo.

—No tengas cuidado, que Rosendo, estoy cierta que habrá contestado el mismo día que recibió tu carta.

—Pero, ¿y si no estaba en Roma?

—Ya nos lo hubiera dicho como ha hecho otras veces que se ha trasladado de un punto a otro.

—Este hijo mío, con esa misma afición a

viajar que había tenido su padre, ¡cuántas lágrimas me ha costado ya!

—Ya sabes tía que en su última carta decía que deseando complacerte este sería su postrer viaje, que ya no se separaría más de nosotras.

—Me parece que no voy a ver ese día,—repuso la condesa con voz dolorida.

—No digas eso, tía,—contestó la joven dejando la labor y abrazando cariñosamente a la condesa.—Si tú comprendieras el dolor que me causas cuando hablas de ese modo...

—¡Ay Carmen de mi alma! ¡he sufrido tanto, tan grandes son mis penas, que apenas si puedo comprender como he podido resistirlas!

—Yo creo que lo que tienes es mucha aprensión. Ya sabes que te lo dice siempre el doctor Hernández.

—¡El doctor! Es un buen amigo que pretende infundirme aliento; pero yo sé muy bien como estoy, y francamente, no quisiera morir-me sin haber abrazado a mi Rosendo y sin dejar asegurada tu suerte.

¡Si mi suerte, querida tía, está de sobra asegurada con que deseches todas esas lúgubres ideas que te atormentan y no vea siempre llenos de lágrimas tus ojos!

—Eso es imposible, Carmen. Son tantos los dolores que han pesado y pesan sobre mi vida, que la alegría ha desaparecido para mí sin esperanza alguna de recobrarla.

*
* *

En este momento, sonó el timbre de la verja del jardín y la condesa exclamó:

—¿Si será el cartero? Anda Carmen, hija mía, anda a verlo.

Precipitadamente salió la joven del aposento y poco después volvía, llevando en la mano algunos periódicos y cartas, exclamando alegremente al entrar en la habitación:

—¡Tía! ¡Tía! ¡Hay carta de Rosendo!

—¡Dame! ¡dámela!—exclamó la condesa cogiendo la que le entregaba Carmen.

Con temblorosa mano la abrió precipitadamente, la leyó y exclamó después:

—¡Viene, hija mía! ¡Viene! Tal vez mañana esté aquí.

—¿Lo ves? ¿Ves como yo tenía razón aconse-

¡ándote que no te desesperases? ¿Qué dice? ¿qué dice?

—Que ha estado un poco indispueto, por cuya causa se vió obligado a detener el viaje. Pero ahora que ya está mejor, piensa ponerse en marcha tres días después de la salida de esta carta. ¡Ya ves si yo tenía razón para estar inquieta! Ha estado enfermo y, ¿quién le habrá asistido? ¿cómo es posible que hayan podido cuidarle en un hotel, como pudiera haberlo hecho su madre? No, no, que venga, y que no se separe más de nosotras. Si ha salido tres días después de la fecha de esta carta, lo que digo, mañana debe llegar.

—Me parece que pondrá un telegrama avisando la salida.

—Ya me lo dice aquí; de modo que el telegrama lo recibiremos hoy.

Efectivamente, aquel mismo día la condesa recibió un telegrama de su hijo anunciándole su llegada.

Un movimiento extraordinario reinaba poco después en la morada de los condes de Laval.

La condesa quería que su hijo encontrara completamente transformados los adornos y el mobiliario de las habitaciones de aquél.

Tres años hacía que el joven conde estaba viajando y en todo aquel tiempo, la pobre madre puede decirse que no había disfrutado de un momento de tranquilidad.

El expreso de Francia llegaba a Burgos cerca de las nueve de la noche, y lo mismo a Elena que a su sobrina les parecían un siglo las horas que faltaban para la llegada de Rosendo.

*
* *

Mientras que tía y sobrina se estaban comunicando sus impresiones respecto al cambio que los viajes, durante tan larga ausencia, podían haber introducido en el joven conde, en un reservado de primera del expreso hablaban misteriosamente dos viajeros que eran Olimpia y Eugenio.

—Vas a jugar ahora,—le decía Olimpia—la última carta. Ten mucho cuidado, no cometas alguna falta que pudiera costarte muy cara. No olvides ninguna de mis instrucciones. Te he dado una posición, te he dado un nombre y estamos unidos para siempre por un vínculo que sólo la muerte puede romper. Ya sabes que eres el prometido de esa sobrina que vive con tu madre y excuso decirte que ese matrimonio no se puede realizar.

—Pero bien, ¿qué quieres decirme con todo eso?—repuso con alguna impaciencia Eugenio.

—Me has repetido muchas veces eso mismo y sé sin que te esfuerces en demostrármelo, que estoy unido a tí con el grillete del crimen. No tengas cuidado, que no lo olvidaré. Me has empujado hasta el fondo del abismo y como sé, por desgracia, que no puedo salir de él, no intentaré siquiera dar un paso para salvarme.

—¡Crimen! ¡crimen! Mentira parece que una persona como tú, hable de crímenes. En la vida no existen más que necesidades. Se da muerte a un animal para satisfacer el hambre. Se quita de en medio una persona cuando estorba para satisfacer una ambición o para evitar un peligro. ¿Qué porvenir hubiera sido el tuyo, al no cruzarme yo en tu camino? Hubieras ido a un presidio y al salir de allí, no uno, cien crímenes hubieras cometido instigado por la necesidad. En fin, el tren se aproxima a Miranda y allí nos hemos de separar. Tú llegas a Burgos esta noche, y yo llegaré mañana. Ya sabes que voy a parar al Hotel de París. Allí te espero mañana por la noche.

—Iré,—contestó con sequedad Eugenio.

Poco después el tren se detenía en Miranda; Olimpia con otros viajeros descendió de él y Eugenio cada vez más sombrío, cada vez más preocupado, llegaba a Burgos a la hora reglamentaria.

Afectando una alegría y una impaciencia extraordinaria, ocultaba bajo este aspecto la inquietud que sentía.

Y como en la estación habría quizás otras familias que también estarían esperando, deudos, o amigos, no podría distinguir a las perso-

nas que como era lógico debiera reconocer en el primer momento.

Su única esperanza era que si él no conocía personalmente a su madre y a sus criados, una y otros le conocerían inmediatamente dado su asombroso parecido con Rosendo, facilitándole de este modo aquella situación que no estaba exenta de dificultades.

Por esta razón púsose de pie sobre el vagón y asomando la cabeza por la ventanilla, dirigía curiosas miradas a todas partes a fin de llamar la atención de cuantos estaban en el andén.

Y lo que había presumido, ocurrió en efecto.

La condesa apoyándose en el brazo de Carmen fué la primera que conoció a su hijo.

—¡Allí! ¡allí está mi Rosendo! exclamó y empujando a su sobrina y a sus criados se adelantó hacia el vagón.

*

* *

Eugenio escuchó aquellas palabras, y se precipitó fuera del carruaje, cayendo en los brazos de su madre que le besaba apasionadamente.

—¡Oh! ¡madre mía! ¡madre mía!—exclamaba el joven, cuya emoción no era fingida en aquellos momentos.

Parecíale que algo se agitaba en su ser, que no había experimentado hasta entonces.

El, que apenas si conservaba memoria de haber tenido una madre, y que desconocía en absoluto el sentimiento filial, en aquellos momentos experimentaba algo nuevo, una sensación de alegría y de ventura inefables que no se parecía a ninguna de las distintas impresiones que en su azarosa carrera había experimentado.

—¿Y para mí, señorito Rosendo? para el pobre José, ¿no hay un abrazo siquiera?—decía el mayordomo de la condesa con las lágrimas en los ojos.

—Sí, mi buen José,—repuso el joven abrazando al anciano.—También tenía muchas ganas de verte, lo mismo que a todos; porque no os he olvidado nunca.

—¿Nada le dices a tu prima?—exclamó la condesa señalando a Carmen que miraba atentamente a Eugenio.

—Ya sabe mi prima—repuso éste abrazándola—que llevándola constantemente en mi corazón he creído que siempre estaba a su lado; así que su presencia no me ha sorprendido tanto.

—Está muy hermosa. ¿No es verdad hijo mío?

—Sí, madre mía. Está como la he soñado durante mi ausencia.

—Pero ahora no te separarás más de nosotras. ¿No es cierto?

—No. A vuestro lado permaneceré siempre, porque comprendo que aquí es donde existe la verdadera felicidad.

—¡Benditos sean tus labios que pronuncian tan dulces palabras para el corazón de una madre! Vamos, hijos míos, vamos a casa. Necesitarás descansar después de un viaje tan largo.

Los criados se encargaron de recoger el equipaje de su señor; la condesa, Carmen, Eugenio y el mayordomo entraron en el coche que les esperaba fuera de la estación y poco después penetraba Eugenio en la morada señorial de sus padres.

*
* *

Una vez en ella, multitud de preguntas le hicieron tanto su madre como Carmen, así respecto a sus viajes como de otros asuntos relacionados con diversas personas conocidas del conde.

Por más esfuerzos que hacía Eugenio para no cometer una indiscreción que pudiera despertar alguna sospecha en las personas que le hablaban, había algunos momentos en que se quedaba suspenso, siendo necesario que Carmen o su madre le dijeran:

—Pero hijo mío, ¿cómo te has olvidado de eso que conocías tan perfectamente como nosotros?

—Sí, sí, ya me acuerdo. ¿Qué queréis que os diga? En estos viajes míos he sufrido tantas y

tan diversas impresiones, he conocido tantas personas, he sido testigo de tantos hechos, que a veces me confundo, olvido unos para recordar otros y es necesario que haga un gran esfuerzo de imagnación para recordar sucesos que se habían desarrollado pocos días antes.

—Sí, sí, ya lo comprendo,—contestaba la condesa.

Eugenio deseaba sustraerse cuanto antes a la observancia cariñosa de su madre y de Carmen.

Tenía necesidad de quedarse solo para recordar las noticias de que había hecho una vasta recopilación Olimpia, y que en aprenderlas bien había pasado el tiempo que medió entre el suceso de Roma y su llegada a Burgos.

Se habló también de aquella enfermedad que había acometido al joven, después de la carta que escribió a su madre, anunciándole su salida.

Pero el momento más cruel que tuvo el joven, fué cuando al ir a recogerse en sus habitaciones, la condesa fué siguiéndole hasta ellas y cerrando la puerta del aposento, le dijo:

—Ahora hijo mío es necesario que hablemos.

—De qué madre mía.

—De un asunto muy grave y que te interesa en gran manera.

—¿No podíamos dejarlo para mañana...? Estoy tan cansado.

—Ya lo comprendo, pero como en realidad entraba por mucho en mi deseo de verte, algunas preguntas que había de dirigirte y algunas noticias que te he de dar, no he querido

por esto demorar por más tiempo esta entrevista.

—Pues bien, madre mía, hablemos, puesto que tan necesario lo juzgas.

—Quiero hablarte de tu padre y de tu hermano.

V

Al oír Eugenio que la conversación iba a referirse a su padre, no manifestó gran sorpresa, puesto que Olimpia ya le había puesto al corriente de todo lo ocurrido en aquella casa por habérselo revelado Alina antes de morir, para que le sirviera de base a la realización de la venganza que perseguía.

Pero cuando le habló de aquel hermano a quien no conocía, y del cual nada le había dicho su amante, porque precisamente en esto estribaba la horrible venganza por ella meditada, su sorpresa fué extraordinaria, y mirando fijamente a su madre, exclamó:

—¡Pero acaso tengo algún hermano!

—Sí, hijo mío. Tienes un hermano mayor que tú, y eso constituye el dolor más grande de mi vida.

—No te comprendo...

—¿Te acuerdas lo que te decía en mi última carta respecto a ese Eugenio que me decías se

parecía tanto a tí, que muchas veces os habían confundido?'

Al escuchar estas palabras, fué tan grande la impresión que experimentó Eugenio, que su misma madre hubo de notarle, preguntándole:

—¿Qué es eso, hijo mío? ¿Qué tienes?

—Nada, que me ha sorprendido mucho lo que acabas de decirme.

—Te decía en mi carta, que debes tener muy presente, que hicieras cuantas pesquisas te fueran posibles, que derramaras el dinero para encontrar a ese homónimo tuyo, y que procuraras traértelo contigo.

—Pero bien, ¿que interés tenías respecto a ese hombre?

—Quería verle, porque desde el momento que me dijiste su nombre y extraño parecido contigo, surgió en mi mente una idea, que solo viéndole podía satisfacerme.

—¿Y esa idea?—dijo el joven con anhelante acento.

—Esa idea, ¡hijo de mi alma! era la de que ese Eugenio, ese que tanto se te parece, sea él hijo que tu padre arrebató de mi lado cuando contaba sólo cuatro años de edad, sin que desde entonces haya podido saber nada de él.

—¡Oh! ¡madre mía! ¡madre mía!—exclamó Eugenio abrazando estrechante a su madre y cayendo desvanecido en sus brazos.

—¡Rosendo! ¡Hijo mío!—exclamó asustada la condesa.—¿Qué tienes? ¿qué te sucede? ¡Oh! ¡qué imprudente he sido!

Y ya se disponía a llamar a sus criados, cuando el joven volvió en sí y llorando amargamente dijo a su madre;

—No, no llares a nadie. Perdóname, madre mía el susto que te he dado; pero esa revelación me ha producido un efecto tan grande, que..., créeme, quisiera quedarme solo. Estoy tan nervioso que no sé si podría continuar escuchándote con la tranquilidad necesaria para poder apreciar los hechos que trates de referirme.

—Es verdad, hijo mío. Tienes razón, yo he sido la imprudente provocando esta explicación. Mañana continuaremos, pero al menos, dime si has sabido algo de ese joven de quien me hablabas en tus cartas.

—Nada, madre mía,—repuso Eugenio con voz sorda—nada he podido averiguar en estos últimos días. Sin embargo,—prosiguió el joven con un acento indefinible;—yo te empeño mi palabra de que sabrás lo que apeteces porque a ello consagraré mi vida. Ahora, déjame, madre querida, déjame porque no sé qué cúmulos de ideas me ha provocado, tu revelación que estoy completamente aturdido.

La condesa se separó de su hijo, rogándole que se tranquilizase, y deplorando la ligereza que había cometido hablándole de aquel asunto.

*
* *

Eugenio, no quiso quedarse solo para entregarse al descanso. Al escuchar de labios de su madre aquella tremenda revelación, tuvo un momento en que estuvo a punto de arrojarse a sus pies y revelar toda la verdad.

¡Era su hermano a quien había asesinado!
¡Era a su hermano a quien estaba sustituyendo! ¿Cómo podía recibir unas caricias que no le pertenecían, un cariño del que era completamente indigno?

Y como es consiguiente, al horrorizarse de lo que había hecho, al comprender toda la magnitud de su culpa, necesariamente tenía que pensar en Olimpia, en aquella mujer autora de todo, en aquella mujer a quien estaba unido por los lazos de aquel crimen horrible, cuyas consecuencias tenían que ser tan desastrosas.

¿Cómo era posible que pudiera continuar por

más tiempo en aquella casa, donde había llevado la desolación y el llanto?

Continuar mintiendo ya era imposible, después de lo que había sabido.

Revelar la verdad, era matar a aquella pobre madre que tanto había sufrido sin duda alguna, según podía comprender por lo que le indicara únicamente.

¿Qué hacer en semejante situación?

En que hora tan infausta para él se había cruzado Olimpia, en su camino.

Antes de conocerla, no era más que un jugador, un vividor de mal género, pero en sus manos no había una sola mancha de sangre.

Pero desde que conoció a la italiana, sus faltas se habían acentuado más, hasta que finalmente se manchó con el crimen.

¡Y qué clase de crimen era el suyo!

El más inicuo, el más horrible de todos...

Tras el fratricidio, la usurpación de estado civil, la sustitución del muerto por el que le había asesinado.

¡Y su mano, la misma mano que había empuñado el arma homicida estrechaba la mano de la infeliz madre a quien había privado de su hijo!

¡Esto era horrible! ¡Esto no tenía nombre!

El no podía continuar viviendo en aquella casa donde más tarde o más temprano se descubriría la verdad y esta verdad causaría la muerte de la condesa que tendría entonces que llorar la suerte de sus dos hijos.

Eugenio no durmió aquella noche.

¿Cómo era posible que durmiera, cómo era

posible que descansara en aquella misma habitación que había ocupado siempre el hermano, a quien él había quitado la vida.

Un terror extraordinario le dominaba.

El, que nada había temido, que tenía fama entre la gente de su jaez de ser valiente hasta la temeridad, sentía un miedo extraordinario.

Deseaba que amaneciera porque la obscuridad de la noche le asustaba.

*
* *

Cuando a la mañana siguiente la condesa entró en las habitaciones de su hijo para saber como había pasado la noche, no pudo menos de sorprenderse al advertir la alteración que se reflejaba en el rostro de Eugenio, reproducción externa del estado de su pecho.

Y no advirtió que el joven ni se había acostado siquiera, porque éste tuvo la precaución de deshacer la cama y de cambiarse de traje.

—¿Qué tienes, Rosendo?—le preguntó la condesa llena de inquietud.

—Nada, madre mía, nada. ¿Qué quieres que tenga estando a tu lado?

—No; a tí te sucede algo. Tu rostro está denunciando un trastorno que no acierto a explicarme y que me llena de inquietud.

—Te digo que no tengo nada. Nada más que la impresión que me produjo lo que anoche me

dijiste y que no he podido borrar de mi pensamiento un solo instante.

—¡Oh! Yo he sido la culpable, hijo mío. Tienes razón. Cometí la imprudencia de revelarte lo que hasta ahora habías ignorado. Pero estaba tan ansiosa de conocer antecedentes de ese desdichado que tanto se parece a tí...

—Y que yo te prometo encontrar, madre mía. No tengas cuidado. Ahora lo único que necesito es que acabes de revelarme todo lo que resta de tu secreto.

—No. Ahora no. En otra ocasión te lo contaré todo, por más que mucha parte de los dolores de mi vida ya los conoces.

—Sí, es verdad,—repuso Eugenio,—la muerte de mi padre...

—¡Qué! ¿Qué has dicho? ¿Que tu padre ha muerto? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

Eugenio comprendió que había cometido un disparate y lleno de confusión repuso:

—Como nada... se ha sabido de positivo...

—Es verdad,—dijo Elena con tristeza.—Tu padre no ha querido que supiésemos nada de él, y sin embargo, hace poco más de tres años, cuando tú marchaste a Canarias, tuve noticias de él.

—¡Noticias! ¡Y nada me escribiste!

—¿Para qué? Las noticias eran poco satisfactorias y no quise entristecerte con ellas.

—¿Estaba enfermo acaso?

—No. Un amigo, el marqués del Solar que estaba en París a la sazón, me dijo que había sido el héroe de una aventura con una cortesana muy célebre, una mujer a quien llamaban la

Venus por su hermosura y a cuya hija decían que tu padre había seducido.

—¿Qué dices?

Y Eugenio se vió obligado a hacer un poderoso esfuerzo para dominarse.

Sabía que la madre de Olimpia era aquella cortesana y que madre e hija habían tratado de vengarse de un noble que las había ultrajado.

—Sí, hijo mío,—continuó la condesa.—Parece que se produjo un gran escándalo en París, donde tu padre se había presentado bajo nombre supuesto y creo que fué aquella mujer la que le descubrió. Desde entonces no se ha vuelto a saber nada de mi esposo ni de aquellas desgraciadas por más diligencias que hice.

*

* *

Eugenio inclinó la cabeza, temeroso de que su madre advirtiera la terrible impresión que sus palabras le producían.

—Comprendo,—prosiguió la condesa—el efecto que todo esto ha de causarte, pero es menester que lo sepas todo.

—¡Oh! sí, sí,—repuso Eugenio—quiero saberlo todo para pensar la resolución que he de tomar.

—Ninguna (ya, Rosendo. Quiero que permanezcas a mi lado, que no te separes más de mí. He sufrido mucho, mucho, hijo mío; no es posible que lo puedas imaginar.

—Perdona si no me comprometo ahora a obedecerte. Después de lo que me has dicho tengo dos deberes que cumplir y los cumpliré. Uno de ellos es el de encontrar a mi padre; otro el de buscar a mi hermano.

Eso madre, no me lo puedes prohibir. Habla, habla ahora y refiéreme todo lo que ignoro.

Y tan imperioso, tan resuelto era el acento de Eugenio, que la condesa, aún cuando trató de dilatar aquella confidencia, no pudo conseguirlo.

Eugenio hizo valer su derecho como el único representante de los condes de Laval, y Elena no tuvo otro remedio que referirle cuanto ya conoce el lector.

Con profunda atención estaba escuchando el joven y sin duda al par que su madre hablaba reflexionaba él, porque cuando la condesa terminó su relato alzó noblemente la cabeza, y dijo:

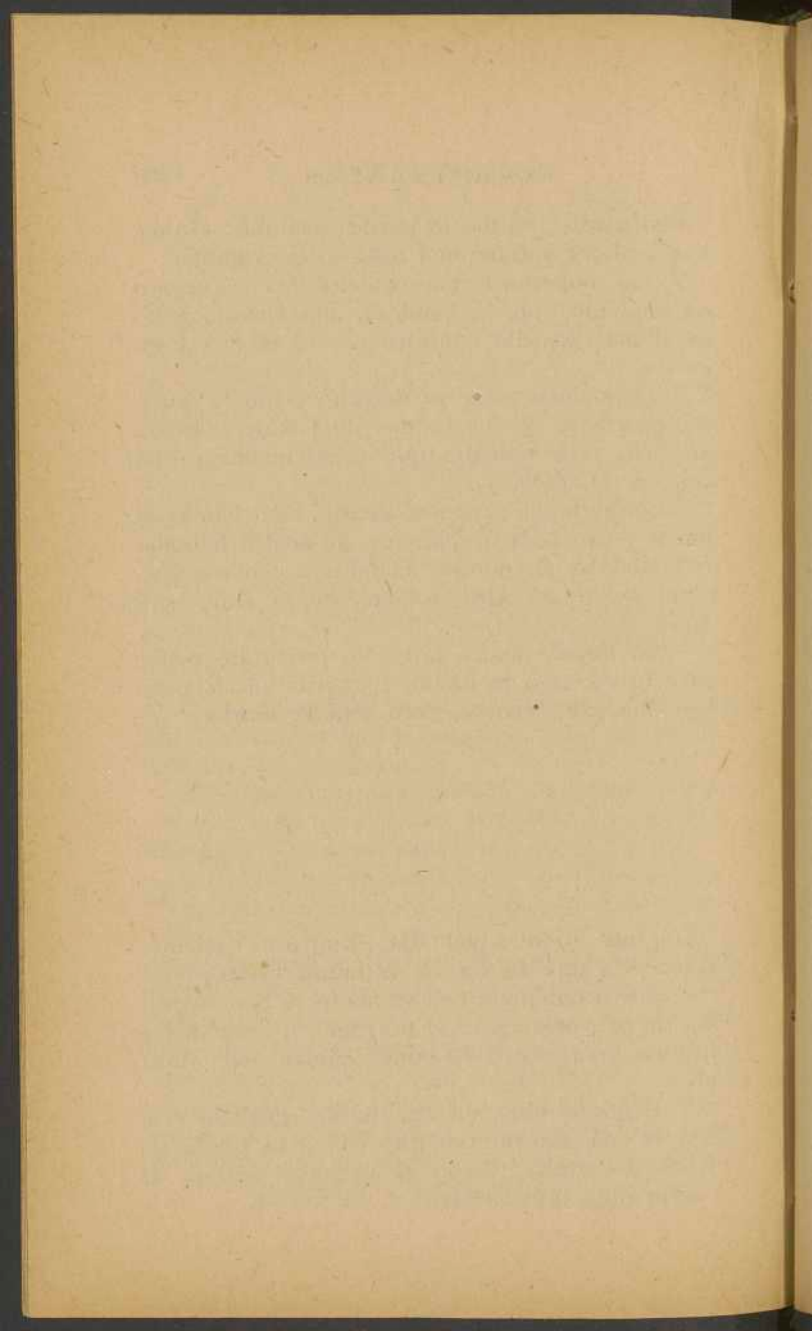
—No llores, madre mía. Yo procuraré evitar para lo sucesivo tu llanto. La crisis que has sufrido ha sido terrible, pero será la última.

*

* *

Durante todo aquel día, Eugenio haciendo alarde de una fuerza de voluntad extraordinaria, estuvo hablando con su madre y con su prima de proyectos para el porvenir, deseando que llegase la noche para poder hablar con Olimpia.

Y llegó la hora en que había quedado con ella el día anterior en que iría a la fonda de París a visitarla, y con el pretexto de irse al casino salió de su casa.



VI

NO HAY SALVACION

Olimpia, a pesar de todas las amenazas que había hecho a Eugenio, para que desempeñase perfectamente su papel, no estaba tranquila,

—Por supuesto,—decía—que si comete alguna torpeza, si por un acto de sensiblería, que no tendría nada de particular que le tuviera, comprometiera toda mi combinación, el mal sería para él únicamente. Tengo tan perfectamente tomadas mis medidas que en su misma torpeza llevaría el castigo. Le tengo en mi poder y no puede escapar por ninguna parte. El, se cree que mi deseo consiste únicamente en ser su esposa y no sospecha el fin que persigo. A estas horas, su padre, ese miserable que burló a mi madre y que tan cobardemente me engañó, ya habrá recibido mi carta. Había creído que nadie conocería su retiro, y sin embargo yo le descubrí porque necesitaba encon-

trarle. Mi madre le dijo que con lágrimas de sangre lloraría lo que hizo conmigo y lágrimas de sangre estará llorando en estos momentos.

Y pensando (de este modo y recreándose con la idea (de las desgracias que había producido aquella mujer implacable, permaneció en Miranda, esperando el exprés (del siguiente día para marchar a Burgos.

Apenas hubo llegado a la ciudad y se hubo hospedado en el hotel convenido, Eugenio se presentó allí.

Cuando anunciaron su visita a la joven, ésta sonrió con expresión satisfecha, murmurando:

—Ya sabía yo que vendría.

Eugenio entró en el cuarto de Olimpia y al mirarle ésta, algo encontró en su semblante, alguna cosa terrible leyó en la alteración de sus facciones, que la hizo estremecerse.

Sin embargo, supo dominarse y preguntó con sarcástica expresión:

—¿Que tal te ha recibido tu madre? ¿Está muy hermosa tu prometida? ¿Supongo que deberás estar muy satisfecho y muy agradecido por la suerte que te he proporcionado?

—Efectivamente — repuso Eugenio con un acento que aumentó los celos de Olimpia.— Tan satisfecho estoy, que mañana mismo voy a presentarme a la autoridad delatándome como asesino de mi hermano Rosendo y de usurpador de su estado civil.

—¿Qué has dicho?—exclamó Olimpia palideciendo y cambiando en absoluto la expresión de su rostro.

*

* *

Imposible hubiera sido reconocer en ella en aquel momento a la encantadora beldad que tanto había llamado la atención poco antes al entrar en el hotel.

La cólera, el despecho, la sorpresa, todas las más innobles pasiones, todos los más perversos instintos en amalgama siniestra se reflejaban en las descompuestas facciones de aquella mujer.

Hasta su mismo acento parecía haber perdido su armonioso sonido y con sorda entonación, cual si la misma ira de que se se hallaba poseída la estuviera ahogando, hizo la anterior pregunta.

—He dicho—repuso Eugenio con la misma frialdad con que antes hablara—lo que estoy resuelto a hacer. Me has engañado miserablemente, no ha sido tu amor hacia mí el que te ha

hecho formar ese plan atrevido y terrible que ha ocasionado la muerte de un desgraciado. Me has hecho juguete de una venganza inno-ble, cobarde como son todas las venganzas y yo he sido tan necio que no he comprendido que el crimen a que me arrastrabas era solo para satisfacer tus vengativos deseos. Ahora ya lo sabes, no he venido aquí más que para decirte que hemos concluído en absoluto, que reniego de tí, que maldigo hasta de el momento en que te cruzaste en mi camino, y como que estoy resuelto a entregarme yo mismo a la justicia, a pagar con mi vida el crimen a que tú me has arrastrado, y para no tener nada de común contigo para lo sucesivo, te aviso para que evites la suerte que te aguarda. Cómplice conmigo en el delito, quiero sin embargo que te salves. Tienes tiempo todavía, márchate y cuando yo comprenda que estás en salvo, entonces cumpliré el juramento que hice esta mañana ante una madre desolada y que pada en el mundo hará que lo retire. Esto es lo único que he venido a decirte.

*
* *

Conforme había estado hablando Eugenio, Olimpia, había ido dominándose, y cuando terminó, con desdeñosa sonrisa, le preguntó:

—¿Has concluído ya?

—Sí, ya he terminado y puesto que mi misión está cumplida, aún cuando no merecías que esta consideración te guardase voy a retirarme para dejarte en libertad de que pienses lo que has de hacer.

—¿De modo, que debo agradecerte esa consideración que acabas de demostrarme? Pero, ahí tienes lo que son las cosas. No acepto esa consideración. No quiero deberte nada. Me salvaré porque debo salvarme. Pretendes acusarme. Hazlo en buena hora. ¿Qué pruebas podrás presentar que justifiquen tu acusación? ¿A quién ha podido aprovechar el crimen que has cometido? ¿A mí, de quien no pueden de-

cir más que he sido querida tuya o a tí que te has presentado en Burgos, usurpando el estado civil de tu víctima? Vamos, Eugenio, no sabes lo que te dices al suponer que tan comprometida estoy yo como tú. Anda, ve en buen hora a la autoridad, denúnciate como el asesino de tu hermano, denúnciame como tu instigadora, ¿qué pruebas puedes presentar de ello? Ninguna. Todavía conseguirás empeorar tu causa puesto que yo puedo probar que ignoraba lo que pretendías y que si lo hubiera sabido me hubiese opuesto a ello. Podrás decir que el crimen se ha cometido en mi casa. Tampoco lo puedes justificar. Es verdad que el conde entró en mi habitación, pero Rosina podría justificar que se había marchado por la puerta secreta antes de que tú llegaras y por lo tanto el asesinato podía haber tenido lugar fuera de mi casa. Ya ves que puedo estar tranquila y que el único perjudicado en esa denuncia habías de ser tú.

*
* *

Eugenio no dejó de comprender que Olimpia tenía razón; ella había procedido de un modo en que dejando toda la responsabilidad de lo ocurrido para él, se encontraba exenta de todo peligro.

En último caso, si alguna culpabilidad podía caberle, estaba disculpada con el amor que fingía tenerle.

—Pues bien—repuso Eugenio después de un momento de reflexión,—seré yo sólo el castigado. Justo es que quien ha cometido el crimen sea quien lo pague. Pero ten presente que si mañana persistes en continuar en Burgos no será solo por el crimen de mi hermano, por el que entregaré mi cabeza al verdugo. Seré culpable de otro crimen más reciente, Olimpia, y como yo sólo tengo la conciencia de tu cul-

pabilidad, como únicamente yo sé que tú me has arrastrado a la situación en que me encuentro, ya que la justicia nada puede hacer contra tí, ya que yo te tengo juzgada, seré tu verdugo. Recuerda bien lo que acabo de decirte.

Y tras estas palabras pronunciadas en voz baja, como había ido sosteniendo toda aquella conversación, Eugenio salió de la estancia, abandonando poco después el hotel.

Aterrada, temblorosa de espanto, Olimpia había escuchado las últimas palabras de Eugenio, comprendiendo, desde luego, que el joven cumpliría lo que había prometido.

Sin embargo, conforme fué transcurriendo el tiempo y desvaneciéndose la última impresión, Olimpia se pasó repetidas veces las manos por la frente para desechar las postreras nubes que ofuscaban su pensamiento y murmuró mirando la puerta, tras de la cual el joven había desaparecido:

—¡Qué necia soy en asustarme y qué necio es ese pobre loco, creyendo que le dejaré tiempo para obrar. Ya que está resuelto a entregarse a la justicia, yo le acortaré el camino.

VII

MUERTOS QUE VIVEN

No menos agitada que la anterior fué la segunda noche que Eugenio pasó en la casa de sus padres.

Su actitud durante todo el día y por más esfuerzos que hizo el joven para manifestarse alegre y satisfecho, hubo algunos momentos en que sus distracciones, hijas de la ignorancia en que estaba en algunos detalles de la vida íntima de su familia, no dejaron de llamar la atención de la condesa y de Carmen.

Y aquella noche, mientras el joven estaba en la fonda hablando con Olimpia, la condesa decía a su sobrina.

—¿No te parece, hija mía, que Rosendo ha

cambiado bastante en todo este tiempo que ha estando viajando?

—Ya lo creo, tía, como que hay momentos en que hasta parece que no es el mismo. Lo encuentro más moreno, parece que tiene más años de los que realmente tenía. Hasta su memoria está alterada.

—Ya me han llamado la atención sus distracciones—repuso la condesa—y eso es precisamente lo que más me sorprende. Respecto a lo demás no tiene nada de extraño; la fatiga de los viajes, los diferentes climas porque ha cruzado, el aire del mar, el sol de los trópicos, todo eso ha contribuido para ennegrecer su cutis y cambiar sus facciones, pero lo demás, es lo que me sorprende.

—Y a mí me parece que está muy preocupado, tía, que su alegría no es todo lo real que aparenta.

—En fin, veremos si conforme vaya permaneciendo entre nosotras van modificándose todas esas pequeñeces que hoy llaman nuestra atención.

—No sé, no sé, pero yo creo que Rosendo ha debido sufrir en el tiempo transcurrido lejos de aquí algo muy grave que no se atreve o que no quiere confiarnos.

También algo de esto mismo hablaban los crados, extrañándose de que particularmente no se hubiese dirigido a ellos el conde cuando regresó del viaje.

Uos decían que había vuelto más orgulloso que cuando se marchó, otros que sin duda con la misma alegría de encontrarse al lado de su

madre y de su futura, no pensaba más que en ellas, pero a ninguno se le ocurrió la verdad. Esto es, que el conde que acababa de llegar no era el mismo que se había marchado tres años antes de Burgos.

*

* *

El siguiente día ocurrió un incidente que alarmó de un modo extraordinario a la condesa.

A la hora de llegar el correo, entre las diversas revistas que recibía diariamente Elena, llegó una carta con el sello de Roma dirigida a ella.

Sorprendida la abrió, desprendiéndose de ella un talón de equipaje; el contenido de la carta la hizo exclamar:

—¡Dios mío; que quiere decir esto!

La carta, por el membrete que llevaba, procedía del hotel donde había estado alojado Rosendo durante su estancia en aquella ciudad.

El gerente de la casa decía a la condesa que habiendo desaparecido el conde de Laval hacía cerca de un mes sin que hubieran tenido alguna noticia de él, y sabiendo que su propósito era el de dirigirse a Burgos al lado de su familia, habían esperado tener noticias suyas, bien

porque se hubiese marchado como algunas veces lo había hecho a expediciones por los pueblos inmediatos o bien dirigido a su patria.

Pero viendo que no se tenían noticias suyas de ningún género y habiendo transcurrido más de un mes, habían resuelto enviarle su equipaje según constaba en el adjunto talón que iba con la carta.

Dos o tres veces leyó la condesa aquella carta y cada vez que la leía crecía su inquietud, hasta que por fin, con la carta en la mano, se dirigió a las habitaciones de su hijo.

*

* *

Eugenio, sombrío, preocupado, estaba paseándose por su cuarto, cuando su madre se acercó a él, diciéndole:

—Rosendo, hijo mío, mira esta carta que acabo de recibir y a ver si me explicas su contenido.

Sin saber por qué el joven se estremeció y cogiendo con temblorosa mano el papel que le entregaba su madre, no pudo menos de inmutarse al ver su contenido.

La condesa, que la miraba atentamente, advirtió aquella alteración, y dijo:

—¿No venías de Roma cuando llegaste aquí? ¿No me digistes que habías estado enfermo? ¿Dónde has pasado el tiempo desde que desapareciste de Roma hasta que viniste aquí?

—Madre mía—exclamó el joven adivinando

que en el corazón de su madre había surgido alguna sospecha.—Yo te diré...

—Habla, Rosendo, habla, porque en esto estoy viendo algo extraño que necesito que me expliques.

—Sí, madre mía, sí, tienes razón—repuso el joven oprimiéndose la frente con las manos;—es menester que te lo explique todo aún cuando me maldigas, aún cuando me desprecies, todo te lo voy a decir.

—¡Yo maldecirte! ¡Yo despreciarte! ¿Por qué? Habla, habla por piedad, porque no sé lo que presiento.

—Sí, madre, sí; bien haces de presentir algo horrible, porque muy terrible es lo que tengo que decirte.

Y el joven, como loco, fué a dejarse caer sobre una silla.

—Dios mío! ¡Rosendo! ¿Qué estás diciendo?

* *

Pero en el momento que el joven iba a hacer a su madre aquella tremenda revelación, instigado por la misma violencia de la difícil situación en que se encontraba, confuso rumor de voces que se percibió, voces que se iban aproximando, detuvo la confesión de Eugenio y obligó a entrambos a dirigir sus miradas hacia la puerta, que se abrió con violencia, y José, el anciano mayordomo de la condesa, se precipitó en la estancia, diciendo:

—¡Señora! ¡Señora! ¡Es él! ¡El! ¡El otro señorito! ¡El señorito Eugenio!

—No; Rosendo,—dijo otra voz, al mismo tiempo que el verdadero condes de Laval se precipitaba en los brazos de su madre.

Esta, confundida, se dejaba abrazar, murmurando:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eres Rosendo! ¡Mi hijo...!

¿Pero si tú eres Rosendo, quién es el otro?
¿Será Eugenio?

—Sí, madre—exclamó Eugenio que había palidecido al ver la aparición de su hermano, retrocediendo hasta el otro extremo de la habitación, aterrado ante su presencia.

Pero de repente y como si la misma desesperación que experimentaba le hubiese prestado fuerzas, se adelantó, resuelto a decir la verdad.

—No soy Rosendo. Te dije antes que iba a decirte la verdad y... vas a saberla toda entera. Vais a saberla todos,—prosiguió con feroz exaltación dirigiéndose a los criados que se habían reunido en la puerta detrás de Carmen y del mayordomo.

—Este es Rosendo, el conde de Laval. Yo soy...

—Mi hermano—exclamó Rosendo precipitándose sobre Eugenio diciéndole rápidamente y en voz baja:

—¡Calla! ¡Que lo ignore todo nuestra madre!

Después, en voz alta, continuó dirigiéndose a los criados:

—He dicho que es mi hermano. Le encontré en Italia y con él acordé que se adelantase a mi llegada para dar esta sorpresa a nuestra madre.

Desde ahora no soy yo el conde, lo es mi hermano Eugenio, primogénito en nuestra familia.

Eugenio, dominado por la grandeza y la generosidad de su hermano, le miraba lleno de asombro, sin comprender como se había salvado.

*

* *

La condesa, laturdida, llorando y riendo al mismo tiempo, decía:

—¡Sí! ¡Son los dos...! ¡No tengo duda!
¡Son los hijos de mi alma!

Y los besaba y les prodigaba toda clase de caricias, mientras el anciano José decía a los criados:

—¡Eso, eso es la verdad! ¡Este es el señorito Rosendo! El otro es el señorito Eugenio...

Ya advertía yo algo en él que no podía comprender.

Y mientras la condesa, sus hijos y Carmen formaban un grupo en el centro de la estancia confundiendo sus abrazos, sus lágrimas y sus caricias, y en la puerta, los criados comentaban aquel extraño suceso, una voz enérgica y terrible se percibió en la habitación inmediat, helando de espanto a todos los reunidos.

—¡Paso a la autoridad!—dijo aquella voz, al mismo tiempo que un inspector de policía seguido de algunos agentes de orden público penetraban en el aposento.

—¿Quién de usted,—dijo el inspector en medio del asombro de todos,—es el pretendido conde de Laval?

—Aquí no hay ningún falso conde de Laval, señor inspector—dijo Rosendo adelantándose hacia el representante de la autoridad, mientras Eugenio se abrazaba estrechamente a su madre, ocultando su cabeza en el seno de la afligida dama.

—Aquí está el verdadero sucesor de mi padre, mi hermano Eugenio, conde de Laval.

—Dispense usted,—repuso el inspector,—pero se me ha denunciado un crimen del que se acusa a una persona que llegó hace dos días a esta casa fingiéndose...

—Repito a usted que quien llegó a esta casa hace dos días fué mi hermano Eugenio, aquí presente.

—Pero ¿de qué crimen se acusa a mi hijo? preguntó la condesa mirando ansiosamente al inspector.

—De haber dado muerte a su hermano, señora condesa.

—¡Oh!

Y la pobre señora se separó violentamente de Eugenio.

Pero Rosendo, sonriendo dijo tranquilamente cogiendo a su hermano por un brazo y adelantándose con él hacia los agentes de la autoridad;

—Aquí tiene usted al supuesto asesino y en mi está usted viendo la supuesta víctima. Ya comprenderá usted que lo verdaderamente falso en este asunto es la denuncia, y la persona digna de castigo es el denunciador.

—Ya está castigado,—dijo Paolo, el pescador a quien vino en Roma amenazar tan resueltamente a Olimpia; y el joven, que había permanecido entre el grupo de criados y de agentes de la autoridad que había en la puerta, penetró en el aposento.

—¡Paolo!—exclamó Rosendo.—¿Qué has hecho?

—Justicia, señor conde. Se lo dije a usted cuando salimos de Roma. Esa mujer era capaz de todo y no me había engañado. Ella ha sido la denunciadora del supuesto crimen para vengarse de su hermano de usted y de su padre, a quien yo también he conseguido encontrar.

—¡Mi padre!—exclamaron a la vez Eugenio y Rosendo.

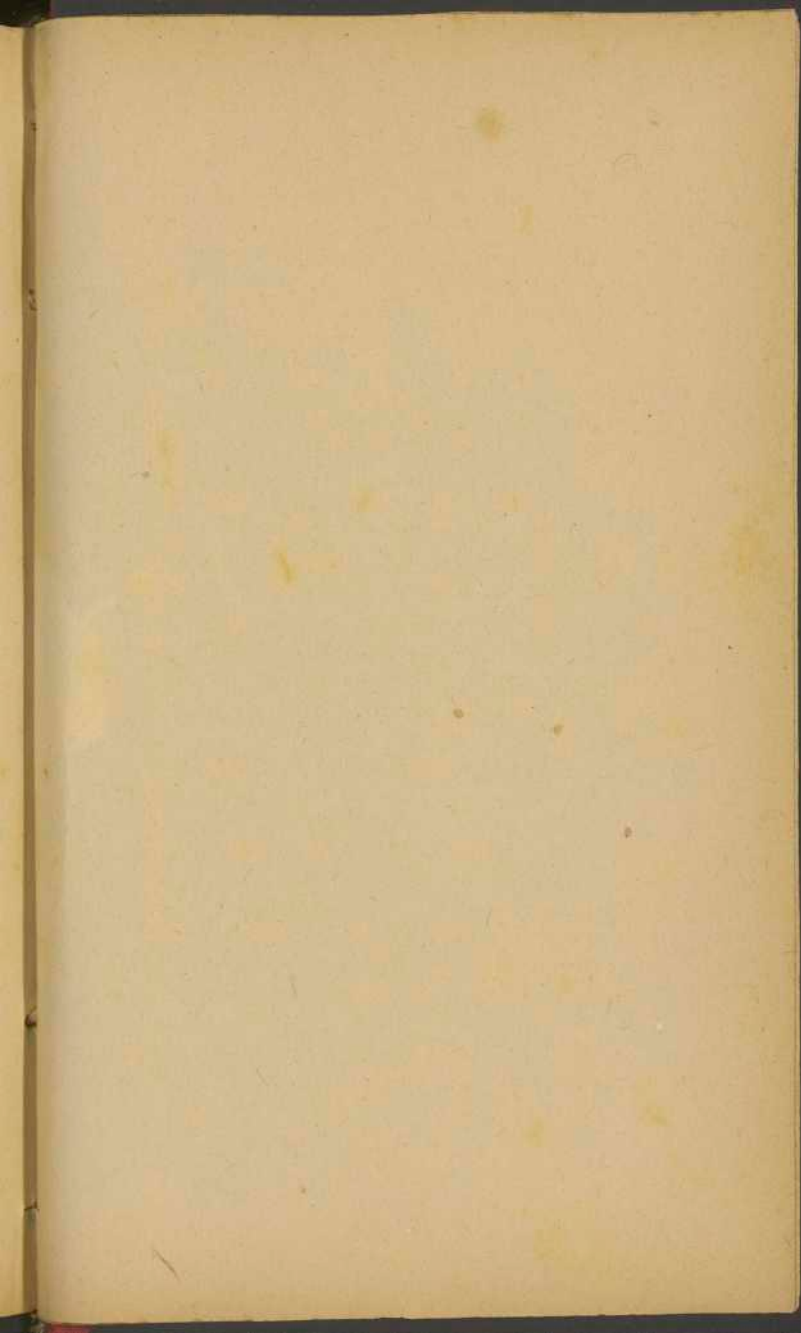
—¡Mi esposo!—añadió Elena.—¿Dónde está?

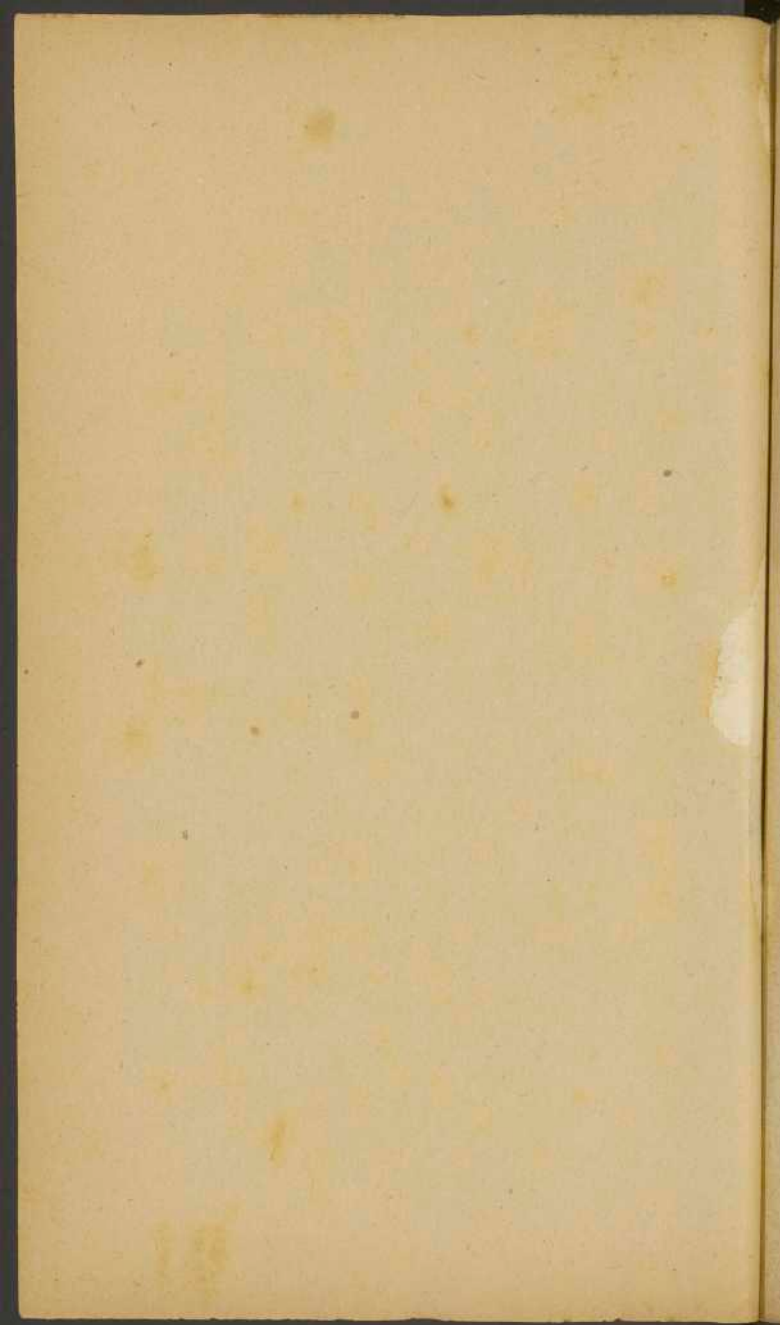
—Aquí, mi pobre Elena—dijo un anciano entrando a su vez en el aposento.—Aquí, dispuesto a pedirte perdón por todas las injusticias que contigo he cometido.

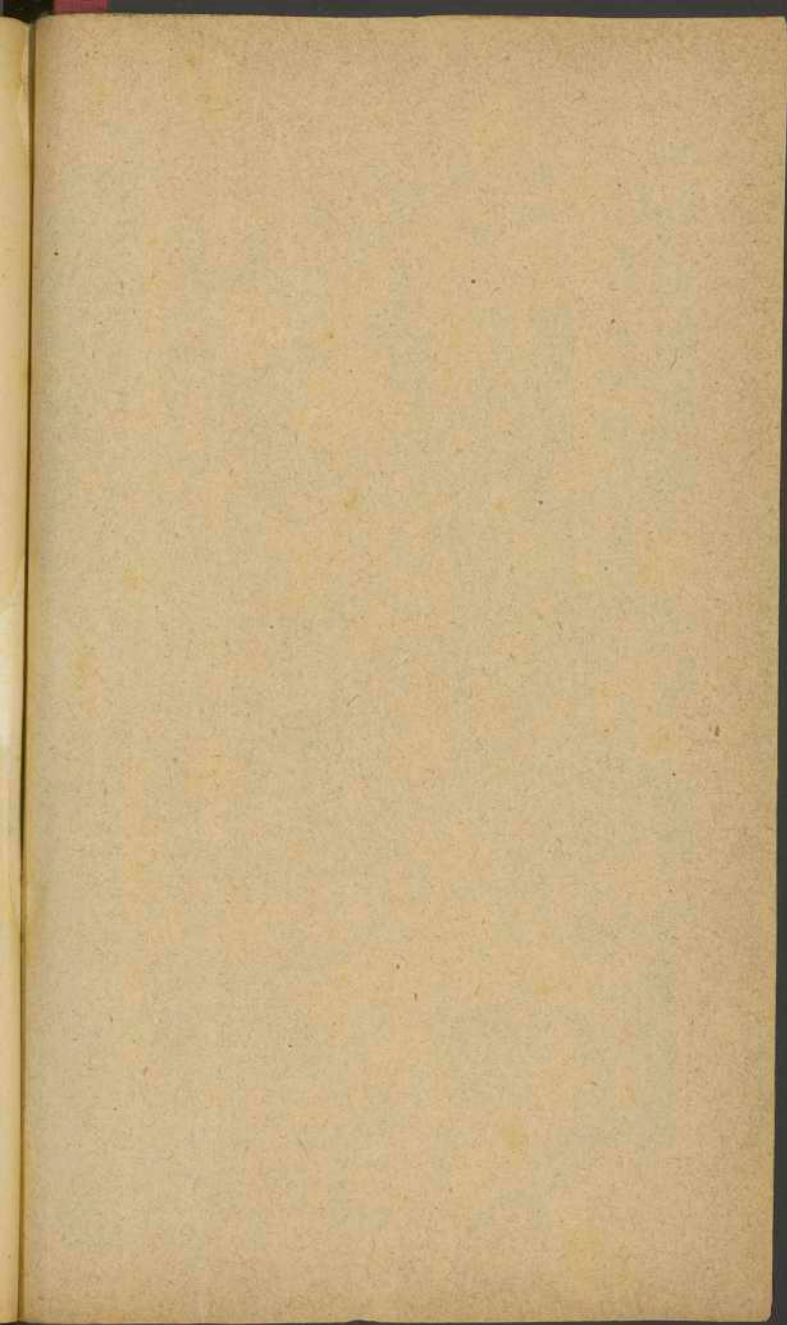
—Ya ve usted,—dijo el joven dirigiéndose al inspector—que en esta casa no existe criminal alguno.

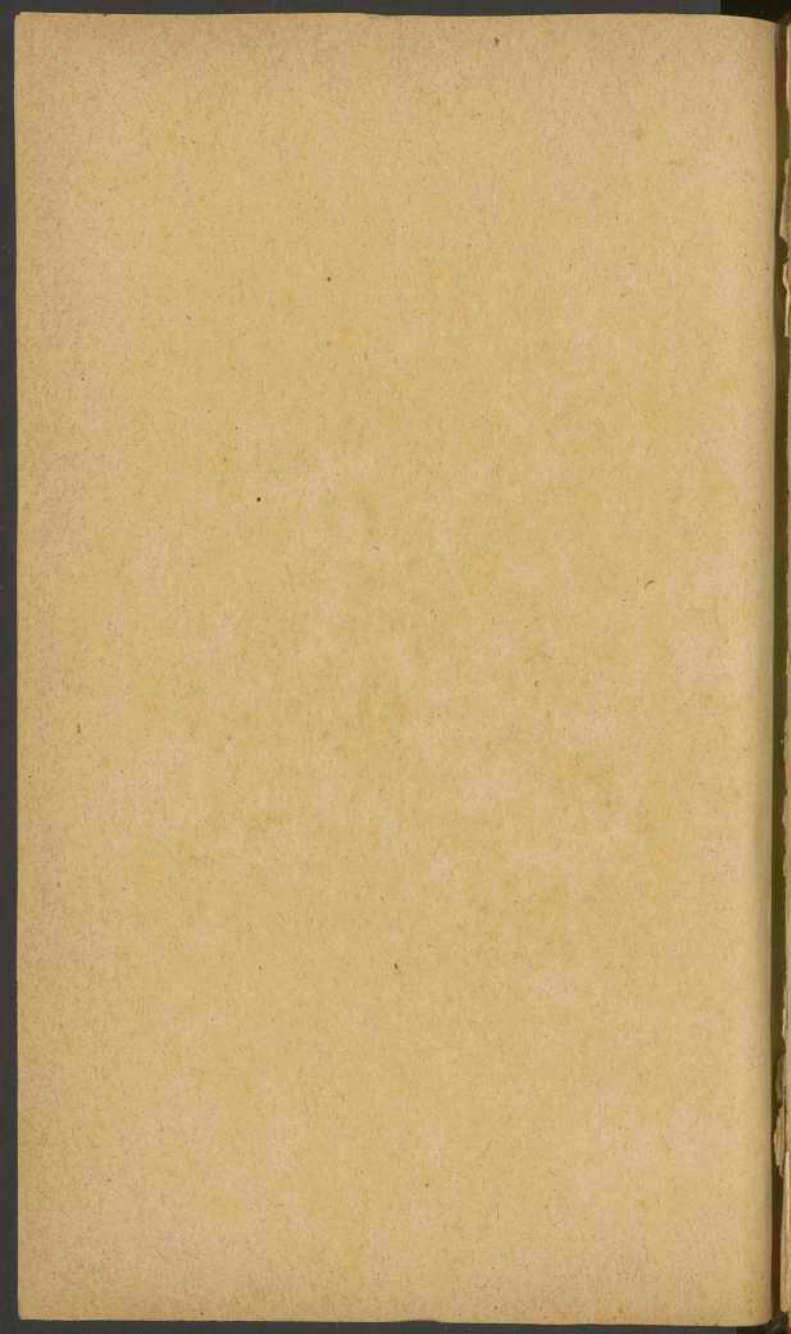
Solo hay una familia que ha experimentado grandes contrariedades, y que felizmente ha podido vencer.

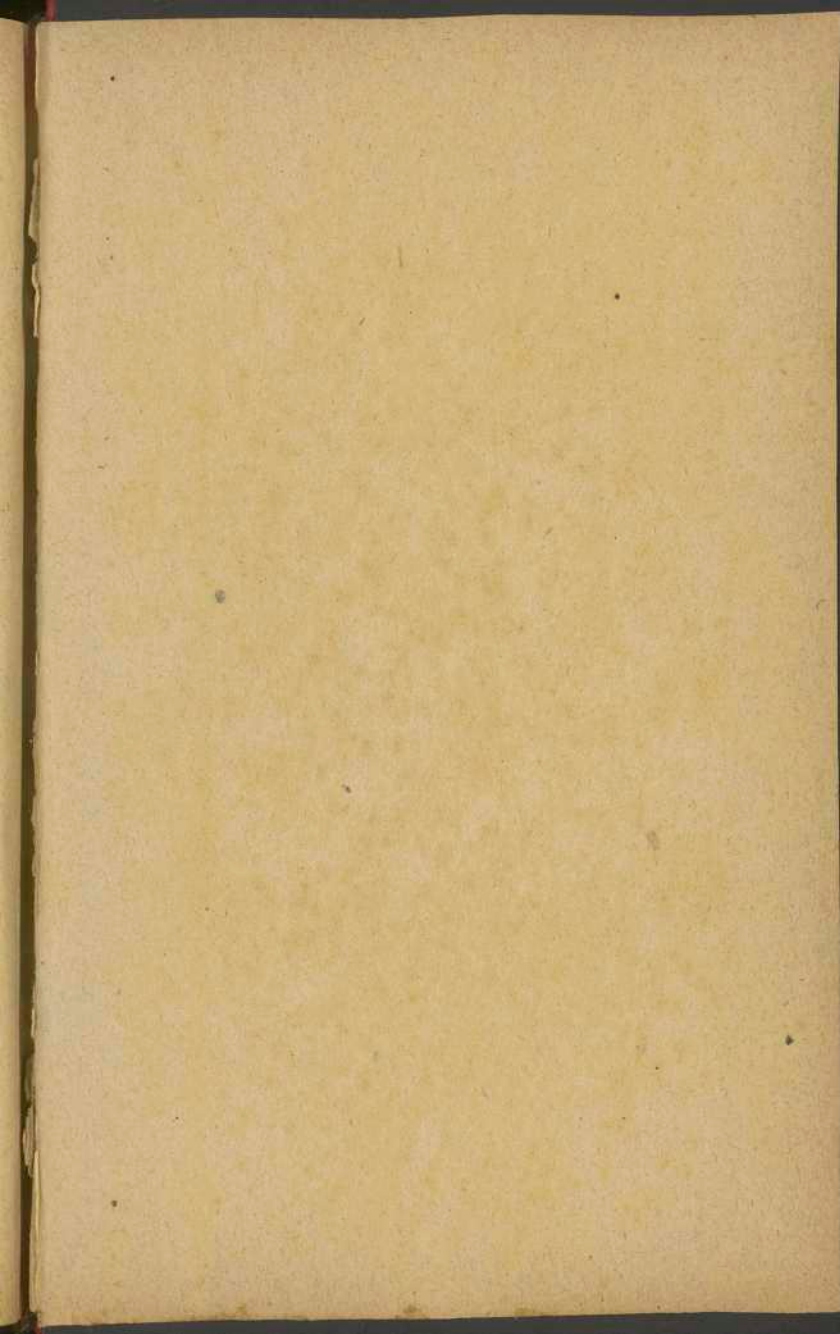
FIN

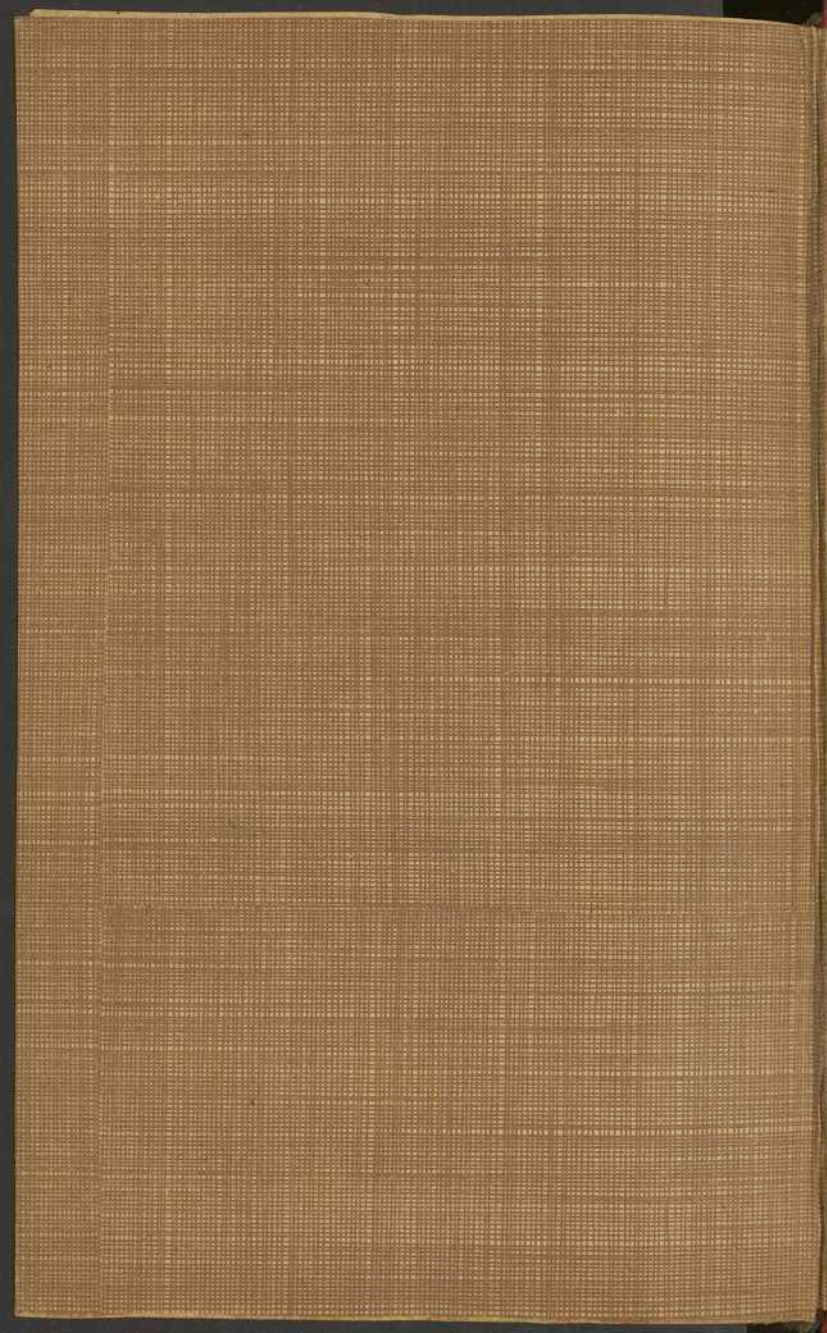






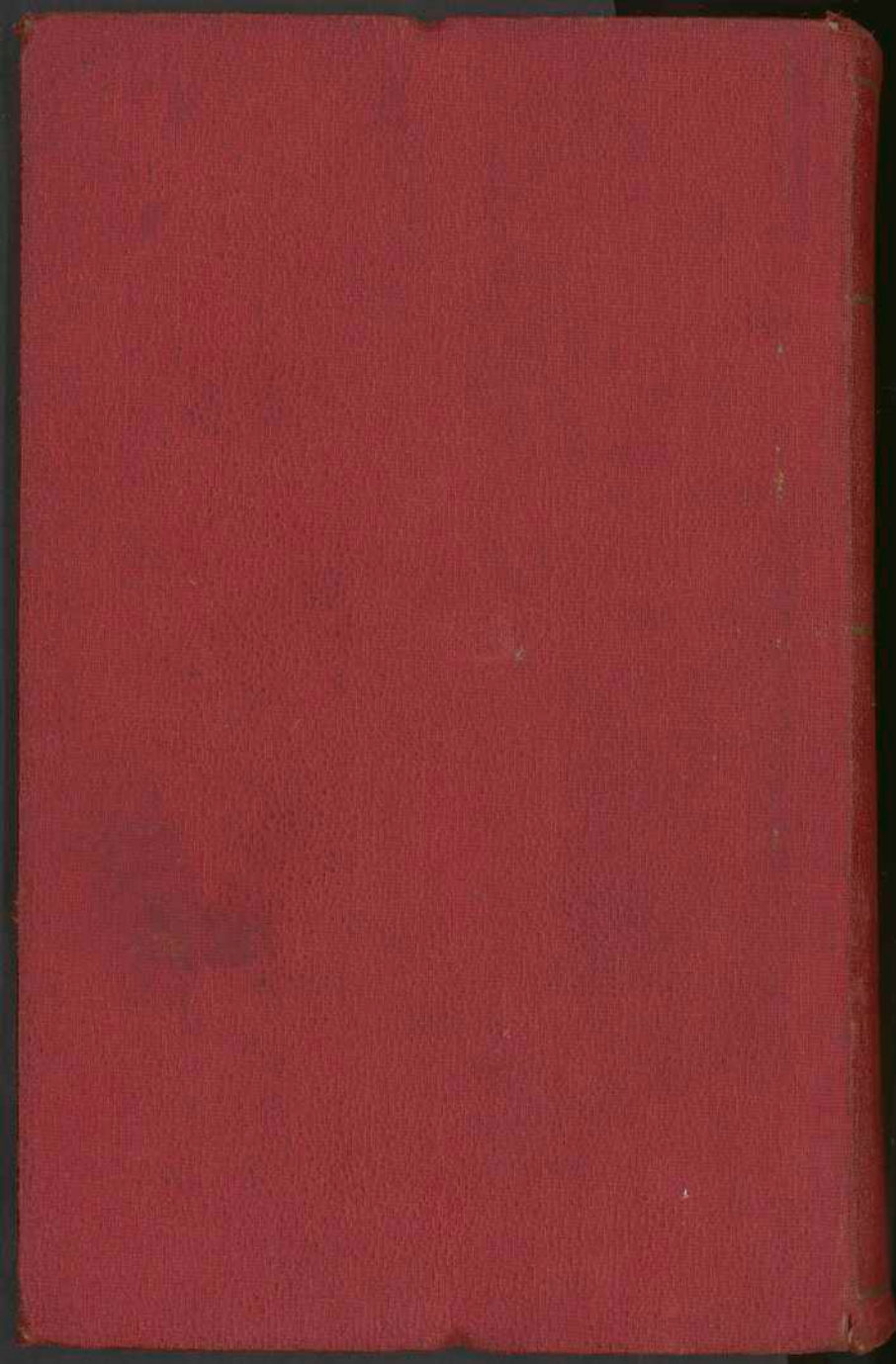






llibreria antiquària
els gnomes

Avinyó, 18 ☎ 302 14 19
08002 Barcelona



POR SEGUIR Á UNA MUJER

LA CORTE DE AMOR

LAS EVAS MODERNAS

LA HIJA DE VENUS